

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

POR EL

ABATE SABATIER

TRADUCIDO

POR

D. F. José de Poro.



LÉRIDA.

Libreria de Lorenzo Corominas.

1874.



*En la juventud edad
Emprended la aplicacion
Pues que ella y virtud son
Bienes paz. felicidad.
No descanses hasta ser
Liberatos consumados
Que de dichas hay colmados
Can solo por su saber.*

EL AMIGO DE LOS NIÑOS.

Escrito en frances

POR EL ABATE SABATIER,

Traducido y adicionado

POR D. FRANCISCO JOSÉ DE TORO.

con Licencia:

Lérida: Imprenta de la Viuda Corominas,
1844.

PROLOGO

DEL AUTOR.

Han salido sucesivamente al público el Amigo de los hombres el Amigo de las mugeres etc.; pero ninguno hasta ahora se ha declarado amigo de los niños. ¿Cuál será la causa de semejante indiferencia, respecto de este precioso plantel de la sociedad? ¿Será acaso el desdeñar su pequeñez, ó el pensar que no necesita del socorro y de las luces de un amigo ilustrado y prudente? ¿Pero quién ignora que esta porción importante de la sociedad es la base: sobre la que toda ella se funda, y que los niños han nacido para reemplazarnos con el tiempo en el teatro que ahora ocupamos, para representarnos á sus descendientes, y para perpetuar en el mundo nuestros nombres, nuestros títulos y nuestras costumbres? ¿Ignora alguno, además de esto, que el tiempo de la niñez es el de la debilidad, el mas sujeto al error, el mas necesitado de socorro, siempre rodeado de lazos y de peligros, y mas espuesto que otro alguno á las impresiones del vicio ó de la virtud?

Quid minus reipublica majus meliusve afferre possimus, quam si docemus atque erudimus juventutem? Cic. 11. de Div.

¿Qué mayor beneficio, qué servicio mas importante podemos hacer á la república que el de enseñar y dirigir la juventud?

Consideraciones son estas que en un siglo tan delicado como el nuestro al bien del linage humano, debieran haber producido algun sabio Mentor; que hubiera tomado con empeño la formación de un código de moral para los niños, capaz de descubrirles los caminos que deben seguir, y los escollos que tienen que evitar.

Estoy muy léjos de atribuirme semejante título, y mucho mas el mérito que se requiere para desempeñarlo: sé muy bien el precio de los talentos de un verdadero Mentor, y lo difícil que es que se encuentren juntos en un sugeto: no se me esconde que quizá es mas dificultoso de manejar el corazon de un niño, que el de una persona adulta, y dotada completamente de razon, pero el deseo de ser útil á la sociedad me ha hecho atropellar sin detencion las dificultades de esta empresa, y no he reparado en esponerme á zozobrar en este peligroso golfo, con tal que mi ejemplo, feliz ó desgraciado, pueda servir de estímulo á otro émulo mas hábil y mas dichoso que yo.

Dirá alguno que otros muchos lo han surcado ya con felicidad. Me citará, por ejemplo, los Consejos de un padre á su hi-

jo el Almacen de los niños etc.: obras que, ciertamente han merecido del público la mayor estimacion y aplauso, y con mucha razon. Desde luego aptando como él estas útiles producciones; pero los Consejos de un padre, aunque escelentes, se dirigen á un hijo que ya fuera totalmente de las sendas de la niñez, empieza á pisar las del mundo. Por esta razon solo son útiles para los que se hallan en la misma edad y en la propia situacion. En quanto al Almacen de los niños, aunque lleno, por decirlo así, de provisiones escelentes, contiene quizá mayor porcion de joyas propias para adornar su entendimiento, que de alimentos capaces de mantener y formar su corazon. ¿Y por qué no he de decir con franqueza, y sin perjuicio de la estimacion que por otra parte merece, que sus instrucciones se presentan demasíadamente disfrazadas bajo el velo de la ficcion y de la alegoría?

Es ciertísimo que debe suavizarse la austeridad de la moral para presentarla á los ojos de los niños, y que es necesario, por decirlo así, bañar de miel la orilla de la copa, que contiene el remedio saludable que se les ha de dar. Nadie

mejor que yo está persuadido de la importancia de esta prudente precaucion; pero me parece que se ha llevado hasta el extremo; porque aunque es innegable que se debe usar de condescendencia para no herir la delicadeza de esta tierna edad, tambien lo es que no se la debe dejar de ignorar la verdad, con el pretexto de inspirarla su amor; y este es el es collo en que incurren regularmente los que se la manifiestan siempre bajo el emblema de la ficcion. La comprension de los niños es regularmente demasiado débil para rasgar el velo de la ilusion, y así las mas veces se detienen en la corteza, y no descubren lo que oculta.

Sea lo que fuere acerca de esto, yo he creido que me convenia seguir otro método. En lugar de presentar á los niños la moral que les conviene, rodeada de un monton de ficciones, cuyo falso resplandor los destumbra, y les impide muchas veces ver la verdad, que bajo de ellas se encubre, me ha esmerado en ponerla delante de sus ojos sin tales adornos y coloridos. Para lograr esto he procurado con la mayor atencion evitar aquellas frases estudiadas, metáforas y alegorias,

que solo puede comprender un entendimiento cultivado, y que ofuscan á los niños en vez de ilustrarlos. Todos los adornos de esta obrita se reducen á sencillez, claridad, brevedad y algunas comparaciones familiares. No aspiro á los elogios de los eruditos. Mi trabajo se dirige únicamente á introducir la luz en los entendimientos sencillos que acaban, si puedo explicarme así, de salir de las manos de la naturaleza; para esto es menester acomodarse á sus limitados alcances, y sería impropio valerse del idioma del arte para hablar á la naturaleza.

No obstante, aunque he omitido en esta obra todo lo que sobrepasa la capacidad de aquellos, á quienes se dirige, no he dejado de hermosearla con todos los ornatos que me han parecido mas del caso, para hacérsela agradable y útil. Tales son varios pasages de la historia, de que tanto gustan los niños, y que tanta impresion pueden hacer en su ánimo, principalmente cuando van unidos á los preceptos. He puesto el mayor cuidado en no separar jamas los unos de los otros. Cuando no he encontrado en la historia ejemplos propios á mi intento, he suplido su silencio por

medio de algunas fábulas, cuya moralidad lo desempeñase. Nadie ignora que ha sido siempre general el uso de las fábulas para instruir á los niños, y que Platon era de dictámen de que fuesen su primer alimento. Aun dura esta costumbre, pero saca de muchas veces que los apólogos que se les enseñan, contienen una moralidad indeterminada, que no es para ellos, y de la cual no sacan fruto alguno.

No se hallará este defecto en mis fábulas. Todas se ciñen y dirigen á la situación en que se encuentran los niños, y no les presenta sino lecciones que pueden servir para su uso. Á fin de que les fuesen mas agradables, me hubiera valido de las de nuestros mejores fabulistas; pero como he hallado muy pocas que sean análogas á mi asunto, me he visto precisado á suplir esta falta aventurándome á traducir algunas del latin, y á inventar otras. No encontrarán en ellas los literatos aquel gusto fino y delicado, aquella facilidad, y aquella naturalidad que tanto aprecian en esta clase de poesía; pero los niños hallarán máximas saludables é instrucciones propias para formar su entendimiento y su corazón. Este

ha sido el único objeto de mi trabajo, y el único fruto que he pretendido lograr.

No me queda que añadir sino una sucinta idea del órden que he seguido en esta obra. La he dividido en capítulos de poca estencion, pareciéndome este método mas del caso, que otro alguno, para tener suspensa la atencion de los niños, que no son capaces de permanecer mucho tiempo fijos en un solo objeto, y que semejantes á las mariposas gustan de revoltear continuamente de flor en flor. Las instrucciones contenidas en estos diferentes capítulos se dirigen á un niño por via de consejo. He creído que este rodeo era mas interesante, mas propio para mover la sensibilidad, y mas análogo al carácter y título de amigo que he adoptado, usando de las cariñosas espresiones que le pertenecen, persuadido de que los niños, igualmente que los hombres, ceden con mas facilidad á las halagüeñas voces de la amistad, que al tono severo de la razon. Nada en fin he omitido, á mi parecer, para hacer útil esta obra á esta preciosa porcion del género humano. Quiera Dios que corresponda el fruto á mis intenciones y deseos.

17
INVOCACION.

O Dios del tiempo y de la eternidad!
! O Dios de escelsa omnipotencia y de bondad infinita! Tú eres el eterno y soberano principio de todas las inteligencias, la fuente incorruptible é inagotable de cuanto puede desearse en el cielo y en la tierra, la interminable medida de mi existencia y duracion: Tú me tienes destinado desde la eternidad á vivir para siempre contigo, aun despues de la ruina de los imperios y de los astros, y quando ya toda esta máquina visible haya vuelto á entrar en la tenebrosa noche de su destruccion: Tú me tienes prometido, que si soy constante en amarte y servirte, me veré irrevocablemente incorporado en la sociedad de tu reino y de tu gloria.

Hombre ingrato que duermes tranquilo, reclinado en su seno paternal, pero olvidado de la mano poderosa, benéfica y protectora que te sostiene, ¿por qué te entregas á los delirios de esos sueños enga-

ñosos, que te halagan con falsas ilusiones para hacerte infeliz por una eternidad? ¿De qué te aprovecha esa inquietud de la imaginacion, ese cúmulo de ideas y de pensamientos, y esa infatigable variedad de deseos? ¿Serás tan necio é insensato que ensordezcas á los repetidos impulsos de tu corazón, que te demuestran la ilusión de esos espacios en que corres siempre vago é inquieto, y nunca tranquilo y satisfecho.

Si deseas ser feliz, busca á tu Dios que siempre está cerca de tí. Toda la naturaleza te lo demuestra: toda ella publica su eterno y santo nombre. Todas las criaturas llevan gravada la indeleble impresion de su mismo Autor. Tú mismo participas continuamente de esos preciosos dones, que con tanta liberalidad te franquea, y que indican y señalan omnipotente bondadosa mano de donde vienen. Tu propia vida comprueba su infinito bondad y amor, pues que te conserva. ¡O dulce Dios mio; dichoso el mortal que te adora y busca, y mas dichoso el que te halla quando tu blanca mano enjuga su tierno y amoroso llanto, y llena el pecho de inesplicables consuelos!

Dignaos, Señor, comunicar al tierno corazón de la juventud aquel torrente de fuego de amor de que habla el Profeta, y franquear los tesoros de vuestra infinita bondad á estas tiernas y débiles plantas, para que fecundadas con el rocío de la divina gracia, crezcan y se robustezcan en la virtud, aborrezcan y detesten el vicio, y gozando de una vida dulce y tranquila, afiancen los premios destinados y preparados desde la eternidad para las almas virtuosas.



EL AMIGO DE LOS NIÑOS.

INTRODUCCION.

De cuanta importancia es el acostumbrarse desde los primeros años á la virtud.

Has llegado por fin, amado Teótimo, á la edad dichosa en que la razón comienza á desenvolverse, y á manifestar sus primeros resplandores. Libre ya de las tinieblas de los primeros años, vas á entrar en una nueva senda, y empiezas á vivir. Feliz situación para tí; pero al mismo tiempo delicadísima, y que por consiguiente requiere de tu parte las mayores precauciones, persuadiéndote de que todo el discurso de tu vida depende de los primeros pasos.

Sí, amado Teótimo, te has de considerar en este momento como un caminante que emprende un largo y penoso viage. Si

nniendo la felicidad con la prudencia logra tomar desde el principio el mejor camino, llega fácilmente al término; pero si tiene la desgracia de equivocarse, escogiendo alguna senda estraviada, anda mucho, y adelanta poco; ó por mejor decir, cuando mas se adelanta, mas se aparta del término; se pierde y se emboca entre espesas selvas, ó va aparar á horribles precipicios, de donde muchas veces no puede salir á pesar de todos sus esfuerzos.

Esto es justamente la situación en que te hallas. Estás, por decirlo así, á las puertas de la vida. Se presentan á tus ojos dos caminos bien distintos, el del vicio, y el de la virtud. ¡Desgraciado de tí, si tomas el primero! Confuso en tal caso, des-caminado, darás tantas caídas como pasos; te verás precipitado de abismo en abismo, para terminar al fin en un funesto paradero, que será el cúmulo de todas tus desgracias. Si emprendes al contrario el segundo, alégrate anticipadamente de la feliz suerte que te espera. Caminarás por él, sin temor y sin peligro á la luz pura de la razón y de la Religión. Gozarás una vida dulce y tranquila, y afianzarás los premios que Dios tiene des-

tinados á las almas virtuosas. Reflexiona pues cuanto te importa la elección entre estos dos caminos, que tienen tan distintos términos.

No me cansaré de repetírtelo. Todo depende de esta elección y de tu conducta durante los primeros años de la vida. Porque así como los niños criados con buena leche logran en adelante salud y robustez, así los que en su edad temprana toman el gusto á la virtud, lo conservan toda su vida, y son, por decirlo así, naturalmente virtuosos. Les sucede con poca diferencia lo que á un arbolito tierno, que bien dirigido desde el principio, cuidado con esmero desde que empieza á medrar, y á estenderse, continúa despues sin auxilio alguno siempre recto, prosiguiendo las ramas por sí solas en crecer con la misma simetría. Cierta poeta antiguo propone un símil muy del caso, para dar á conocer la importancia de estos primeros pasos. Cualquiera vasija nueva, dice, conserva largo tiempo el olor de aquel licor que primero se echó en ella. Lo mismo pasa en nuestro corazón. Casi siempre duran en él las primeras impresiones de su juventud, y los primeros hábitos que ha contraído.

La siguiente fábula te hará palpables esta verdad, y te dará á conocer aun con mas claridad que todo depende de los principios.

FABULA I.

Los dos barqueros.

Siguiendo la corriente arrebatada
De un rio, por las lluvias aumentada,
En dos barcas bajaban dos barqueros,
Unidos como buenos compañeros:
El uno jovencillo en el oficio
Totalmente novicio,
Aun del rio las burlas ignoraba;
El otro perro viejo, y muy machucho,
Estaba en sus revueltas ya tan ducho,
Que el camino del puerto nunca erraba.
Llevados de la rápida corriente,
Al principio viajaban felizmente,
Sin hallar en el rio dilatado
Tropiezo que les diese algun cuidado:
Mas he aquí que á lo lejos ven un puente
Sobre firmes estribos construido,
Por cuyos arcos necesariamente
Habian de hallar paso;
Era en verdad apretadillo el caso:
El viejo marrullero, persuadido
De la dificultad, y receloso
De la poca destreza del mozo
Para salir del lance peligroso
Le grita: «Camarada, no seas lelo,
Enfita desde luego la corriente,
Sin darás de hocicos contra el puente».

Y el barco y tú os hareis dos mil pedazos;
Ni aun yo me fio en mi destreza y brazos;
Así ojo alerta, mira como guio:
No me hagas llevar luto antes de tiempo.”
«¡ Qué cobarde es el tío!
(Responde el desbarbado)
¡Cuán de lejos anuncia el contratiempo!
Si tanto tema de morir calzado,
Prevéngase desde ahora,
Que cuando sea hora
Sabré del gran peligro libertarme.”
«Válgame Dios! (escrama el viejo), dudo
Que haya un hombre en el mundo mas tozudo;
Ya verás, si no quieres escucharme,
Y enfilar la corriente desde luego,
Lo que te pasa.” El jóven con sosiego
Deja que grite el viejo,
Sin hacer cuenta de su buen consejo;
Y al viento y á las aguas entregado,
Se burla de sus voces descuidado.
Llega al temido lance finalmente
De ir á pasar aquel tremendo puente,
Ya el remo, ya al timon su vida fia,
Mas es tarde; á pesar de su porfia
A dar contra un estribo va derecho:
Al impulso violento
Queda el barco deshecho,
Y él va á ser de los peces alimento.
El niño que no cuida con esmero,
Desde el principio, de vencer del vicio
La corriente fatal, como el barquero,
Irá á dar sin remedio al precipicio.

La esperiencia confirma siempre esta
verdad. Rara vez vemos que se corrijan

los que desde niños han sido mal inclinados; la edad, lejos de disminuir el amor al vicio, lo aumenta, y del estado de niños viciosos pasan al de hombres impíos y abandonados. Esto se verificó completamente en la persona de Juliano apostata. Desde su mas tierna edad dió á conocer lo que habia de ser con el tiempo. San Gregorio y san Basilio concólegas suyos en los estudios de Atenas pronosticaron bien presto, por su fisonomía y su traza, el desórden de su ánimo. Tenia los ojos vivos, pero atravesados; el modo de mirar furioso: el gesto desdeñoso é insolente: movia la cabeza, y hacia de continuo ademanes ridiculos, sin venir al caso: se reia sin moderacion, y daba grandes carcajadas: proponia cuestiones impertinentes, y respondia con oscuridad y confusion á los que le preguntaban. El deseo de adelantar en la filosofía gentilica era su pasion dominante cuidando muy poco de instruirse en la religion cristiana, y gastando el tiempo en estudiar la astrología, la magia, y todas las vanas supersticiones del gentilismo. Juntó todo esto con otras faltas, que no podia disimular, aunque procuraba cubrirse con el velo de la hipocresía; y fue

bastante para que san Gregorio anunciase que el imperio romano alimentaba en su seno un monstruo. La serie del tiempo dió á conocer la verdad de esta conjetura y la puntualidad del pronóstico. Las malas inclinaciones que se habian notado en Juliano, durante su juventud, prorumpieron con el tiempo á la vista de todo el mundo. Llegó á ser el enemigo mas declarado y mas irreconciliable de la religion cristiana, y tan impío que espidió un edicto general para que se abriesen los templos gentilicos; y ejerció por sí mismo todos los officios de sumo Pontífice de los ídolos con todas las ceremonias acostumbradas, esforzándose quanto pudo en borrar el carácter de su bautismo con la sangre de los sacrificios profanos.

Debes pues mirar tu conducta, durante la juventud, como un pronóstico casi infalible de la que has de tener en todo el discurso de tu vida. Si desde ahora abrazas la virtud, si gobernado por la prudencia plantas en tu corazon el amor á la piedad, á la inocencia y al estudio, ¿qué no puedes esperar en adelante? Pero al contrario, si te dejas vencer de las malas inclinaciones, si te pierdes en las erradas

sendas del vicio, precipitado de uno en otro extravío, serás toda tu vida el infeliz juguete de tus desordenadas pasiones.

Procura pues reprimirlas desde luego. Hasta ahora no son mas que chispas, que pueden apagarse con facilidad. Son pequeñas fieras, que pueden aun facilmente domarse y domesticarse. Pero Dios te libre de que crezcan, pues escitarán en tu corazon un funesto incendio, ó lo despedazarán. Te dominarán te sujetarán, y te será casi imposible el recobrar el imperio que ahora tienes sobre ellas.

Sus progresos son como los de la mayor parte de nuestras enfermedades. Al principio no consisten mas que en una indisposicion ligera y fácil de remediar; pero si no hacemos caso de esta mala levadura, y si la dejamos fermentar y corromper la masa de la sangre, vanamente recurrimos á los socorros del arte; llegan tarde los remedios, y son totalmente inútiles, de modo que venimos á ser victimas de un mal, que sin trabajo se hubiera remediado, tirándole á cortar desde el principio.

Quiera Dios, amado Teótimo, que no se verifique en tí la discrepcion que acabo de hacer; tu naturaleza, como la de to-

dos está inficionada de un sutil veneno, que infaliblemente la corromperá, si no lo destruyes antes que tome cuerpo, y esplaye su actividad. Este consiste en las inclinaciones viciosas que naturalmente tendrás. Ecsamina pues si eres inclinado á la cólera, al deleite, á la soberbia, al regalo etc. Y si descubrieres en tu corazon algunas de estas inclinaciones perversas, míralas como á otros tantos enemigos, que debes temer sumamente; y dedícate á destruirlas mientras que aun son débiles. Este consejo nos da un antiguo poeta, y quisiera yo verle grabado en tu corazon con caracteres indelebles.

Es fácil de sofocar
El vicio recién nacido:
Mas despues que ya ha crecido
No se puede remediar.

Para hacerte mas sensible esta verdad vaya esta juiciosa leccion, que daba un padre á su hijo, y aplícatela á sí mismo.

FABULA II.

El roble viejo y el arbolito.

Despues de haber gustado la mañana.

No de muy buena gana,
 En hojear á Nebrija y Calepino,
 Un hijo con su padre se paseaba
 Por un jardín ameno, y muy contento
 El trabajo pasado desquitaba.
 Hallan en esto al lado del camino
 Un arbolito, que al furioso viento
 Hizo por no reñir tal cortesía,
 Que inclinado hasta el suelo se veía.
 Reparólo al instante el sabio anciano,
 Y por dar á su amado jovencillo,
 Con un símil sencillito,
 Un consejo muy sano,
 «Ve, le dice, hijo mío, y endereza
 De este árbol tan torcida la cabeza
 Hasta dejarlo recto enteramente.”
 El niño al punto lleno de alegría
 Lo pone como el padre le quería.
 «Muy bien, dijo el Mentor (*), pues igualmente
 Aquel antiguo roble, que hacía un lado
 Desde pequeño está inclinado
 Necesita del vicio corregirse;
 Haz, hijo, lo que hiciste al primero.”
 Se echó á reír el jóven, y responde:
 «¿Usted se burla, padre, ó se le esconde
 Que eso fuera imposible conseguirse,
 Aunque de Sanson mismo el brazo fiero
 Tomase por su cuenta enderezarlo?
 Dè este vicio, cuando era tan pequeño
 Como el otro, era fácil libertarlo:
 Yo solo me obligaba al desempeño,
 Pero ahora, que es tan viejo endurecido,

(*) *Mentor, nombre de famoso Ayo de Telemaco, hijo del rey Ulises, que se suele aplicar por alabanza al que ejerce bien dicho encargo.*

Ya no puede dejar de estar torcido.”
 «Dices muy bien, replica el buen anciano,
 Todo esfuerzo al presente fuera vano;
 Pues lo mismo sucede
 En todos los humanos corazones?
 Facilmente se puede
 Dar direccion á sus inclinaciones
 Cuando son tiernas: mas si incautamente
 Las dejamos crecer mal dirigidas
 Por la costumbre y tiempo endurecidas,
 No hay fuerza á enderezarlas suficientes.”

Sí amado Teótimo, cuatro cosas son,
 dice el Sabido, muy difíciles de seguir: el
 vuelo del águila que penetra las nubes; la
 rapidez de un navío que traviese los ma-
 res; las sinuosidades de la culebra que se
 enrosca, y los caminos de la juventud.
 Apenas se llega á la edad de siete años,
 cuando la voluntad, aunque muy niña,
 pero inclinada al mal, y el entendimiento
 esclavo de la frivolidad, no contempla si-
 no bagatelas y fruslerias: entonees todo
 encanta; y todo, menos la razon, parece
 admirable á la vista de los niños. Los ca-
 prichos, los gustos, los placeres y las tex-
 quedades son los primeros instrumentos que
 emplea la concupiscencia para apoderarse
 de una alma tierna, y establecer en ella
 el imperio de los vicios. ¿Cuál pues será
 la suerte de la infancia en medio de este

desórden? Se estraviará infaliblemente, si una luz proporcionada á su débil vista no le alumbrá, le guía y dirige: entonces es cuando sus padres, maestros ú otras personas encargadas en la educacion debèn emplear el mayor celo, actividad y diligencia en corregir sus inclinaciones, rectificar sus ideas, é inspirarles, por medio de instrucciones, doctrinas y ejemplos, el amor á la virtud y odio al vicio: acostumbándolos á un sistema de vida fácil y sencilllo, pero capaz de hacerles conocer, desear y ejercitar unos objetos tan importantes. Si cumple con estos deberes tan sagrados, lograrán que el arbolito no se encorbe ni tuerza; y al contrario, todo esfuerzo será inútil y vano, si imprudente é inconsideradamente le dejan crecer con aquel vicio.

CAPÍTULO I.

De la piedad y del culto de Dios.

No dudo, amado Teótimo, que las sabias instrucciones de tus padres y de tus maestros te habrán hecho concebir la mas alta idea de la piedad cristiana. Con todo,

como este es el asunto mas importante de todos los que he de tratar, y el cimiento sobre el cual todos ellos deben fundarse, he juzgado conveniente comenzar, poniéndote á la vista todo lo concerniente á tan sagrada obligacion, paraque creciendo tu estimacion y concepto respecto de ella, te animes á trabajar con toda fidelidad en cumplirla.

Reflecciona que Dios no te ha colocado en el mundo sino para servirle; ni te ha dado el corazon que tienes sino para amarle; y por consiguiente es justo que le consagres sus primicias. Te tendrías por el mas malvado hijo, si no amases á los autores de tu nacimiento. Tendrias razon; merecen tu amor por todos títulos. Pues repara, hijo mio, que tienes en el cielo otro padre infinitamente mas digno de tu amor. Este tierno y perfectísimo padre es Dios, que aunque tan grande y tan poderoso no se desdeña de este título. Al contrario, lo escige, y sobre todo aprecia los cultos de un corazon nuevo, que aun conserva la pureza y la castidad. Por esta razon, queriendo un dia los Apóstoles apartar los niños que se acercaban à Jesucristo, *dejad*, dijo este divino Maestro, *dejad que los*

niños se acercan á M. Recibo gustoso los testimonios de su amor, y con igual gusto les doy señales del mio.

Acércate pues al Señor por medio de una tierna y sincera piedad. Esta es nuestra primera obligacion, y en esto conciste nuestro verdadero mérito. Todos esos bienes que tanto aprecian los hombres, el nacimiento, el talento, las riquezas beben reputarse por nada, si no tienen á Dios por principio y por fin. Sola la piedad es la que nos hace agradables á sus ojos, y atrae sobre nosotros sus gracias. Por medio de ella mereció el jóven David trocar el estado de pastor con el de rey, y subir á un brillante trono desde una humilde cabaña.

Habiendo resuelto Dios dar un nuevo rey á su pueblo en lugar de Saul, á quien habia reprobado, mandó á Samuel que pasase á la casa de Isai, para ungir en ella como rey á aquel que entre sus hijos juzgase mas digno de su eleccion. Obedeció el profeta: presentó Isai delante de él á su hijo mayor Eliab, que por su magestuosa presencia y su hermosura parecia nacido para el trono. Así lo creyó el profeta; pero no tardó Dios en desengañarle: lo mismo suce- lió con los seis siguientes.

Al paso que se presentaban, daba el Señor á entender al profeta que ninguno de ellos era el escogido. Llamaron en fin á David, que aun era muy jóven, y estaba guardando un rebaño. Apenas se presentó, cuando el Señor habló á Samuel, y le dijo: *Levántate, y derrama el oleo santo sobre su cabeza, porque este jóven es el que he escogido para reinar sobre mi pueblo.*

¿Y por que piensas que entre tantos que parecian mas propios para el trono fue David el preferido? El mismo Dios satisfizo sobre esto á su profeta cuando quiso escoger á Eliab: *los hombres, le dijo: no ven mas que lo exterior; pero Dios ve lo que pasa en los corazones.* No juzgen en efecto los hombres del mérito de cada uno sino por las partidas exteriores; pero Dios, por las inclinaciones del corazon: y sola la piedad puede conseguir su complacencia.

Aunque tengas el mas prespicaz talento, aunque lluevan sobre tí bienes y honores, si la piedad no habita en tu corazon, nada eres á los ojos de Dios. Pero al contrario, si esta sola prenda posees aunque carezcas de todos los dones de naturaleza y fortuna eres á los ojos de Dios mayor que todos aquellos famosos héroes.

que el universo admira; pero que el Señor repruebe cuando no es la piedad el fundamento de su heroísmo. Así, aunque deseo con todas veras que logres cuanto pueda contribuir á tu bien estar, mas querría verte privado de la ciencia, de las riquezas, y de todas las demas ventajas naturales, que falto de piedad. Esta seria la mayor pesadumbre que pudieses causarme, y para tí la mayor desgracia.

Procura estar intimamente persuadido de que no hay felicidad alguna fuera del servicio de Dios. La inquietud y el remordimiento son los compañeros inseparables del vicio. *No hay paz para los impíos*, como nos lo asegura el Espíritu Santo. Siempre son tristes víctimas de su impiedad. Testigo de esta verdad es aquel hijo pródigo de quien nos habla el evangelio. Se determinó á abandonar la casa de su padre. Se lisonjeó de hallar completa felicidad, haciendo una vida vagamunda y disoluta: para conseguirlo hizo que su padre le entregase toda su legitima: fue á vivir á un país apartado para quedar sin freno alguno: ¿y en qué paró? Despues de haber consumido quanto tenia en disoluciones, y en convites, se vió precisado á ven-

der él mismo su propia libertad de que estaba tan hechizado: experimentó los caprichos y el mal trato de un amo cruel y bárbaro, y se vió reducido á envidiar el alimento de los mas viles animales.

Tal es la triste suerte de todos aquellos que se apartan de Dios, que es nuestro verdadero padre, para entregarse á sus desordenados deseos. Esperaban hallar la dicha, sumergiéndose en el centro de los placeres y de la libertad; pero no hallan otra cosa que inquietudes y amarguras. La piedad únicamente puede hacernos felices. Así nos lo declara Salomon, despues de haberlo reconocido por una larga esperiencia. Este Rey fue el mas rico, el mas poderoso de quantos le precedieron ó vivieron en su tiempo. Desde las estremidades de la tierra acudian las gentes á contemplar los prodigios de su sabiduría. Vivía querido y respetado no solo de sus vasallos, sino de todas las naciones y reyes de la tierra. Todo lo abrazaba su ciencia. Habia penetrado todos los secretos de la naturaleza. Rebosaban de oro y plata sus palacios. Con todo, aunque rodeado de tantos bienes, se vió precisado á esclamar: *No hay cosa fuera del amor, el*

temor y el servicio de Dios, que no sea vanidad y afliccion del ánimo.

Sea pues la piedad el principal objeto de tus deseos, ya que es la primera de nuestras obligaciones, y el único manantial de nuestra felicidad.

Dedícate á servir al Señor, y á tener una vida cristiana con preferencia á todas las demas cosas. No te desanimes, aunque encuentras para esto dificultades que vencer. Aunque la piedad escige penosos sacrificios, ninguno de ellos con todo sobrepaja á tus fuerzas. Hemos visto niños de tu edad, que han practicado todas las obligaciones que trae consigo con la mas exacta fidelidad. Tal fué el jóven Tobías; que desde su niñez no conoció otra ambicion que la de servir el Señor, y de ir á ofrecerle sus adoraciones en su santo templo, cuando las demas iban á postrarse delante de los ídolos. Tal el jóven Samuel, que trasladado al templo desde sus mas tiernos años, llegó á ser tan agradable á Dios, por sus virtudes y su piedad, que á la edad de doce años se mereció verse elevado á la sóbrite dignidad de profeta. Tales fueron tambien en la ley nueva san Benarmino de Sena, san Pedro de Lu-

xemburgo, y otros mil santos jóvenes, que siendo de tu misma edad no tenian mayor deleite, que el de conversar con Dios por medio de la oracion, y darle en todas ocasiones las mas vivas señales de su amor y de su piedad. ¿Pues por qué no has de poder tú hacer con el auxilio de la gracia, lo mismo que ellos han hecho? No estás tú menos obligado que ellos á la piedad. Tanto derecho tiene Dios á tu corazon, como á los de aquellos virtuosos niños. Trabaja pues para que halle en tí la misma fidelidad, y veamos revivir en tu persona las virtudes que en ellos se admiraron.

Sí, amado Teófilo, te encargo y ruego con lo íntimo de mi corazon, que imprimas en el tuyo las importantes máximas que se contienen en este capítulo y en la invocacion. Medita y reflexiona en ellas, y no podrás menos de confesar que hay un Dios, Autor de todo lo criado, y dispensador de cuantos bienes gozamos; que debemos amarle, adorarle y ofrecerle el tributo de nuestra gratitud. En el primer precepto de su santísima ley se manda honrarle, como á nuestro Criador y á nuestro soberano Señor; y esto es lo que se llama adorar. Por la fe le honra-

mos, creyendo firmemente lo que ha enseñado á su Iglesia. Por la esperanza, aguardando con confianza los bienes que nos ha prometido. Por la caridad, amándole de todo corazón, y observando exactamente sus mandamientos: tenemos pues una obligación estrechísima de obedecer á Dios; de no tributar honor á criatura alguna, sino es con relacion á Dios: y de honrarle en la misma forma y modo que prescribe nuestra verdadera Religion.

CAPÍTULO II.

De los varios ejercicios de piedad.

La habilidad en las ciencias no se consigue, sino á fuerza de estudiarlas. No se logra la perfeccion en las artes, sino á puro ejercitarse en ellas: y del mismo modo no se puede conseguir una piedad eminente, sino practicando con esmero los ejercicios correspondientes. A estos ejercicios pues te has de aplicar principalmente, si quieres hacer algun progreso en ella.

El mas esencial y necesario es el de la oracion; por su medio ofrecemos á Dios uno de los mas agradables cultos que po-

demos tributarle. Glorificamos su poder y su bondad, reconecemos humildemente que él solo es el manantial de todos los bienes, y que sin él nada podemos. Pero este culto que damos á Dios no es estéril para nosotros. La oracion nos atrae los beneficios de este supremo Señor. Es una especie de conducto por donde nos comunica sus gracias y sus favores. Orando logró santa Mónica la conversion del jóven Agustino su hijo. Á la oracion debió tambien Salamon aquella sabiduría estraordinaria, que admiró el universo. Por medio de la oracion, que san Agustin llama llave del cielo, conseguiremos nosotros igualmente todos los auxilios que necesitemos, pues Jesucristo mismo se ha obligado á condescender con nuestros ruegos.

Si fuera posible, debiéramos, como aconseja San Pablo, orar incesantemente. En ninguna otra cosa podemos emplear mejor el tiempo. Los angeles en el cielo no tienen otra ocupacion que la de alabar y bendecir al Señor. ¿Y qué mayor felicidad podemos apetecer, que la de imitarlos en la tierra? Pero ya que no puedas consagrar á la oracion la mayor parte del tiempo, no dejes, cuando menos de emplear en

ella los primeros y últimos instantes del día; y en estas oraciones de mañana y tarde carga, sobre todo, la mano en dar gracias á Dios de los innumerables beneficios que te ha hecho, en pedir las gracias que necesitas, en ofrecerle tus acciones, y en rogarle que te llene de bendiciones, y que no permita que caiga, por medio de algun pecado, en desgracia suya. Tus oraciones sobre este pie jamas pueden dejar de agradar á Dios, y de ser útiles; y así vemos regularmente que los que son exactos en estas santas prácticas, reciben muchas mas gracias, y hacen una vida mas regular que los que las omiten.

Pero ademas de estas oraciones, que por ninguna razon debemos omitir jamas, mira como una obligacion para tí el asistir todos los dias al santo sacrificio de la misa. Jesucristo renueva en él, el que ofreció á su eterno Padre en el calvario, implora su misericordia á favor de los hombres, y derrama, por decirlo así, á manos llenas sus gracias. El reconocimiento que le debes, tu propio interés, y la misma gloria del Señor son motivos suficientes para que no faltes á este adorable sacrificio; pero acuérdate de que no sirve que estés corpo-

ralmente presente, si tu ánimo no está atento á lo que allí se hace. No imites á la mayor parte de los niños, que asisten á él sin modestia, sin respeto y sin atencion. Te guardarias muy bien de presentarte delante de un monarca de la tierra sin atencion y en postura indecente: ¿pues cuánto mas respeto debes á Jesucristo, rey de cielo, ante cuyo acatamiento se cubren con sus alas los serafines para dar á conocer su profunda veneracion? La modestia de los mismos idólatras, en las varias ceremonias de su falso culto, debiera avergonzarte. Ve aquí un ejemplo de los mas extraordinarios.

Cuenta san Gregorio que ofreciendo Alejandro Magno un sacrificio á sus falsas deidades; cayó en la magna de uno de sus pages un ascua encendida. Sintió desde luego un dolor muy vivo; pero se dejó casi abrasar la mano, sin prorumpir siquiera en un gemido, por no turbar el sacrificio. *De este idólatra, concluye el Santo, debeis aprender hasta qué termino ha de llegar vuestra modestia y nuestro respeto cuando asistís al santo sacrificio del altar.*

No te es menos necesaria la frecuencia de sacramentos que la oracion. Los sacra-

mentos son para nuestra alma, lo mismo que los alimentos para nuestro cuerpo; la conservan, la fortifican y la alimentan. ¿Cuanto cuidado no tendrías de no dejar tu cuerpo muchos días sin el alimento necesario? Temerías con razón, que le faltasen las fuerzas, y que llegase totalmente á perecer. Pues el mismo has de tener de tu alma. Si la privases de la frecuencia de sacramentos, caería en la mayor flaqueza, se iría debilitando cada día, perdería al fin todo su vigor. Mira pues como una de tus mas importantes obligaciones el frecuentar los sacramentos, y llegarte á lo menos una vez al mes al tribunal de la penitencia, y á la sagrada mesa; pero jamas te aventuras á esto, sin que precedan las disposiciones necesarias. Debes saberlas muy bien. No debes ignorar que para hacer una buena confesion, no basta decir sinsera y escatamente todos los pecados cometidos, siendo absolutamente necesario añadir un vivo dolor de haber ofendido á Dios, y un propósito firme de jamas ofenderle. Debes estar igualmente persuadido de que para participar dignamente del adorable sacramento de la Eucaristía, en que Dios se digna entregárenos, es me-

nester que estemos en gracia suya, y penetrados de los mas vivos impulsos de fe, de respeto, de amor y de humildad. No me quiera detener ahora en explicarte estas diferentes disposiciones; pero sí en eshortarte á que no omitas la mas mínima, para participar de los frutos, que saca de los sacramentos todo aquel que los recibe dignamente, y para evitar las desgracias, que se atraen los que no se acercan á ellos con las disposiciones necesarias. Porque así como los sacramentos son alimentos saludables para aquellos que santamente los reciben, puede decirse que se convierten en veneno para los que los profanan. La confesion por ejemplo, no produce otro efecto en el penitente mal dispuesto que hacerle mas culpado; y san Pablo nos advierte, que el que recibe indignamente el cuerpo de Jesucristo, se come su propia condenacion. Para conocer la severidad, con que Dios acostumbra á castigar á los que abusan de las cosas sagradas, no es menester mas que acordarse del modo, con que trató á los que faltaron al respeto debido al Arca del Testamento. Oza no hizo mas que estender la mano para sostenerla, é inmediatamente fué herido de muerte.

No cometieron otro delito los Betsamitas, que el de mirarla con una curiosidad temeraria, y con todo al instante fueron exterminados. ¿Pues con qué rigor no castigará Dios á aquellos que se atrevan á profanar su cuerpo y sangre preciosísimos: de los cuales no fué el Arca mas que una imperfectísima figura? Con todo, estos ejemplares espantosos no te han de impedir que te llegues á ellos, sino solo moverté á que te dispongas con el mayor cuidado que puedas para recibirlos; seguro de que si santamente los recibes, serán para tí un manantial de gracias y de bendiciones.

Para disponerte á recibir con fruto los sacramentos, y para conservar en tu ánimo la religion y la piedad, no hay cosa mas útil que la leccion de buenos libros. Sus instrucciones saludables te pondrán á la vista tus obligaciones, y te animarán á cumplirlas. Serán otros tantos predicadores, que fortalecerán tu alma contra los atractivos de los vicios y de los malos ejemplos. San Agustín debió su conversion á los buenos libros que leía. Hallándose un dia en un huerto recostado al pie de una higuera, oyó una voz que repitió muchas veces estas dos palabras, *tolle, lege,*

esto es, *toma y lee.* Estaba á la sazón lleno de dudas y de confusiones, nacidas de la resistencia de su corazón para convertirse; y acordándose al oír dichas, palabras de que san Antonio se habia convertido leyendo el evangelio, tomó el libro de las epístolas de san Pablo, que tenia allí mismo; leyó el primer capítulo que se le presentó, y tropezó precisamente con uno, en que se reprendian sus desórdenes, y se le hacia patente la obligacion de vivir santa y cristianamente. Esto bastó para desvanecer todas sus incertidumbres sintióse inflamado de un extraordinario valor, y empezó desde aquel punto á renunciar al mundo y á sus pasiones para consagrarse totalmente al servicio de Dios. ¿Y en qué hubiera parado, si hubiera resistido á la voz milagrosa que le hablaba? Quizás ¡ay Dios! hubiera quedado para siempre en el camino de la perdición, y jamas se hubiera convertido. Haz pues cuenta de que la religion y la piedad te dirigen las mismas palabras que á san Agustín, *tolle lege.* Imita su docilidad; consagra á lo menos un cuarto de hora al dia á léer alguna buen libro; los frutos que este corto trabajo te producirá, te

convencerán mejor que todas mis ponderaciones de la utilidad de este santo ejercicio.

Otra piadosa práctica, que quisiera yo inspirarte, y á la cual te debieras entregar con el mayor esmero, es la devoción á la Virgen santísima. Esta Señora es madre de Dios, y madre de los hombres, y por consiguiente madre tuya, y así es muy justo que la honres, y singularmente implores su poderosa protección. Todos los santos se han distinguido en tener para con esta Señora la mas tierna devoción, y han conseguido por su medio los mas señalados favores. Santo Tomas de Aquino aseguró al tiempo de morir, que jamas habia dejado de lograr cosa alguna que hubiese pedido á Dios por la intercesion de María. De Alberto el grande se cuenta que debió á esta misma devoción los rápidos progresos, que hizo en las ciencias. Cansado de las dificultades que hallaba en el estudio, pensó en renunciar al estado religioso, y volverse al mundo; pero la Virgen santísima, á quien singularmente veneraba, se le apareció en sueños, y prometiéndole que no hallaria en adelante su entendimiento los mismos obstáculos en el

estudio de las ciencias, para hacerle ver que únicamente debia este favor á su intercesion, le anunció que llegaria algun dia á olvidar todo lo que hubiese aprendido: lo que se verificó al pie de la letra; pues dicho sabio despues de haber brillado mucho tiempo por su erudicion, perdió de tal manera la memoria, que no le quedó el menor recuerdo de todo lo que habia aprendido. Seria necesario un volumen entero para manifestarte las gracias particulares, que han debido á María sus fieles devotos. Algunos ilustrados por su medio con celestiales luces han reconocido claramente el estado á que Dios los llamaba. Otros con su auxilio han conservado su inocencia en medio de las mas violentas tentaciones. Todos en fin á proporcion de sus necesidades, han experimentado los saludables efectos de su protección. ¿Y por qué no los has de experimentar tú igualmente? ¿Qué no debes esperar de una madre tan tierna, si la invocas con humilde confianza? Los niños son singularmente objetos de su predileccion: se complace en admitir sus rendimientos, y en abrigar su inocencia bajo su poderoso amparo. Procura pues merecerlo con una fiel

y continua devocion. No dejes pasar dia alguno sin honrar á María, por medio de algunas particulares oraciones, y celebra todas sus fiestas con la mas tierna devocion. Jamas la invocarás en vano; y si te portas con esta Señora como un hijo obediente y zeloso en servirla, encontrarás en ella el cariño de una tierna madre.

El Ángel que Dios ha destinado para asistirme, y para velar en tu conservacion y salvacion, debe tener tambien parte en tus cultos. Ya sabes lo que en otro tiempo hizo el arcángel san Rafael con el jóven Tobías. Le siguió en su largo viage, le libertó del furor del monstruoso pez, que iba á devorarle, le dió los mas prudentes consejos para que no cayese en los lazos, que le armó el ángel de las tinieblas; por último le volvió sano y alegre á casa de sus padres. Pero Tobías; por su parte, lleno de agradecimiento miró como su primera obligacion, luego que estuvo en su casa, el corresponder á su santo conductor, y le ofreció inmediatamente la mitad de sus bienes. Tú tambien has recibido, aunque de un modo invisible, de tu Ángel custodio los mismos favores que Tobías en otro tiempo. No ha dejado un momen-

to de protegerte y velar en beneficio tuyo. Mil veces te ha libertado de la cruel garganta del pecado, monstruo infinitamente mas funesto, que el que acometió á Tobías. Mil veces, inspirándote saludables pensamientos, te ha hecho evitar los lazos del demonio, y siempre está dispuesto á hacerle experimentar los saludables efectos de su proteccion. Imita pues la juiciosa conducta de aquel piadoso Israelita, y profesa á tu Ángel custodio el mismo reconocimiento y amor que él manifestó á su santo protector. No esige el santo Ángel parte alguna de tus bienes; pero sí desea y merece tu reconocimiento, tu respeto, tu amor y tu confianza. No se los niegues, ni dejes de implorar su asistencia todos los dias, especialmente por la mañana y por la noche. No omitas en fin, amado Teótimo, cosa alguna de las que puedan alimentar y aumentar tu piedad. Acuérdate que sin ella nada hay sólido, y que de ella depende tu felicidad en esta vida y en la otra.

Los ejercicios de piedad, amado Teótimo, son unos remedios establecidos para perseverar en el propósito firme de no ofender á Dios. A este fin se han explica-

do los saludables efectos, que produce la oracion devota y frecuente, por cuyo medio pidiendo fortaleza y gracia contra el pecado, y gustando de las dulzuras del Espíritu Santo, se consigue fácilmente dejar las ilusorias del mundo, alcanzar el espíritu de la devocion, que nos dispone para todo bien, y conservar la amistad de Dios. Tambien es necesaria huir de todas las ocaciones del pecado, y de las malas compañías, juegos, conversaciones y comunicaciones sospechosas; acostumbrarse al uso de los santos sacramentos, que son remedios establecidos para curar los pecados cometidos, y perseverar los de porvenir: ocuparse en obras de piedad, en la práctica de ejercicios honestos, y en la lectura de libros devotos; *porque el jóven ocioso es como la tierra viciosa, que no produce otros frutos que espinas y abrojos.*

CAPÍTULO III.

De la inocencia.

No tengo otra cosa que encargarte con mas encarecimiento, ó amado Teótimo, después de la piedad, cuya importancia y

necesidad te he demostrado, que la conservacion de la inocencia. Esta virtud es el principal adorno del hombre, que le iguala de algun modo á los espíritus celestiales. Por ella mereció san Juan evangelista ser el favorito de Jesucristo, y descansar sobre su pecho. En una palabra, en ella consiste nuestra gloria y nuestra felicidad. Nada son las ventajas mas preciosas en comparacion de este tesoro inestimable que posees. Así, si fuese necesario, todo lo debieres perder por conservarlo. Mientras lo poseas, será sobradamente rico; pero si lo pierdes, lo perdiste todo.

Adan y Eva gozaron de la suerte mas feliz mientras se mantuvieron en el estado de inocencia. Libres de las pasiones, de las enfermedades y de la muerte, lograban la vida mas tranquila en un jardin delicioso y fértil, que sin necesidad de cultivo producía todo genero de frutos. No los incomodaba el calor del estío ni el frio del invierno. Gozaban de una primavera continua, y todos los animales estaban obedientes á su imperio, nada faltaba á sus deseos, nada se oponía á sus inclinaciones. Pero apenas perdieron la inocencia,

cuando fueron arrojados de aquel delicioso vergel; se esterilizó la tierra, experimentaron los rigores de todas las intemperies, se desenfrenaron sus pasiones para atormentarlos, quedaron sujetos á las enfermedades y á la muerte, y en lugar de su pasada felicidad llovieron sobre ellos todos los males.

Ve aquí, amado Teótimo, una descripción ecsacta de lo que te sucederá tambien, si llegas á perder el precioso tesoro de tu inocencia. Te cerrarás tú mismo las puertas del cielo, quedarás privado de la amistad de Dios, y hecho esclavo del demonio y del pecado. Dios te libre de experimentar jamás tan funesta desgracia. Hijo mio, decia en otro tiempo la reina Blanca á san Luis, cuando era de tierna edad, ya ves lo que te quiero: pues á pesar del amor con que te miro, mas querria verte espirar delante de mis ojos, que incurrir en un solo pecado mortal. No tengo reparo, amado Teótimo, en repetirte lo mismo; si, por grande que sea la amistad que te profeso, mas quisiera verte privado de la vida que de la inocencia; porque la pérdida de la vida interesa solamente al cuerpo: pero la de la inocen-

cia interesa al alma, y la espone á una desgracia eterna.

Por esta razon vemos que todos aquellos que han estado penetrados de verdadero amor á la religion y de temor de Dios, han preferido, cuando ha sido necesario, los suplicios y la muerte al pecado. Así leemos que José mas quiso esponerse á ser calumniado, mal tratado y encerrado en un oscuro calabozo, que cometer el delito que se le proponia. Una infinidad de jóvenes de ámbos sexos le han imitado, y han padecido los mayores tormentos por no perder la amistad de Dios. En confirmacion de esto me contentaré con citarte el memorable ejemplo que dieron al mundo los siete hermanos Macabeos.

Queriendo obligarlos el impío Antíoco á comer de un manjar prohibido entonces por la ley de Dios, respondieron unánimes los generosos hermanos que mas querian morir, que ofender al supremo Dueño del universo. El tirano al oír esta respuesta mandó preparar todo género de instrumentos para atormentarlos; pero ni los potros, ni las ruedas, ni las calderas encendidas pudieron hacer titubear la constancia de los seis primeros, muriendo to-

dos sucesivamente, gozándose de su dichosa suerte. Quedó el mas jóven; y viendo Antíoco que no habian cedido los otros á los tormentos, se valió para con él de las caricias, y de las mas lisongeras promesas. Hizo venir al mismo tiempo á su madre para que le ecshortase á obedecer á sus órdenes; pero la virtuosa madre en lugar de coadyuvar á las intenciones del tirano, no habló á su hijo, sino para animarle á seguir el ejemplo de sus hermanos, y á morir como ellos en defensa de las sagradas leyes, monstrándole el cielo en donde antes de mucho habia de recibir el premio, debido á su valor. No fue inútil la esortacion: el piadoso jóven mirando con igual desprecio promesas y amenazas, protestó sin rebozo que no obedeceria á las órdenes de Antíoco, sino á la ley de Dios. Irritó esto de tal manera al impío monarca, que soltando la rienda á todo su furor, mandó á los verdugos que agotasen su rabia sobre aquella tierna víctima, que sufrió la muerte con la mas heroica constancia.

Ve aqui lo que costó á aquellos jóvenes martires la conservacion del precioso tesoro de la inocencia. Regularmente no ten-

drás tu que padecer tales combates, ni que hacer tan grandes sacrificios para conservar la tuya; pero no debo disimularte que necesitarás del mayor cuydado para no perderla. Es esta virtud una hermosa flor adornada de los mas vivos colores, y que esparce muy léjos el mas agradable olor; pero el menor vaho puede marchitarla, y el mas leve soplo basta para derribarla ó tronzarla. Una conversacion indecente, un mal ejemplo, una mala compañía son bastantes para despejarte de la preciosa túnica de tu inocencia. Á pesar de esta delicadeza estás obligado á conservarla pura y sin mancha. Si Dios te ha revistido de ella, ha sido con esta precisa condicion, y llegará el dia en que te pida cuenta de ella.

Despues que los hijos de Jacob vendieron á su hermano José á unos mercaderes ismaelitas, para ocultar este delito á los ojos de su padre, que le amaba con particular cariño, se quedaron con su túnica, y manchándola con la sangre de un cordero, se le enviaron con un criado, diciéndole por su medio: *esta túnica hemos encontrado, mira si es la de tu hijo*; *Triste de mí!* exclamó el padre; *dema-*

siado la reconozco! ¡pero en que estado la veo! No hay remedio. José ha perecido, alguna fiera lo ha devorado. Interrumpieron los suspiros y sollozos estas tristes palabras, y no hubo medio de calmar el dolor del afligido padre.

Pues haz tu tambien cuenta que llegará dia en que los ángeles presenten la túnica de tu inocencia ante el tribunal del supremo Juez, diciéndole como á Jacob: Mirad, Señor, si es esta la túnica de vuestro hijo. ¿Y qué desgracia seria la tuya si la viese manchada y teñida en sangre? Serias perdido para siempre, porque en el reino de Dios no puede entrar cosa manchada, y para ser admitido en él es preciso haber conservado la inocencia, ó haberla recobrado por medio de la penitencia. Cuida pues de que no se digna de tí lo que de José, *alguna fiera lo ha devorado.* El monstruo cruel que puede devorarte es el pecado. Continuamente te rodea para sorprenderte. Huye de él con el mismo cuidado que de una serpiente venenosa; y usa para librarte de los dos medios que Jesucristo nos propone para concervarnos en la inocencia, esto es, de la oracion y vigilancia.

Como nada podemos sin el socorro de Dios, y á cada paso damos las mas crueles caidas, si no nos sostiene su gracia, es preciso que la pidas continuamente, y no dejes pasar dia alguno sin rogar muchas veces al Señor, sobre todo por la mañana y por la noche, por medio de esta corta y adecuada oracion, de que continuamente usaba el jóven Ubaldino, muerto en opinion de santo á los diez y siete años de edad: *Quitadme antes la vida, ó Dios mio, que permitir que pierda mi inocencia.* Añade la frecuencia de sacramentos á la oracion. Todos los santos Padres han mirado el sacramento de la Eucaristia como uno de los medios mas eficaces para conservar la inocencia; este divino sacramento al paso que nos hace impenetrables al fuego de las tentaciones, obra en las almas de los que le reciben dignamente, lo que obró en otro tiempo en el cuerpo de un niño, libertándole del furor de las llamas. Ve aquí como cuentan este suceso muchos historiadores eclesiásticos.

Era costumbre de la antigua Iglesia griega el consagrar el sacratísimo cuerpo de nuestro Señor Jesucristo con pan fermentado, como el que comemos ordina-

riamente; y cuando despues de comulgar los fieles sobraban algunas partículas de este pan consagrado. llamaban algunos niños pequeños de la escuela, y se las hacían comer. Vino para este efecto un dia, entre los demas, un hijo de un vidriero judío. Este niño, que ignoraba nuestros santos misterios, despues de haber recibido como los demas en la iglesia la sagrada Eucaristía, volvió á su casa. Preguntóle su padre por qué habia tardado tanto en volver, y el niño le contó sencillamente lo acaecido. Bastó esto para irritar al fanático judío de tal manera, que cogiendo enfurecido al niño, le arrojó en el horno encendido, que le servía para fabricar el vidrio. La madre, echando menos al hijo ignorando lo que le habia sucedido, corrió toda la ciudad buscándole, derramando un rio de lágrimas, é implorando el socorro del cielo con voces interrumpidas por sus sollozos: al tercer dia, desesperando ya de hallarle, y encontrándose llena de dolor á la puerta de la vidriería de su marido, repita contiuanente el nombre de su hijo, que oyéndola, le respondió de dentro del horno. La pobre madre llena de gozo rompe la puer-

ta, y viendo á su hijo sin la menor lesion encima de las ascuas, le pregunta cómo es que el fuego no le habia dañado, á lo que el niño, contándole el suceso, satisface diciendo: una muger vestida de púrpura ha venido á visitarme muchas veces; me ha dado agua para apagar las llamas que me rodeaban, y me ha traído de comer cuando lo he necesitado. Habiendo llegado este milagro á oídos del emperador Justiniano, mandó que bautizasen á la madre y al hijo, que lo deseaban, é hizo castigar con pena de muerte al padre, que de ningun modo quiso hacerse cristiano.

Pero no basta orar y frecuentar los sacramentos: Dios no lo ha de hacer todo. Es menester que por tu parte veles sobre tí mismo, y guardes con especialidad tus sentidos para no ver ni oír cosa alguna, que pueda perjudicar á tu inocencia: una mirada sola bastó para perder á David. Hasta entonces habia sido un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya se detuvo á considerar con atencion un objeto peligroso; y esta sola imprudencia fué suficiente para hacerle cometer dos delitos enormes. Y si este santo rey se

dejó seducir tan facilmente, ¿qué no debes temer tú, no haces, como Job, un pacto con tus ojos para no mirar cosa alguna que pueda inclinarte al pecado? Esta vigilancia es el único medio para libertarte de los tropiezos, en que caen todos los días tantos jóvenes, que apenas llegan al uso de la razón, cuando se sirven de ella para ofender á Dios.

No puedo persuadirme, amado Teótimo, que hasta ahora hayas incurrido en tal desgracia: tengo demasiado buen concepto de tu religion y de tu virtud para creerlo; pero si por desdicha hubieses manchado la preciosa túnica de tu inocencia con algun pecado grave, ya sabes que Dios en el sacramento de la penitencia nos ha dejado un remedio saludable para purificarnos y curarnos, y así acude inmediatamente á él. Si vieras tu cuerpo acometido de alguna enfermedad peligrosa, ¿qué prisa no tendrías para llamar al médico, y tomar los remedios necesarios á fin de recobrar tu salud? Pues ¿cuánto mas debes apresurarte para remediar los daños de tu alma? La herida que en ella hace el pecado es mil veces mas peligrosa y funesta que todas las enfermedades del

cuerpo. Á cada instante estás espuesto á que te sorprenda la muerte; ¿y qué seria de tí si murieses en pecado?

Espero en el Señor que no experimentarás tan triste suerte, persuadido de que aún posees el precioso tesoro de la inocencia, ó que á lo menos si has tenido la desgracia de caer en pecado, habrás tenido cuidado de purificar tu alma por medio de una sincera penitencia. Así, me contentaré con esforzarme á precaverte contra los escollos, que estás espuesto á encontrar, y que puedan ser funestos á tu inocencia. Estos escollos son los amigos viciosos y los malos libros: en los dos capítulos siguientes verás como debes pensar acerca de ellos.

Considera, amado Teótimo, que la inocencia es un don del cielo, y una gracia especial que no podemos atribuirle á nosotros mismos, que debemos, por lo tanto suplicar á Dios nuestro Señor de continuo, y con lo mas profundo de nuestro corazón, se digue de afirmarla y radicarla mas y mas en nuestra alma. Con este divino auxilio el hombre justo é inocente será como el leon valiente que no conoce el miedo; todos los placeres y riquezas del

mundo los mirará con hastío y desprecio; atenderá y cuidará solo de poseer y disfrutar tan precioso tesoro: se hallará siempre contento y tranquilo, sin que las agitaciones del mundo sean capaces de turbar su reposo, ni la nube densa de las pasiones de oscurecer el resplandor de su inocencia; y se verificará aquella sentencia del Espíritu santo: *« El que vive con inocencia y sencillez se salvará; el que anda por caminos torcidos al cabo caerá. »*

CAPÍTULO IV.

De las malas compañías.

El Espíritu Santo nos asegura que no hay tesoro, por precioso que sea, que pueda comprarse á un amigo prudente y virtuoso. El que lo es toma parte en nuestros trabajos, nos consuela en nuestras aflicciones, nos ilumina con prudentes consejos, y nos inclina á la virtud con su ejemplo; tal era Jonatás respecto de David, y David para con Jonatás.

Pero si es tan útil la amistad con los buenos, no hay cosa mas perjudicial que la que se contrae con los malos.

Menos debes temer á un enemigo declarado, que á un amigo vicioso. Del primero siquiera desconfiarías, y tomarás precauciones para evitar sus asechanzas. Del segundo, al contrario, no recelándote de él, y tratándole familiarmente, aprenderias insensiblemente las máximas mas perniciosas, imitarias su perverso ejemplo, y poco á poco te harias semejante á él. El ejemplar de Neron basta para hacernos palpables esta verdad.

Mientras este jóven Príncipe se gobernó por los consejos de Burro y Séneca que estaban encargados de su educacion, fue admirado de todo el mundo por su mansedumbre y clemencia. Habiéndosele presentado un dia uno de sus ministros para que firmase una sentencia de muerte, dijo estas admirables palabras: *ojalá no supiese escribir.* En otra ocasion escribió á uno de los gobernadores de sus provincias, que habia aumentado considerablemente los impuestos, que era menester esquilmar las ovejas, pero no desollarlas, dándole á entender con esto, que no era razon incomodar y arruinar los pueblos con contribuciones demasiado crecidas. Pero apenas empezó á dar oidos dijo príncipe á los

cortesanos aduladores y viciosos que le rodeaban, cuando dejada á un lado la humanidad y clemencia, se convirtió en un leon furioso, que no podia alimentarse sino de sangre y de matanza. La nobleza y el pueblo, y especialmente los cristianos, fueron sacrificados sucesivamente á su crueldad. Dió muerte no solamente á Burro y á Séneca, sino á su misma madre Agripina y á Octavia su muger. Llego al extremo de decir muchas veces, que deseaba que todo el género humano no tuviese mas que una cabeza; para tener el gusto de cortarla. Fué tal en fin su barbarie é inhumanidad, que hizo pegar fuego á Roma, para tener el gusto de contemplar desde una alta torre el incendio, entreteniéndose en cantar un poema sobre la ruina de Troya, mientras que las llamas devoraban la ciudad.

No fue menos funesto para Joas, rey de Judá, el trato con los malvados. Este jóven príncipe gobernó con el mayor juicio, mientras siguió los consejos de Jójada, que ademas de haberle libertado del furor de Atalía, le habia colocado en el trono. El trato con este hombre virtuoso le hizo tomar gusto á la piedad y á la virtud. Pe-

ro muerto Jójada, tardó poco en mudar de conducta, y dió á conocer con su ejemplo, que somos buenos, ó malos segun con quien tratamos; porque habiendo venido á hacerle la corte con los grandes de su reino, se dejó seducir por sus viles adulaciones, y colocó á algunos de aquellos hombres viciosos en el número de sus amigos.

Esta fué la época de sus desórdenes. Abandonando desde entonces el culto del verdadero Dios, se entregó al de los ídolos; y llegó á tal extremo su depravacion, que quitó la vida al hijo del mismo Jójada, á quien debia la corona.

Estas mutaciones te parecerán quizás extraordinarias; pero no deben admirarte. Un amigo vicioso es como un hombre que adolece de una enfermedad pegajosa; contagio á todos los que se le acercan; y así del mismo modo que huirias con la mayor precaucion de qualquiera, que padeciese una enfermedad epidemica, debes evitar el comercio y la amistad de los que tienen costumbres depravadas.

Este era el concepto que hacian de las malas compañías san Basilio y san Gregorio, cuando estudiaban en Atenas, siendo de tu misma edad: *Huíamos*, dice san

Gregorio, *cuidadosamente de todo trato con aquellos compañeros, que eran insolentes y violentos, y de malas costumbres; y solo teníamos amistad con aquellos que por su modestia, su moderación y su juicio podían ayudarnos y mantenernos en los buenos propósitos que teníamos de hacer una vida arreglada: conocíamos muy bien que los malos ejemplos se comunicaban fácilmente como las enfermedades contagiosas.* ¿Quieres ver un símil palpable, que te haga conocer mejor el peligro de las malas compañías? Mezcla frutas sanas con otras corrompidas, verás como en todas se introduce la podredumbre, y quedan enteramente perdidas. Este fue el símil de que se valió un prudente padre, para retraer á su hijo de las malas compañías. Ve aquí el suceso.

FABULA III.

Las naranjas.

De la orilla del Tajo un buen vecino
Tenía un hijo, en quien unió el destino,
Sin ejemplar, talento y hermosura,
Al cándor, la inocencia y la dulzura;
Un feix en su tiempo era el chiquillo,
Mas por desgracia suya había dado

En tratar con algunos calaveras
De su edad; cuyo ejemplo depravado
Su corazón sencillo
Podía corromper muy fácilmente.
El padre procuró con todas veras
Cortar esta amistad: mas vanamente;
Pues de su justo zelo
Y sus sermones se burló el mozuelo.
"¿Por qué, le dijo un día,
Me eshorta usted á dejar tal compañía?
Si usted á mis amigos conociera,
Para otros su consejo guardaría:
Son buenos, y aunque alguno no lo fuera,
Frecuentándome á mí se corrigiera."
Así hablaba el tontuelo
De una falsa confianza prevenido:
Su padre cada vez con mas recelo,
Al ver al niño en tal peligro puesto,
Hizo el desentendido,
Y buscó otra ocasión mas favorable
Para darle el consejo saludable.
Estando ausente el jóven, llamó un cesto
De fruta delicada,
Naranjas, que á la vista parecían
De oro, puro, que en nada cederían
A las que presentó la fabulosa
Huerta de las (*) Hespérides famosa:
Entre ellas dos ó tres puso el anciano
Expofeso, que ya descoloridas
Mostraban estar dentro corrompidas,
Y entregó el cesto al jóven: muy ufano
De tal regalo comenzó á mirarlas,

(*) *Huerta fabulosa colocada por los poetas en España, en la que dicen había árboles que daban manzanas de oro.*

Y viéndolas que iban á perderse ,
 " Padre , exclamó de sentimiento lleno ,
 ¿ Qué ha hecho usted ? si estas van á **corromperse** .
 Con estas buenas ¿ para qué mezclarlas ?
 Asi se volverán todas veneno :
 No , dijo el padre : tu temor es vano :
 Verás todas las malas componerse
 Con el suave aroma de las buenas .
 Al contrario , Señor : lo que está sano
 Se podrirá , replica el desbarbado ,
 Al lado de estas tres que están dañadas ."
 Redúcese por fin á duras penas
 A guardarse por un tiempo limitado ;
 Coge el padre una llave y bien cerradas
 Las deja hasta que el tiempo suficiente
 Para lograr su intento haya pasado ;
 parece un siglo al jóven impaciente ;
 Llega en fin el instante suspirado :
 Dale el padre la llave ; él se apresura ,
 Apenas puede hallar la cerradura :
 Abre por fin y encuentra ; oh vista horrible !
 Todo hecho una confusa podredumbre .
 Lleno de pesadumbre
 Murmura de su padre , y se lamenta ;
 " ¿ No dije (esclama) á usted que era imposible
 Que así quedase sana ni una sola ?
 Pero usted de mi dicho no hizo cuenta ."
 El sabio padre , al ver tal balaola ,
 " Sosiégate , le dice , hijo de mi alma :
 Tu sentimiento calma ;
 Si yo de tus prudentes reflexiones
 Tocante á las naranjas no hice aprecio ,
 Tú con igual desprecio
 Trataste mis consejos y razones ,
 Cuando pronostiqué que llegaría
 Tiempo , en que tus amigos corrompiesen

Tu pareza , á no huir su compañía :
 Esta fruta perdida es fácil cosa
 Resarcirla con otra mas hermosa ;
 Mas si en tu corazon se introdujesen
 Los vicios ; y manebasen tu inocencia ,
 ¿ Cuál mi dolor seria !
 ¿ Cómo desgracia tal remediaría !"
 Esto bastó paraque comprendiese
 El jóven el enigma y la advertencia ;
 Y este lance instructivo
 Fué antídoto y total preservativo .
 Paraque de los malos siempre huyese .
 El ejemplo á voraceros se dirige ;
 " Oh jóvenes ! guardad esta importante
 Máxima en la memoria ,
 Que está harto acreditada por la historia .

Rara vez el malvado se corrige ,
 Aunque trate con buenos ; y es constante
 Que siempre el bueño se pervierte y daña ;
 Cuando con los malvados se acompaña .

No me cansaré de esortarte á que te acuerdes á menudo de este suceso . Ningun símil hay mas propio para darte á conocer el peligro de las malas compañías ; pero con todo , aun hay alguna diferencia entre las frutas pasadas y los amigos viciosos ; pues aquellas á lo menos manifiestan claramente su mal estado . Las muchas lívidas , de que las vemos cubiertas , nos dan á conocer facilmente su interior podre-

dumbre; en lugar que los amigos viciosos parecen muchas veces muy distintos de lo que son. Ocultan los desordenes de su corazon, bajo el velo de la modestia y de la honradez. Son lobos hambrientos, que se cubren con pieles de oveja para poder devorar con mas facilidad los tiernos cordeillos. No te fies pues de su exterior engañoso: no juzgues por sus modales de sus costumbres; antes bien atente al concepto de los que los conocen, y te avisan que evites su trato. La fábula siguiente te dará á conocer cuan peligroso es escoger sin precaucion un amigo.

FABULA IV.

El raton y el gato.

Un ratoncillo jóven é inesperto
 En las cosas del mundo,
 Cansado de vivir en un profundo
 Abismo, con sus padres encerrado,
 Se escapó una mañana, y muy despierto
 Comenzó á corretear con alegría
 El campo dilatado,
 Que á su admirable vista se ofrecia.
 Descubrió no muy léjos casualmente
 Otro animal de venerable gesto:
 Su mirar inocente
 Y grato, su magnifico ropage,
 Y aun su modo de andar grave y modesto,

Dejaron al bobllo embebecido,
 Y deseoso de amistad y trato
 Con tan benigno y santo personage,
 Y era no menos que un famoso gato:
 Por nombre Ratizampa, conocido
 Por el Neron de ratas y ratones;
 Que á pesar de su santa catadura
 Sin piedad á docenas se mamaba.
 Mas nuestro ratoncillo, que ignoraba
 Sus tretas y perversas intenciones,
 Totalmente fiado en su dulzura
 Y humildad aparente,
 En su lengua ratona interiormente
 Decia: ¡Qué señor tan apreciable!
 ¡Qué trato será el suyo tan amable!
 Por feliz me tendria
 En gozar su amistad y compañía.”
 Se acerca, al decir esto, reverente
 Al santo, que dejando de repente
 La mansedumbre á un lado,
 Fiero sobre él se arroja, y al cuidado,
 Sin mascararlo, en el biente lo sepulta.
 Jamas fiamos solo en la apariencia;
 Que muchas veces la maldad se oculta
 Con capa de virtud y de inocencia.

Imprime cuidadosamente en el fondo de tu corazon estas saludables máximas, y procura conformarte á ella. De este cuidado depende principalmente la conservación, ó la ruina de tu inocencia; porque segun el oráculo infalible del Espíritu santo, *serás bueno con los buenos, y malo*

con los malos. Por mas virtuoso que hayas sido hasta aquí, una mala compañía bastaria para perderte. La esperiencia nos enseña todos los dias que la mayor parte de los jóvenes naufragan en este escollo: yo mismo he visto perecer en él á infinitos; y si no te hace fuerza mi testimonio, mira lo que dice Gerson del trágico fin de un joven ilustre por su nacimiento.

Habia sido dicho joven por mucho tiempo un modelo de inocencia y de piedad; pero por desgracia suya contrajo estrecha amistad con un sujeto vicioso y entregado á la mayor disolución. Las conversaciones y los malos ejemplos del perjudicial amigo, tardaron poco en contagiar su entendimiento y su corazon. En lugar de aquella moderacion y de aquella modestia, que hasta entonces le habian hecho admirar, se notó en él un total abandono á los mas vergonzosos desordenes. No anhelaba otra cosa que juegos, diversiones y deleites. Todos los esfuerzos de sus padres, amigos y maestros para apartarle del camino del vicio, fueron vanos; los mismos obstáculos que hallaba servian de nuevo incentivo á sus pasiones; y en fin perseveró impenitente hasta la muerte. Sobrecogido de una

violenta enfermedad, habiéndose presentado un sacerdote para exhortarle á reconciliarse con Dios, se negó totalmente á oírle; y avivando el caritativo eclesiástico sus exhortaciones, al paso que le veia, mas endurecido, el desgraciado joven, atormentado de los remordimientos mas crueles, se volvió al fin á mirarle con semblante furioso y le dijo estas terribles palabras: *¡Infeliz del que me ha seducido! Son demasiados grandes mis delitos para esperar su perdón. Veo ya el infierno abierto para recibirme.* Despues de haber pronunciado estas palabras, se volvió del otro lado para no oír las voces del sacerdote: y al cabo de un instante espiró lleno de la mas horrible desesperacion.

Ve aquí, amado Teótimo, el fruto de las malas compañías. Así se cumple el oráculo del Espíritu Santo que dice, *que el que anda con la pez se manchará los dedos*, esto es que el que trate con amigos viciosos contraerá sus vicios y defectos. No estrañes pues que me haya detenido tanto en un asunto de tanta importancia, Me lisongearia de haber asegurado tu inocencia, si supiera de fijo que te habia inspirado un eficaz horror á las malas compañías.

Advierte, amado Teótimo, que un mal amigo nos precipita en todo género de desgracias, y los golpes que descarga son tanto mas peligrosos, quanto que descenden con nosotros al abismo que nos labra. La complacencia arrastra; y cuando llegamos á conocer que hemos sido engañados, no tenemos valor para librarnos del estrago. No te dejes seducir del rostro agradable, de la conversacion elocuente, ni del ingenio brillante: *La esperiencia del mundo enseña que no hay cosa tan falsa, como la lengua y la fisomia.* Procura pues huir de la brillantez de estas aparentes esterioridades. Observa que aquellos que se crián en el libertinage, y que se entregan á los placeres, deleytes y disipaciones, son malos amigos, y se complacen en formar discipulos de sus disoluciones. Ellos son los mas ecsaltados en sus opiniones; y aunque procuran disfrazarlas, para hacer mas perceptible el veneno, concluyen siempre hablando de cosas que ofenden á la religion, á la sana moral, ó á las buenas costumbres. Sus vicios los pintan como si fuesen virtudes; y así es que el incrédulo te dirá que no hay otra dicha como el deleyte, otra alma que los sentidos, ni

otro Dios que el mundo: el jugador te persuadirá que el juego es muy á propósito para la reunion de las mejores sociedades: que es agradable y seguro asilo contra las desgracias y el enojo; y por este órden cohonestan y disfrazan los demas vicios *para lograr la presa de la inocente víctima.* Con todo queda aun otro escollo, que debes evitar con igual cuidado: este es el de leer malos libros, de lo que ahora te voy á hablar.

CAPÍTULO V.

De los malos libros.

Son los libros para el alma, lo que los alimentos para el cuerpo. La sustentan y la fortalecen; pero así como hay alimentos, que en lugar de contribuir á la salud del cuerpo, solo sirven para debilitarla y arruinarla; del mismo modo, amado Teótimo, hay libros, que en lugar de ilustrar y perfeccionar nuestra alma, no son del caso sino para corromperla y cegarla. Tales son las novelas, las poesías amorosas generalmente todos los escritos perjudicia-

les á la religion y á las costumbres. Sí, amado hijo, todos los libros de esta clase contienen un veneno sutil, que se insinúa insensiblemente en los corazones de los que los leen, y producen en ellos el mayor fastidio para todos los actos de piedad, y el amor á los deleites que destruye todas sus buenas inclinaciones. Pudiera citarte muchos ejemplos en confirmacion de esta triste verdad. Conozco muchos jóvenes, que la han experimentado á costa suya. Me acuerdo en particular de uno, á quien los malos libros pervirtieron totalmente. Estaba lleno de la mas sincera piedad; pero al mismo tiempo era aficionadísimo á leer, y leia sin discernimiento cuantos libros caian en sus manos; tropezó lastimosamente con algunos de aquellos, que parecen haber sido vomitados por el infierno para pervertir la juventud. Al principio los manejaba sin conocer el peligro; pero poco á poco se aficionó á ellos, y comenzó, digámoslo así, á tomarles el gusto. Desde esta época empezó á enfriarse en la piedad, dejó de acudir á los sacramentos con aquella frecuencia que solia; y al cabo abandonó todas sus devociones, y mudó enteramente de conducta. Los que

velaban sobre su educacion no sabian á que atribuir tan repentina mudanza, y mucho mas viendo que no andaba con malas compañías, hasta que un dia él mismo declaró impensadamente el motivo, propalando en la conversacion una perniciosa mácsima, que habia leído en un libro malo que citó. El superior del colegio que le oyó, fué inmediatamente á registrar su estante, en el que halló varias novelas y escritos escandalosos. Reprendióle severamente, y le hizo presente las funestas consecuencias de semejantes lecturas; convino en ellos el jóven, y aun le confesó con sinceridad, que la lectura de estos libros perniciosos era el origen de su depravacion; pero como somos mas inclinados al mal que al bien, se habian impreso tan profundamente en su ánimo las malas ideas, que habia bebido en aquellos libros, que le costó muchísimo trabajo de borrarlas de él, ó quiza jamas lo consiguió.

Me lisonjeo, amado Teótimo, que no te sucederá lo que á este infeliz jóven, pero no respondo de tu virtud, sino con tal que evites cuidadosamente la lectura de todo libro vicioso; porque producirá en tí los mismos efectos que ha producido en tan-

tos jóvenes cuya perdicion ha ocasionado.

La fábula nos cuenta que habia en otro tiempo una fuente que volvia frenéticos á los que bebian sus aguas: esta fuente representa á lo vivo los malos libros, cuya lectura corrompe nuestro entendimiento y nuestro corazon.

Huye pues de ellos con el mismo horror, que de un vaso emponzoñado. Míralos como otros tantos lazos armados contra tu inocencia; y si alguna vez llega alguno á tus manos, imita la conducta de aquel santo jóven, que habiendo un dia hallado una novela, apenas leyó su título, cuando la arrojó al fuego, y corrió á lavarse las manos solo por haberla tocado por el forro, dando á entender con esto cuan persuadido estaba de que no hay cosa mas perniciosa y mas funesta á la inocencia que los malos libros.

No faltará quien te diga para inclinarte á leerlos, que contienen cosas curiosas y bien escritas. Pero el veneno, por agradable que parezca á los sentidos, no deja de ser venenoso, y por esta misma circunstancia mas peligroso; así aunque sean capaces de contentar la curiosidad, debes huir de ellos como del fuego. Mas te valdria

permanecer toda tu vida en la mas crasa ignorancia, que comprar la sabiduría á costa de tu inocencia; pero, por mejor decir no hallarás que aprender en esos malos libros, sino cosas que para siempre debieras ignorar. Te sucederia, cuando los hubiese leído, lo que á nuestros primeros padres despues de comer la frata vedada. Creian que aquel fatal bocado ilustraria su entendimiento. La infernal serpiente se lo habia persuadido. *Sereis* les habia dicho, *como dioses, y alcanzareis la ciencia del bien y del mal.* Adan y Eva, fiados en su promesa, cogieron la dañosa fruta; pero apenas la probaron, cuando se vieron despojados de su inocencia, y sumergidos en un abismo de ceguedad y miseria.

Tales serian igualmente, ó amado Teótimo, las consecuencias de tu curiosidad. No te dejes pues seducir, como nuestros primeros padres, por las vanas promesas del espíritu tentador. Tienes como ellos delante de tus ojos mil frutas esquisitas, estos es, una infinidad de buenos libros, que puedes lícitamente disfrutar, y que serán para tu alma un excelente alimento. Cíñete á estos: los demas son como la

fruta vedada del paraíso terrenal, y puede decirse de ellos lo que Dios dijo á Adán de la tal fruta: *En el instante que la pruebes, morirás.* Esto es, perderás la inocencia, que es la vida de tu alma.

Pero como á veces son estos libros perniciosos, dificultosos de distinguirse, y está oculto su veneno bajo un título engañoso que disimula su malicia, el partido mas prudente, para no engañarse, es el de no leer libro alguno sin consultar antes alguna persona ilustrada y virtuosa, para saber si su lectura te será útil ó dañosa, y conformate enteramente con su dictámen. Sin esta sabia precaucion te alucinará fácilmente el falso resplandor de algunos libros, que al parecer no pueden contener cosa alguna perniciosa, te aficionarías á ellos sin sospechar el peligro, y experimentarías la misma suerte que el imprudente niño, cuyo suceso voy á contar.

FABULA V.

El labrador y el niño.

Léjos de maestros,
Y libre de aula,
Contenido un muchacho
El campo paseaba.

Viéndolo cubierto
De bellas y estrañas
Flores, á cogerlas
Alegre se baja.

Llega á echar la mano
A una de las plantas:
Cuya flor hermosa
Los ojos encanta.

Un labrador viejo,
Que al chico miraba,
Viéndole en peligro
De alguna desgracia.

Le grita al instante:
Digo, camarada,
No toques las flores,
Que te saldrán caras.

Que hay muchas culebras
Bajo de las matas,
Y á los que las tocan
Dan crueles picadas.

¡Y cuántos muchachos,
Por tenerlo á chanza,
Sacaron las manos
Bien ensangrentadas!"

Al oír estas voces,
El niño se espanta,
Y del prado ameno,
Muy léjos se aparta.

Mas vuelto del susto,
Cobrando confianza,
Del rústico juzga
Que el dicho es patraña.

Que para burlarse
De su edad temprana
Inventó el buen tío,
Y así se abalanza.

A coger las flores,
 Dando vueltas varias,
 Como mariposa
 Que de una á otra pasa.
 Una violeta
 Va á coger gallarda,
 Cuando una culebra
 El aguijon le clava.
 Llorando se vuelve
 El tontuelo á casa,
 Dando con su ejemplo
 Leccion adaptada.
 A jóvenes necios,
 Que su tiempo gastan
 En leer libros llenos
 De máximas malas.
 Que como las flores
 A la vista agradan
 Con hermoso estilo,
 Con fraces limadas.
 Mas debajo esconden
 Sierpes enconadas,
 Que á los que se acercan
 Muerden y maltratan.
 Y al que se descuida,
 Y luego no escapa,
 QUITAN venenosas
 La vida del alma.

Me parece, amado Teótimo, que no debes hacer cosa mas acertada que entregarte al estudio, y sacrificar en su obsequio todo aquel tiempo de que puedes disponer: *El alma que no se ilustra es*

como el cuerpo que no se alimenta. La lectura recrea al espíritu, adorna la memoria, y enriquece la imaginacion; mas debes considerar que el acierto consiste en la buena eleccion de los libros que has de leer, entre tantos como se reproducen en el teatro del mundo. Te encargo pues no compres alguno sin consultar al meos con un sugeto hábil, instruido, honrado y virtuoso; y ten entendido, *que la buena eleccion, y no la multitud de libros, es la que adorna y rectifica el entendimiento.*

CAPÍTULO VI.

Dé las obligaciones de los niños para con sus padres.

Tienes, ó amado Teótimo, un Dios á quien servir, y una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesarias; esta es la de honrar á los padres, que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar sin duda para moverte á cumplir con ella: sé que lo contrario repugna á tu corazon. Por consiguiente, no trataré de

esta importante materia, precisamente para despertar en tí los afectos regulares á todo hijo bien inclinado, sino para animarte á conservarlos durante toda tu vida: porque no es de temer que faltes á esta obligacion por ahora, sino en adelante. Demasiado comunès son los ejemplares de hijos desconocidos, que por su indocilidad y desagradecimiento han llenado de amargura la vida de aquellos, á quienes debian la suya. No quiero citártelos: son monstruos que horrorizan, y merecen quedar sepultados en perpetuo olvido. Me debes demasiado buen concepto para creerte capaz de imitarlos. ¡Infelices! Mas te valdria haber perecido en el vientre de tu madre, que llenar su vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo. Acuérdate pues que despues de Dios, á nadie debes amar y hourar tanto como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligacion por medio de un mandamiento espreso; pero aun quando no lo hubiera mandado de este modo bastaba para ejecutarlo saber que despues de Dios les debes la vida, que te han cuidado en la niñez, que te han llevado en sus brazos, han enjuga-

do tus lágrimas, te han alimentado y criado, y que continuan en velar sobre tu educacion, destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras, que te dan á entender que no puedes escederte en amarlos, honorarlos y obedecerles. Jesucristo mismo nos ha dado este ejemplo de filial obediencia. Siendo dueño de cielos y tierra, estando todo sujeto á su imperio, lo estaba él mismo, como nos dice el evangelio, á José y á María su madre, habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía, y únicamente ocupado en obedecerles.

Isaac habia dado ya en la antigua ley un ejemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre Abraham á un monte para sacrificarle, conforme á la órden que Dios le habia dado; el virtuoso hijo luego que lo supo, se sujetó humildemente á su voluntad, y se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazón, hi-

zo oír su voz á Abraham en instante en que lewantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla; y en premio de su fidelidad le prometió que derramaria sus bendiciones sobre Isaac, que le daría una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serian bendicidas en uno de sus descendientes.

Así se complace Dios en recompensar la sumision de los hijos obedientes á sus padres; cuando al contrario, hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligacion. El ejemplo de Absalon prueba demasidamente esta verdad. Este ingrato hijo llegó á tal extremo de indocilidad y de rebelion, que tomó las armas contra su padre, con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designios con las tropas que le quedaron fieles, recomendando con todo al general de su ejército que cuidase de conservar la vida á Absalon en caso que se consiguiese alguna ventaja contra él; chocaron ambos ejércitos, y el de Absalon, aunque mas numeroso, fue derrotado enteramente: el mismo jóven príncipe se vió obligado á ponerse en salvo; pero al pasar mon-

tado en una velocísima mula por debajo de un roble muy frondoso, su cabello, que era sumamente largo, se enredó en las ramas; y siguiendo la mula adelante, quedó colgado de ellas, hasta que Joab, á pesar de las órdenes de David, le atrevió con tres dardos el corazon, habiendo sin duda permitido Dios esta desobediencia del general para castigar la rebelion y la ingratitud del malvado hijo.

Por aquí podrás conocer, amado Teótimo, cuan culpado es el hijo que desobedece á sus padres, y con quanto horror has de mirar semejante conducta; pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que puede ser contrario al respeto que merecen; tal fue el delito de Cham, y el origen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del ejemplo de sus hermanos, que se portaron con él con el mas profundo respeto, pero no quedó impune su delito porque habiendo sabido Noe, luego que despertó, lo que habia sucedido, fulminó las mas terribles maldiciones contra el temerario Cham, pronosticando que arrastraria siempre á los pies de sus hermanos; y por el contrario bendijo para

siempre á Sem y á Japhet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noe. Cham arrastró una vida miserable, oprimido de desgracias, que se estendieron á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida, y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Parece que Dios continua en el día en guardar la misma conducta con los hombres. Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades, que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios, al contrario, parece que se complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura pues conseguirlos por medio de una conducta digna de un buen hijo, y ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algun modo al que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Pero no basta obedecerlos y respetarlos, ademas es preciso amarlos tierna y since-

ramente, evitar en consecuencia lo que puede desagradarles, tirar á complacerles, consolarlos en sus aficciones, y asistirlos en sus necesidades, siempre que hayan menester socorro. Los gentiles mismos nos han dado los mas admirables ejemplos de este amor filial. Podrás conocerlo por este rasgo que se halla en la historia del Japon, en el cual, prescindiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una muger quedó viuda con tres hijos varones, y no tenia otro socorro que el que ellos la suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras; y viendo estos jóvenes que ó por falta de ocasion, ó por no haberse hecho desde pequeños al trabajo, no ganaban lo suficiente, tomaron la mas estraña resolucion. Se habia publicado poco hacia un edicto, declarando que á cualesquiera que prendiese á un ladron, y lo presentase al magistrado, se le daría una suma considerable. Los tres hermanos, aun mas afligidos de la miseria de su madre que de la suya propia, convinieron entre sí que uno de los tres haría el papel de ladron, y que los otros dos le presentarian al Juez. Echan suertes para ver

cual de ellos ha de ser víctima del amor filial; cae sobre el mas jóven, que se deja atar, y llevar como un delincuente; tómasele declaracion; confiesa que ha robado; condúcese inmediatamente á la cárcel, y reciben sus hermanos la prometida suma, estos antes de volver á su casa hallan medio para entrar á verle en la prision, y creiendo estar solos comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de separarse de él. El magistrado, que por casualidad estaba en parage de donde sin ser visto era testigo del lance, se admira estrordinariamente de ver á un delincuente tan estrechamente unido con los que le habian entregado á la Justicia; llama inmediatamente á uno de sus dependientes; le da orden de que siga á los dos delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no los pierda de vista hasta que esté completamente instruido de todo lo necesario, para descifrar un suceso tan extraordinario, como el que acababa de presenciar. El ministro obedece puntualmente; y hechas todas las diligencias que se le habian mandado, vuelve á decir á su superior, que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa y

acercándose á escuchar, les habia oido contar á su madre todo lo que acabo de decir, que la pobre muger al oír esta noticia, prorrumpiendo en las mas lastimosas quejas, habia dicho á sus hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido porque mas queria murirse de hambre que conservar la vida á costa de la de su hijo. El Juez, mas admirado al oír esta narracion, manda venir al preso, le toma nueva declaracion sobre los supuestos robos, y le hace varias preguntas, para ver si se corta en alguna. Viendo en fin que todas sus respuestas concordaban perfectamente, y que era inútil su industria, le declara lo que sabe, y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas le oye la verdad, cuando pasa á hacer relacion de todo al Emperador, que admirado de tan heroica accion, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al mas jóven mil y quinientos escudos de renta anual, y quinientos á cada uno de los otros.

El pasage que voy á contar no es menos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil, que dividió á los romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron,

y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio, el hijo se declaró por Augusto: habiendo vencido este al primero en la batalla de Accium, Metelo fué hecho prisionero con otros muchos, y presentados con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas de la guerra y con las incomodidades de su prision, que apenas parecia el mismo; pero su hijo no le desconoció; apenas le vió, se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro: y temiendo que Augusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: *Señor, aquí teneis mi padre á vuestros pies; convengo desde luego en que ha merecido vuestra indignacion por haber tomado las armas contra vos; pero tambien sabreis que por mi parte merezo algun premio por haber seguido fielmente vuestras banderas: dignaos pues de concederme la gracia que voy á pedir. No pretendo que dejéis de satisfacer vuestra venganza, ni que quede impune su delito; lo único que os suplico es que deis á mi padre el premio que á mi se me debe, y que me hagais sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que habia de pade-*

cer. No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo; porque Augusto, enternecido del amor que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Metelo, inmediatamente le perdonó, y le concedió la libertad.

Podiera traer aquí otros muchos sucesos semejantes de que hace mención la historia; pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que seria cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cumplimiento de tan sagrada obligacion; pues que ademas de la voz de la naturaleza, que nos habla como á ellos, tenemos el mandamiento espreso de Dios, que nos obliga á honrar á los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias, que te veas precisado á esponer tu vida para conservar la de tus padres, como los generosos hijos de que acabamos de hablar, y por lo mismo no trato de esto, lo que quiero de tí es que les obedezcas prontamente; que oigas sus consejos con entera docilidad; que jamas les hables sino con un profundo respeto; que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del jóven Príncipe que perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamas llorará bastantemente. Se resistia un dia á hacer una cosa que se le mandaba; y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaria quizás al Delfin su padre, bastó esto solo para que venciese su repugnancia, y exclamase al instante, *que papá no se enfade, que no se enfade, que yo haré todo lo que quieran.*

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falta al respeto, á la obediencia y al amor que debe á los que le han dado el sér, no merece el título de cristiano ni el de hombre, debe ser mirado como un aborrecible monstruo, indigno de vivir entre los hombres.

CAPÍTULO VII.

De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educacion.

Las obligaciones de un discípulo para con los que están encargados de su educacion son, á poca diferencia, las mismas

que las de un hijo respecto de sus padres; pues el maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenia Alejandro á su preceptor Aristóteles: decia muchas veces que no debía menos á este que á Felipo su padre, pues que si este le habia dado la vida, Aristóteles le habia enseñado á usar bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Ciceron de su maestro Cratipo. *Sabe, escribia á uno de sus amigos, que profeso á Cratipo el mismo amor que un hijo á su padre: no solo tengo el mayor gusto de oírle hablar en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él, y paso muchas veces dias y noches en su compañía.*

Con esta misma disposicion debes, ó amado Teótimo, mirar á tus maestros. Has de considerarlos como tus bienhechores, y profesarles el amor mas sincero y el mas vivo reconocimiento: seria preciso no tener corazon, ó tenerlo perverso, para faltar á esta obligacion. La educacion es el mayor de todos los beneficios. Cuando salimos de manos de la naturaleza, somos como un pedazo de jaspe en bruto y

sin forma alguna; para hacernos tales cuales debemos ser, es menester que nos dirijan, que nos instruyen y que nos ilustren; del mismo modo que para hacer una hermosa estatua es preciso que trabajen y pulan el jaspe; y siendo así que nuestros maestros son los que nos hacen esta buena obra, inspirándonos virtudes que dan forma á nuestro corazón, y comunicándonos conocimientos que ilustran nuestro entendimiento, ¿qué amor, qué reconocimiento no les debemos por tan importante beneficio? El emperador Marco Aurelio estaba tan penetrado de este agradecimiento que se dejó llevar de él hasta un extremo muy reprehensible, como el de hacer colocar las estatuas de sus preceptores entre las de sus dioses, y sacrificar todos los años víctimas sobre sus sepulcros. Hasta los mismos animales nos han dado muchas veces ejemplos del amor y del agradecimiento que debemos á nuestro maestro. Vióse en otro tiempo en Roma un león hambriento acariciar y defender en el anfiteatro á un esclavo que habia sido sentenciado á ser devorado por las fieras. Preguntada por el emperador, que estaba presente, la causa de un suce-

so tan extraordinario declaró el esclavo que habiendo encontrado algunos años antes en un bosque de Africa á aquel león, que entonces era jóven, estropeado, y que no podia andar sino arrastrando, á causa de tener una espina clavada en el pie, se determinó á sacársela; de cuyas resultas el animal le hizo mil caricias y con ellas le obligó, hallándose como estaba fugitivo y sin recurso, á acompañarle á su cueva en donde se alimentó algun tiempo con la caza que el león traía: que despues cansado de aquella vida silvestre, se separó del animal, y vino á parar al estado en que se hallaba; que el león le habia conocido; y que esta era la razon de las caricias que le habia hecho y del amor con que le miraba. El emperador enternecido, dió vida y libertad al esclavo, y le regaló el león.

¿Y qué es el beneficio hecho al león en comparacion de los que recibes de tus maestros? ¿Cuántas espinas y abrojos no arrancan de tu corazón? ¿Qué diligencia omiten para alimentar tu entendimiento y tu voluntad con las mas saludables máximas? ¿No serias pues mas insensible que los mismos animales, si correspondie-

ses á sus beneficios con la indiferencia y la ingratitud? ¿Si siguieses el ejemplo de tantos jóvenes, que apenas han acabado sus estudios cuando se precian de desconocer, y muchas veces de despreciar á aquellos que no han perdonado cuidado ni fatiga para educarlos? ¿Si hicieses, como ellos, uso de la lengua, que, por decirlo así ellos han desatado, para zaherirlos y despedazarlos? Ah! Si yo te creyera capaz de semejante vileza, no te miraria ya sino como á un infame; pues que no hay cosa mas indigna del hombre que la ingratitud, y sobre todo respecto de aquellos de quienes has recibido un beneficio tan grande como el de la educacion.

Pero no: tengo demasiado buen concepto de tí para dar entrada á una sospecha tan injuriosa á tu corazon. Me contento solamente con precaverte contra una cosa que podria entibiar el amor y reconocimiento que debes profesar á tus maestros: esta es la severidad de que quizás se verán precisados á usar contigo; porque no hay cosa mas comun que el que una ligera reprension haga olvidar á los niños los mayores favores, y que irritados de la justa severidad de sus maestros, los miren

mas como á enemigos que como á bienhechores. Ve aquí una fábula que te dará á conocer como debes pensar en este punto, si alguna vez te hallas en semejante situacion.

FABULA VI.

La viña y el labrador-

Cierto dia una viña se quejaba
Al labrador que en ella trabajaba,
De que cortase sin reparo alguno
Los vástagos, que léjos de servirle,
Solo crecian para destruirla,
Y ocupar el terreno inutilmente.
Llorábalos la pobre uno por uno
Como á hijos malogrados; é impaciente
Al labrador volviéndose decia:
"¿ Por qué conmigo usar tal tiranía?
Si me estimas, si yo de tus sudores
Soy objeto, ¿ por qué de los mejores
Renuevos, de mis vástagos lozanos
Me despojan tus brazos inhumanos?
Tú sin duda no me amas,
Pues no haces de mis lágrimas aprecio."
El rústico prudente la responde:
"¡ Qué mal tu amarga queja corresponde
A mi bondad! tú juzgas que esas ramas
Corto yo por malicia ó por desprecio:
Pues á esta operacion tan dolorosa
Tu interes solo mi cuchillo guía.
Si ese ramaje inútil no cortase,
Quedando al parecer bella y pomposa,
Te hallarias estéril algun dia,
Sin poder producir frutos ni flores,

Y espuesta á que tu dueño te arrancase ;
 Cuando por el contrario, padeciendo
 Esos breves dolores ,
 Te encontrarás tan sana ,
 Tan fértil y lozana ,
 Que juzgarán que Baco por su mano
 A cuidarte y labrarte está atendiendo."

En este símil tan sencillo y llano
 Ved, jóvenes, lo que hacen los maestros
 Que cuidan de educaros santamente :
 Si alguna vez, cual labradores diestros,
 Al parecer os tratan duramente ,
 Sabed, si teneis juicio,
 Que es solo por haceros beneficio.

Sí, amado Toótimo; está siempre seguro de que la severidad de tus maestros no liene otro origen que el zelo con que miran tus intereses. No se irritan contra tí, sino contra tus defectos; desean precaver los daños que esta mala semilla puede causarte en adelante, si se deja arraigar en tu alma. Llegará dia en que conozcas cuanta razon tenian para obrar de este modo; y en lugar de estar enconado con ellos, no podrás menos de manifestarles tu agradecimiento del mismo modo que el enfermo cuyo suceso voy á contar.

FABULA VII.

El enfermo y el cirujano.

Un sujeto tenía
 Una úlcera cruel le causaba
 Los mas vivos dolores: cada dia
 Emplastos á montones se aplicaba,
 Ya el blanco, ya el rosado y amarillo :
 No hubo por fin unguénto
 Que no espermentase, mas en vano :
 El mal de cada instante iba en aumento
 Se vió al cabo obligado el pobrecillo
 A llamar un famoso cirujano
 Paraque, como en viña vendimiada,
 Se metiese á cortar carne dañada,
 Y le apartase de la Estigia (*) orilla.
 Llega nuestro hombre armado de cuchilla
 Corva, de bisturis y de tijeras ;
 Hace atar al paciente
 Paraque no se mueva: y preparado,
 Cual si mondase peras,
 Empieza á mondar carne á cada lado :
 Al principio resiste firmemente
 Al dolor; mas despues que hubo llegado
 A cortar en lo vivo, se enfurece ;
 Y mirando con vista encarnizada
 Al maestro, lo llena de baldones
 Llamándole verdugo canicero,

(*) Los poetas suponian que habia en los infiernos una negra laguna llamada Estigia, á cuyas orillas pasaban las almas de los que morian: y á si esta frase de nuestra fábula, equivale á decir le apartase de la muerte.

Y asesino cruel; jura y ofrece
 Tenerle odio mortal la comenzada
 Curacion, despreciando sus razones,
 Sigue el buen operario muy ligero:
 Acaba en fin, le benda; y ordenado
 El método á que habia de arreglarse
 Hasta estar totalmente mejorado,
 Se despide: el enfermó brevemente
 Cobra mas fuerzas, y al octavo dia
 Se ve en estado ya de levantarse;
 Pónesele su bienhechór en frente,
 Y le dice: » Aquí tiene usted el tirano
 Asesino que tanto aborrecía.
 Esta es la impía mano
 Que á usted atormentó tan duramente,
 Ahora puede vengarse fácilmente.
 ¡ Qué venganza! Por mucho que yo hiciera,
 Dice el convaleciente agradecido,
 No era posible que correspondiera
 Al singular favor que á usted he debido;
 Usted es mi tierno amigo, y solo siento
 Los injustos baldones
 Que dije en fuerza del dolor violento
 Que delirar me hacia:
 Si atendiéndo á mis quejas infundadas
 Se hubiera usted andado en compasiones,
 En este instante ya pasado habria
 De Achéronte (*) las aguas enlutadas.
 Debo á usted en fin la vida,
 Y esta deuda preciosa en mi memoria
 Eternamente quedará esculpida.»

(*) Achéronte, rio tambien del infierno, segun los poetas. La espresion en que se nombra, quiere decir que se hubiera muerto á no ser por la firmeza del cirujano.

Le abraza al decir esto carifioso,
 Y premia sus fatigas generoso.

Jóvenes, aprended en esta historia
 Lo que debéis vosotros á un zeloso
 Maestro si cumpliendo con su oficio
 Vuestros deseos corta, y os maltrata,
 Os llenais de furor; mas algun dia
 Del prudente rigor con que ahora os trata,
 Como del mas insigne beneficio,
 Le dareis gracias llenos de alegría.

No creas, amado Teótimo, que te engaño con suposiciones. La esperiencia demuestra todos los dias lo que te acabo de decir. Vemos regularmente que aquellos que han sido tratados con mas rigor durante su niñez, son los que manifiestan mas agradecimiento á sus maestros, porque conocen que les deben tanto mas amor, cuanto con mas severidad han corregido sus defectos. Preguntándole un dia al jóven Duque de Borgoña á cual de sus tres ayudas de cámara queria mas, respondió; á *Fulano*, porque nada me disimulaba durante mi niñez, é inmediatamente daba cuenta de cualquier falta mia, para que me corrigiesen. Acostumbrate pues, á ejemplo de este príncipe, á amar á los que procuran tu enmienda,

aunque algunas veces te incomoden. Por lo regular son mas saludables las correcciones que las caricias y lisonjas. La condescendencia solo sirve para fomentar y perpetuar defectos que una prudente severidad destruiria. Esta verdad nos enseña la siguiente fábula.

FABULA VIII.

El niño enfermo.

Un chico de su madre idolatrado,
Y por tanto un si es no es, voluntarioso
Con motivo de fiesta salió un día
Del encierro en que Apolo (*) le tenia.
Pasóle con su madre tan mimado,
Que al remolon se le hizo muy penoso
El volverse tan pronto á su colegio.
Faltábale pretexto; y al instante
Se balló en la faltriguera
Una de aquellas indisposiciones
Que suele padecer por privilegio
Para no trabajar Juan Estudiante.
De marchar llega la hora lastimera;
Pierde el color, pondera desazones
En todo el cuerpo; muelas y costado
Le duelen; y aun se siente incomodado
Del bazo. ¿El bazo á mas? ¡Ay pobrecito!
Aunque traga los platos con la vista,

(*) Apolo, segun la fábula, era el dios de las ciencias, y así quiere decir esta expresion, que salió del colegio en que estudiaba.

Se queja que ha perdido el apetito:
La pobre madre acongojada y lista
Sus lagrimas enjuga, y prontamente
Manda venir los médicos á pares:
Cada Galeno (*) acude diligente,
Armado de recetas singulares,
Para el lance cruel, la madre tierna
Les hace una patética pintura
De aquella horrible enfermedad interna;
Le pulsán, y aunque no hallen calentura;
Fruacen las cejas, hílanse los sesos
Hablando largamente
Del mal, y de sus principios y progresos;
Y despues de un ecsámen diligente
Convienen en que debe manejarse
con tiento, y que el enfermo ha de purgarse.
Nuestro tuno al oler la fastidiosa
Diabólica pocion, que le revuelve,
Las tripas, de otro lado se les vuelve,
Grita, se desespera y se lamenta:
La madre á que la tome cuidadadosa
Le persuade y alienta:
Mas viendo que el bribon se niega á todo,
Hace traer de dulces y biscochos
Un azafate á ver si de este modo
Puede vencerle: el pillito al ver los chochos
Se anima un poco, se los va zampando,
Y al paso que los come mejorando;
Diceselo así á su madre, que orgullosa
Al ver de esta receta prodigiosa
Da eficacia divina,

(*) Galeno fué un famoso médico romano, y se dá aquí por ironía su nombre á los médicos cuya imprudente conducta y ninguna ciencia resultan del contestado de la fábula.

Luego envia á descartar la medicina;
 Arroja alegre la bebida amarga
 Y al chiquillo de dulces lo rellena;
 El picaron se rie á boca llena
 De la buena mamá tan engañada,
 Y la sabrosa enfermedad alarga;
 Nunca hubiera llegado á ser curada,
 Si el padre, queera un viejo marrullero,
 Y con sus hijos nada zalamero,
 No hubiera por fortuna aparecido;
 Ve, ecsamina al paciente, y en la cara
 Conoce luego la enfermedad rara,
 Que en español se llama picardía.
 De semejantes chanzas mal sufridor
 «Señorito, le dice salga usía
 De esa cama al instante, y á la escuela
 Marche sin detenerse, si no quiere
 Que le quede señal mientras viviere.»
 El señorito calla y obedece,
 Aunque allá dentro se condena, y buela
 Al ver que á lo mejor se desvanece
 Su sistema tan bien imaginado:
 No tardó mucho el holgazán taimado
 En cansarse de temas y lecciones,
 Y en suspirar los dulces y roscones:
 Vuélvele á dar el accidente fiero;
 Toma el padre el partido
 De apartar á la madre de la cama
 De nuestro enfermo, y en su lugar llama
 Un preceptor austero,
 Que haga dar á aquel hijo tan querido
 No dulces, sino caldo fastidioso,
 Y alguna lavativa
 Paraque no ande el vientre perezoso.
 En fin le hace guardar dieta severa:
 Viendo el enfermo que de veras iba

La fiesta, hace mudanza, se remedia
 El terrible accidente, salta fuera
 De la cama molido y fastidiado
 De verse muerto de hambre y jaropeado,
 Y dan fin renegando á la comedia.
 Quedó la madre muy bien enterada
 De que si la bondad es demasiada,
 Del ánimo los males acrecienta,
 Y que un rigor prudente los ahuyenta.

Habiendose tratado en los dos últimos capítulos de las obligaciones que tienen los niños con sus padres y con aquellas personas encargadas en su educacion; creo, amado Teótimo, muy oportuno hablarte en este lugar de las obligaciones que debemos á la patria, y que contraemos desde que nacemos, paraque puedas formar alguna idea del aprecio y amor que se merece. Seré muy breve. La patria, querido Teótimo, es aquella digna y amable madre comun, que desde los primeros instantes de nuestra vitalidad los recibe y acoge en su dulce seno, nos acaricia como á sus tiernos y queridos hijos, y nos protege, auxilia y socorre como á sus caros súbditos; ¿cuáles pues deberán ser los sentimientos de reconocimiento, aprecio, amor y gratitud con que debemos corresponderla? Desde que la sabiduría infinite

(por un efecto de los eternos é incomprendibles arcanos de su providencia) dispuso y decretó que naciósemos en un reino mas bien que en otro; quiso así mismo que el lugar de nuestro nacimiento fuese privilegiado en nuestro amor, y gravó este sentimiento de tal forma en nuestra alma, que no existe hombre alguno, que no sea naturalmente patriota. Esta dulce impresión, unida á nuestro corazón por el Soberano autor de la naturaleza y de la gracia, parece que se vigoriza y consolida mas y mas entre aquellos subditos que profesan una misma religion, obedecen á un mismo gobierno, observan unas mismas leyes, conservan los mismos usos y costumbres, y tienen un propio lenguaje. Sí, amado Teótimo, los Españoles nuestros hermanos han manifestado en todos tiempos á la faz del mundo los verdaderos sentimientos de acendrado amor por su religion, por su patria y por su Rey. Pudiera referirte millares de ejemplares del valor con que se han distinguido por su patriotismo; haciéndose tambien en la Europa dignos de todo elogio y admiracion por los sucesos ocurridos en este siglo. Esta preciosa investidura de ciudadanos

que recibimos en nuestra primera existencia, este sublime y distinguido título grabado en nuestro corazón desde los primeros respiros de su vitalidad, el honor nacional, y cuanto hay de sagrado en el hombre, no solo nos recuerda, sino que nos impone la mas estrecha y rigurosa obligacion de consagrar en servicio de la patria nuestros intereses, honores, comodidades, fortuna, y cuanto valemos y podemos, para emplearlo todo en su socorro. Nos recuerda, que la sangre misma que circula en nuestras venas es patrimonio de la patria, y tiene legítimo derecho para mandarla derramar. Si, amado Teótimo, nuestra vida es muy inferior al honor de morir por la patria: esta muerte es una gloria que nos inmortaliza, y una luz que brilla y sobreviene á la oscuridad de los tiempos. *Indigno es pues hasta de la respiracion el que falte á los deberes de Ciudadano.*

CAPITULO VIII.

De la docilidad.

No basta, amado Teótimo, tener res-

peto, amor y reconocimiento á los que trabajan en tu educacion; es preciso además ser dócil á sus consejos é instrucciones; la docilidad debe considerarse como la principal obligacion de los discípulos para con sus maestros; estos son tus guías y así te has de dejar gobernar por ellos. Sus luces son superiores á las tuyas, por lo que te tiene cuenta preferir sus consejos á tus propias ideas. Cuando tus padres te han entregado á su cuidado, ha sido para que les obedezcas en un todo; y así faltarias á la sumision que debes á aquellos si resistieses á la voluntad de los que hacen sus veces.

Todas estas razones deben darte á conocer cuan justa y razonable es tu docilidad para con los que están encargados de tu enseñanza. El jóven Duque de Borgoña estaba bien persuadido de esta verdad, aunque elevado por su nacimiento á una clase que parece le dispensaba de la regular docilidad que deben tener los demas niños con sus maestros. Sucedió un dia que en el calor de una disputa contradijo á su ayo, y aun se le escapó el decirle: *veremos quien de los dos tendrá razon*; pero reflexionando en el instante que esta es-

presion era contraria á la obediencia y docilidad que le debia, añadió inmediatamente: *sin duda será usted; porque es usted mas racional que yo.*

Los discípulos de Pitágoras no se preciaban menos de su docilidad. Miraban todas sus palabras como oráculos de que no les era lícito dudar; y cuando alguno queria oponerse á sus máximas, no le daban otra respuesta que esta: *El Maestro lo ha dicho: Magister dixit.* Seria de desear que todos los niños usasen en el dia de la misma espresion; pero están muy léjos de tal docilidad para con sus Maestros. En lugar de este racional obsequio no se ven en la mayor parte de ellos sino murmuraciones, desobediencias y rebeldías. Basta muchas veces que se les mande una cosa para que se empeñen en no hacerla. ¿Y nos admiraremos despues de que adelanten tan poco en las ciencias y en la virtud?

¿Que dirias de un caminante que tomando una guía para dirigirle en su viaje, se obstinase en no tomar el camino que le señalaba, y se metiese siguiendo su propio capricho por sendas desconocidas? Sin duda le tendrias por un insensa-

to, que precisamente se habia de perder, sin poder llegar jamás al término que se proponia. Pues este caminante es viva imágen de un niño indócil, que sin atender á los prudentes consejos de sus maestros, quiere guiarse solo por su capricho, y seguir en todo su propia voluntad. ¿Y se podrá esperar de tales antecedentes que consiga una buena educacion? El por sí es incapaz de gobernarse á sí mismo: por otra parte no quiere dejarse dirigir por los que tiene mas conocimientos y experiencia que él; con que precisamente se ha de perder, y ha de experimentar la funesta suerte de una mariposilla jóven, cuyo suceso te servirá de instruccion, y te dará á conocer las tristes consecuencias de la indocilidad.

FABULA IX.

La mariposa jóven y la vieja.

Una mariposa vieja
En el mundo muy curtida,
Porque no muriese asada
A su hija le repetia:
"Huyese esa engañosa llama,
Que parece que convida
Con su belleza, y destruye
A todo el que se le arrima:

Yo misma por ser curiosa,
Acercandome atrevida,
Saqué, y aun fué gran fortuna,
Estas alas consumidas.
Y si como otras sin juicio
Me descuydara en huirla,
Seguramente como ellas
Perdido hubiera la vida."
Obedecerla promete
Amedrantada la niña;
Mas dentro de poco rato,
Hablando consigo misma,
Decia: "¿Por qué mi Madre
De tal modo me intimida
Para que esa luz no vea,
Cuyo brillo al mundo hechiza?
¡Que resplandór tan hermoso!
¡Vaya que es cosa muy linda!
¡En verdad que son los viejos
Estremos de cobardia!
Les parece un elefante
Cualquier mosca pequenita,
Y un gigante todo enano
Si fiamos en su vista.
¿Que el mal puede resultarme
Por mas que cante la tia,
De acercarme con cautela?
¿Qué soy yo alguna bobilla?
Con eso daré razon
A todas las demas chicas,
Sin aventurarme mucho,
De esas luces tan bonitas."
Decir esto y acostarse
Fué todo una cosa misma:
Al rededor de la luz
La tonta mariposilla

Comenzó á revolotear,
 Al principio no centia
 Mas que un calor agradable;
 Esto mismo la incita
 A que se fie, y gozosa
 Cada vez mas se aproccima:
 Hasta que al fin destumbrada,
 Al dar una vuelta lista
 De aquella pérfida llama
 Al centro se precipita,
 Y sin poderse valer
 Acaba su triste vida.

Tal pena el desobediente
 Tiene muy bien merecida.

Acuerdate bien de esa leccion, amado Teótimo, y jamas dudas de que la indocilidad es siempre funesta á los niños que se niegan á las luces de sus guias para arreglar su conducta. Si no los arrastra en todas ocaciones á los mayores desórdenes, les impide cuanto menos adelantar en las ciencias, y cultivar su ingenio. Porque un niño que se está educando é instruyendo es como un fogoso potro que se está domando Aunque se ponga un animal de esta especie en manos del mas hábil picador, si se obstina en sacudir el freno, en empinarse, en retirarse y negarse á andar á la cuerda, y hacer las demas evolucion-

nes á que se le quiere sujetar, á pesar de todos los sudores del picador jamas servirá para cosa alguna. Espárzase la mejor simiente en un campo fértil; si la tierra no la recibe en su interior, si no se pone cuidado en cubrirla paraque fermente y nazca, será eternamente inútil, y el campo no producirá fruto alguno. Puede pues aplicarse lo que digo de este campo á cualquier niño indócil. En vano se esparcen en su ánimo las semillas de la ciencia y de la virtud; en vano se le dan las mas saludables instrucciones; sino coopera con su dócilidad á los cuidados de sus maestros, serán vanas é inútiles sus fatigas, y totalmente infructuosa su enseñanza. ¿Quieres ver otro símil que te dé á conocer mejor la importancia de la dócilidad? Toma un pedazo de hierro, mira si no puedes ablandar, y verás como no lo consigues: su dureza superior á tus esfuerzos, opondrá un obstáculo invencible á tus deseos. Toma al contrario un poco de barro ó de cera, verás con qué facilidad lo ablandas y formas qualquiera figura. ¿Y en qué consiste esta diferencia? ¿En qué ha de consistir, sino en que la cera es dócil á todas las impresiones que se le dan, y el hierro

al contrario inflexible? Por esta razón con este metal nada podrás hacer, y con la cera harás todo lo que te ocurra, es tan clara la aplicación de este símil que no necesita de indicarse. Ya conocerás que el hierro representa al muchacho indocil, y la cera al que es obediente. De esta misma comparación se valió en otro tiempo un prudente maestro para reprender la desobediencia de su discípulo. Ve aquí el suceso

FABULA X.

El Maestro y el Discipulo.

Cierto chiquillo indócil y traviés
Del griego y del latin poco cuidaba,
Pero sí de enredar, cuando se hallaba
En el aula en lugar de estar atento
A la lección, formando con gran seso
Para no estar ocioso
Mil figuras, mil titeres con cera
Nota el divertimiento
El maestro, que en la escuela un argos era:
Le riñe asperamente: él con reposo
Oye el sermón, que le entra por un oído,
Y por el otro sale en el instante;
Vuelve á su cera el inmediato día,
Y vuelto á predicar, mas él constante
Su fábrica de monos proseguía
A pesar de castigos y sermones:
Viendo el Maestro que arrojaba al viento

Sus zurras y razones,
De otro modo pensó tomar el tiento
Al tuzudo machacho, unas barritas
De hierro recogió, y cierta mañana
Cuando el tuno labraba con mas gana
De cera las tamosas figuritas:
» Vaya, le dice, que eres industrioso;
Lastima es de que no seas mas juicioso;
Siquiera, si esos titeres hicieras
Con este hierro, en mi concepto fueras
Hombre útil, y jamas te reñiría
Por mal gastar el tiempo inútilmente,
Como en la cera que eso es niñería.”
» No ve usted le responde prontamente,
Queso me es imposible?
La cera es blanda, y á las manos cede,
Cuando al contrario, y el hierro es inflexible,
Abládemelo usted, si acaso puede,
Como la cera, y quedará servido.”
» Muy bien te explicas, replicó el maestro,
Deseoso de verle corregido:
Habras como hombre en la materia diestro:
Pues con todo, á pesar de la dureza
Que el hierro tiene por naturaleza,
Se labra, mas no hay fuerza que consiga
Dar forma alguna al ánimo obstinado
De un niño á sus violentos
Caprichos entregado,
Y así, si quieres que útilmente siga
En pulir tus costumbres y talentos,
En adelante sé para conmigo
Blando, como la cera lo es contigo.”

No menos que al tal niño se dirige á tí
esta lección, ó amado Teótimo: aprové-

chate de ella, y guardate de imitar la conducta de aquellos muchachos indóciles que parece que no tienen mayor gusto que el de oponerse en todo á la voluntad de sus maestros, sin que las amonestaciones y castigos pueden hacerles ceder. No hay cosa mas odiosa que esta especie de rebeldía, pues es señal característica de un entendimiento zurdo, de un mal corazón, y de un carácter obstinado é inflexible. Debe perdonarse fácilmente una inadvertencia, un punto, un primer movimiento; pero no una indocilidad continuada. Cualquier niño que persevera en su rebeldía es reputado por indigno de todo cuidado, y abandonado á su perverso carácter, cuando al contrario nadie puede dejar de querer á un niño dócil; todo el mundo se deleita en instruirle, y se esmera en atenderle, porque ve que las lecciones que se le dan, semejantes á la simiente que cae en buena tierra, producirán ciento por uno.

Mira pues como una de tus principales obligaciones el acomodarte al dictámen de tus maestros en todo lo tocante á tus estudios y conducta. Ponte en sus manos como el barro en las del artífice, que le

hace tomar las figuras que quiere. A los principios te costará dificultad; pero quedarás bien pagado de la violencia que te hagas, por las ventajas que sacarás de tu docilidad; esto es, por el amor y la estimacion de tus maestros, por la satisfaccion de tus padres, y por los progresos que harás en las ciencias y en el camino de la virtud; ademas que esta sujecion no ha de durar siempre. Llegará tiempo en que gozarás de la libertad sin estar expuesto á abusar de ella. Pero por ahora es absolutamente preciso que estés sujeto á la autoridad de las sabias personas que están encargadas de tu educacion. Si estuvieses entregado á tí mismo, te dejarias arrastrar infaliblemente de tus deseos, y llegarías á conocer, aunque tarde, que la libertad era para tí mil veces mas funesta que la suave sujecion en que vives. Te daré á conocer mejor esta verdad por medio de la siguiente fábula.

FABULA XI.

El Canario

Prisionero se hallaba
Un Canario pulido,
Y aunque en dorada cárcel.

Lloraba el pobrecito,
 Su libertad perdida,
 Sin servirle de alivio
 De su ama enamorada
 Las fiestas y los mimos.
 En vano le repite
 Que en aquel dulce nido
 Está libre del fiero
 Gavilan enemigo ;
 La fastidia el azúcar ;
 Le causa el organillo
 Destinado á enseñarle,
 Emulo de sus trinos ;
 Las olorosas flores,
 Romeros y tomillos
 Con que su jaula adornan
 Por verle divertido,
 Sirven solo de cebo
 A su corazoncito
 Para tener del campo
 Deseos aun mas vivos.
 En su lengua decia
 El simple pajarillo :
 ¿ Qué aprovechan adornos
 A un infeliz cautivo ?
 La libertad deseo,
 La realidad suspiro,
 No apariencias, que sirven
 Solo á dorar los grillos.
 Cuando así discurría,
 Le trae un biscochito
 Su carifosa dueña ;
 Mas por fatal olvido.
 De la prision la puerta
 Deja sin el pestillo :
 Apenas la ve ausente

El pajaró atrevido,
 Cuando sin acordarse
 De los tiernos cariños
 Y regalos de su ama
 Ni de sus beneficios,
 Sin despedirse vuela
 Por los aires muy listo
 Muy gozoso de verse
 Dueño de su alvebrío.
 Sobre un tejado forma
 Proyectos los mas lindos,
 Cuenta vivir dichoso
 Lleno de regocijo ;
 Mas cuenta sin un gato
 Que le acecha escondido,
 Y con uñas crueles
 Da fin á sus delirios.
 Desconfiemos, siempre
 Del gusto atractivo
 Con que suele una falsa
 Libertad seducirnos.
 La sujecion prudente,
 Léjos de cacer perjuicio
 Al hombre, le liberta
 De riesgos infinitos.

Creo, amado Teótimo, que no se puede desear una instruccion mas espresiva que la apreciable que se contiene en este capitulo. En él se ha demostrado con doctrinas sólidas, y con repetidos ejemplares la necesidad de que los discípulos sean dóciles á los consejos de sus maestros, y se dejen conducir de aquellas superiores lu-

ces que han adquirido por la aplicacion y la esperiencia, abandonando los caprichos, y todas aquellas ideas desordenadas que los arrastrarian al principio, y producirian en su tierno corazon las mas funestas consecuencias. Desgraciado el discípulo que se olvide de estas importantes verdades, porque entonces recaeria sobre él aquella terrible sentencia del Espíritu Santo: *„ Vendrá muerte repentina; y nunca será sano aquel que con dura cerviz desprecia al que le corrige. La vara y la correccion dan sabiduría; mas el niño que se abandona á su propia voluntad será el oprobio de su madre. Al soberbio sigue la humillacion, al dócil y humilde de corazon la verdadera gloria. ”*

CAPÍTULO IX.

De las obligaciones de los niños para con sus iguales.

Después de tus padres y maestros, tus compañeros ó iguales son los que tienen mas conecion contigo, y te importa mucho lograr su amor y estimacion, pues de esto depende tu quietud y la felicidad de

tu vida. Es cosa muy desagradable al verse continuamente espuesto á las burlas y desprecios de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; y esto te sucederia si no tuvieses cuidado de arreglar tu conducta para con tus iguales, y de evitar ciertos defectos, que te atraerian su aborrecimiento y desprecio. Todos estos defectos pueden reducirse á tres puntos principales, que son, por decirlo así, las fuentes, de donde nacen todas las enemistades y dicensiones que reinan entre los niños.

El primero es la soberbia, que hace que nos estimemos mas que á los otros, y que los miremos con desprecio; y por lo regular se funda en atribuirnos ó mas talento, ó mas ilustre casa: no puedo ponderarte, amado Testimo, cuan contrario es semejante modo de pensar á los principios de nuestra sagrada Religion, que no nos encarga otra cosa con mas cuidado que el que nos miremos todos como hermanos, y no puedes concebir cuan aborrecibles nos hace para con nuestros compañeros. Yo mismo fuí testigo de un lance tan extraordinario acaecido por esta causa en un colegio en qué me hallaba. Entre

Los demas niños habia allí un tan preciado de su noble nacimiento que no sabia hablar de otra cosa. Esta vanidad empezó á indisponer contra él á los principios se trataban; con todo, á los principios se atribuia á atolondramiento y á tontería mas que á soberbia, y no se le hacia caso; pero llegó á esplicarse en cierta ocasion con tanta altanería, que alborotó contra él todos los compañeros. Estando en la hora de recreacion con uno de sus discípulos de nacimiento inferior, contándose este por igual suyo, cuando menos en la calidad de colegial, que les era á todos comun, le habló y le trató con la misma familiaridad que á los demas; para nuestro altivo niño, creyendo que le faltaba al respeto debido, se puso muy sério, y en tono soberbio é imperioso se volvió á él y le dijo: *¿como te atreves á hablarme así? ¿no sabes que soy Marqués?* No fue menester mas para hacerle la fábula del colegio. Inmediatamente le rodearon todos, y haciéndole por burlas las mas profundas cortecías, le molieron con los títulos de noble y de Marqués. No acabó con esto la escena. Cualquiera de ellos que le encontraba, repetia á cada pa-

so la misma ceremonia. No le trataban sino de Señor Marqués. Llegó en fin la cosa á tal extremo, que no pudiendo ya sufrir las malignas y saladas burlas que llovian sobre él, se vió obligado á salir del colegio, y á aprender á costa suya que la soberbia y la vanidad, al paso que nos hacen desear mas la estimacion, nos atraen el desprecio y el vilipendio.

Huye pues cuidadosamente de insultar á los demas con la menor apariencia de vanidad ó de desprecio. Por mas que les seas superior en nacimiento y en talento, jamas des á cononer en tus conversaciones ni en tus modales que te perfieres á ellos. Ser con todos afable, humano y amigo de complacer. Esmérate en servirles cuando llegue la ocasion, y evita cuidadosamente cualquiera cosa que pueda darles que sentir. Por este medio conseguirás su estimacion y afecto; por el contrario, si no ven en tí otra cosa que indiferencia y desprecio, te pagarán infaliblemente en la misma moneda, y no tendrán otro gusto que el de abultar malignamente tus faltas, y humillar tu vanidad con las amargas burlas.

FABULA XIII.

La abeja y la mariposa.

La vanidad en todos es odiosa,
 Pero principalmente
 En el humano trato es enfadosa.
 Cierta especie de gente,
 Que aunque de humildes padres procreada,
 Viéndose con carrozas y dineros,
 Mira á todos con ceño y con desprecio,
 Y en la calle no cabe á puro hinchada;
 El mundo malicioso al verbal necio
 Se acuerda que alguna tiempo anduvo en cueros,
 Y á carcajadas rie
 A las barbas del mismo que se engríe.
 Así le sucedió á una mariposa
 De un oscuro capullo prisionera,
 Que apenas se vió fuera,
 Y el mundo nuevo examinó curiosa,
 Cuando todos los otros animales,
 Que á su vista se ofrecen,
 En gracia y en belleza le parecen,
 A su liada persona desiguales;
 Y así pondera ufana sus primeros:
 « No sientlo ciego, ¿quién compararía
 Su hermosa á la mía?
 ¿ Estos vivos colores,
 Estas alas soberbias, afelpadas,
 De azul celeste y oro matizadas!
 ¡ Vaya que soy prodigio de belleza!
 A esa abeja preciada de industriosa
 ¿ Qué adorno concedió naturaleza?
 ¿ Pues la mosca tan negra y asquerosa...
 Y este animal tan lánguido y tan fiero.

Este mosquito.... puede compararse
 De cien leguas á mí? ; Talle grosero,
 Mal color estrambótica figura!
 Vaya grima me dan: fuera locura
 Que conmigo peosarán igualarse:
 Las flores mismas quedan muy distantes
 De mis colores vivos y brillantes;
 Y si á ellas llego, llenas de alegría
 Sus perfumes me ofrecen á portía.”
 Así hablaba madama ventorela,
 Cuando una buena abeja
 Le dice estas razones á la oreja:
 « Todos conocemos, señorita,
 Que es usted la primera
 En belleza; mas deje usted ese vano
 Orgullo; acuérdate que era gusano
 Poco hace, y no tendrá tanta pepita.
 Antes de tomar vuelo,
 Al meterse en el sucio cucurrucho,
 Era usted un avechucho
 Como este que ahora arrastra por el suelo.”

FABULA XIII.

El niño soberbio.

Sobre una torre elevada
 De pie estaba un rapazuelo,
 Y á la caterva de abajo
 Menospreciaba soberbio:
 El simplecillo creía,
 Por verse alzado del suelo,
 Ser uno de aquellos hombres
 Que gigantes llama el pueblo.
 ¡ Que pequeñas me parecen
 Estas gentes, dice el necio!

¡ Qué cuerpecillos! ¿ no son
 Todos, menos yo, pigmeos?
 Uno que le oyó responde:
 Pues baje usted compañero.
 Y abajo verá que es
 De todos el mas pequeño.
 El que á los otros desprecia,
 Por verse en mas alto puesto,
 Aprenda esta fábula,
 Y mírese en este espejo.

El segundo defecto que debes evitar es el de hacer el oficio de delator y soplon de las faltas y la conducta de tus discípulos. Acostumbra á pintarse la discordia bajo el emblema de una furia con un tizon encendido en la mano, y la cabeza poblada, en lugar de cabellos, de una multitud de culebras que vomitan á todos lados el veneno del odio. No hay retrato mas propio de un soplon. Solo sirve para sembrar en todos los corazones la disencion y la enemistad. Sus delaciones son una abundante manantial de desazones y quimeras; y lo que se mas particular se que dañando á los otros se daña á sí mismo; porque no hay cosa que haga mas odioso á un niño que semejante oficio. Todos los demas le miran como á un embrollon, y á porfia huyen de él, y le des-

precian. No quiero decir con esto que cuando los que tienen autoridad sobre tí te ecsaminen secretamente acerca de algunas faltas que puedes haver observado en los otros, y sean capaces de contagiar el aula ó el colegio, dejes de declararles la verdad; pues en tal caso estás obligado á hablar aun antes que te se pregunte, para precaver en cuanto esté de tu parte el daño; pero aun en estas mismas ocasiones has de ser sumamente circunspecto, y no has de decir mas que lo que cepas con entera certidumbre. Evita cuidadosamente el escudriñar los defectos agenos, contentándote con conocer y corregir los tuyos.

Como el prójimo nunca nos miramos,
 Dos alforjas nos dió naturaleza
 A todos los que de hombres nos preciamos;
 Y es tal nuestra destreza,
 Que las faltas del prójimo llevamos
 A la vista en la alforja delantera,
 Pero las nuestras siempre en la trasera.

Esto es, que muchas veces notamos y reprendemos en los otros, faltas que no vemos en nosotros mismos, aunque nos afeen igualmente que á ellos. El pasage siguiente de que me acuerdo, servirá de confirmacion á esta verdad.

FABULA XIV.

Los dos hombres feos.

Cierto día en un corrillo
 Con teson se disputaba
 Sobre prendas corporales,
 Sobre presencia bizarra;
 Allí por casualidad
 Dos hombres feos se hallaban,
 Cuyas faltas en la historia
 Nos han quedado archivadas;
 Color de tabaco de hoja,
 Narices grandes y chatas,
 El pelo rojo y muy claro,
 Las bocas desaforadas;
 A estos rasgos de belleza
 Ojos de gato agregaban,
 Y unas barbillas de vieja:
 Tales eran las dos fachas,
 El uno de ellos juicioso
 Reconocía sus faltas
 Buenameute; mas el otro
 De buen mozo se preciaba;
 Por hermoso se tenía,
 (En uestros tiempos no es rara
 Esta escasez de razon)
 Aunque un esopo (*) en la traza;
 Pero era lo mas gracioso
 Que á su pobre camarada.

(*) Esopo fué un hombre muy feo, pero muy entendido y discreto, que escribió varias fábulas muy ingeniosas muchos siglos antes de la venida de Cristo.

Como si él fuera un Adonis,
 Sin cesar se le burlaba:
 » ¡ Qué semblante tan gracioso!
 Le decía; qué gallarda
 Presencia! Es lástima, cierto,
 Que no la lleven en andas;
 Si alguno le retogiera,
 Y al público le enseñara
 Por dineros como el oso,
 Presto se hiciera de plata.
 Así sin vergüenza alguna
 Nuestro bien fisgon zumbaba
 Al otro, que sin decirle
 La mas mínima palabra,
 Marcha á traerle un espejo,
 Y delante se lo planta,
 Obligándole á mirarse
 Aquella espantosa cara,
 Diciendo: » Aquí tiene usted
 Respuesta á todas sus chanzas;
 Mírese usted sin pasion,
 Y sabrá esta verdad clara;
 Que si sus propios defectos
 Viera usted al poner tachas
 Y los demas pari siempre
 De conversacion mudara.
 »

El tercer defecto que debo precaverte es el de la impaciencia y la cólera. A cada paso se hallan niños que nada pueden sufrir. La menor palabra los irrita, y los hace prorrumpir en quejas y dicensiones Semejantes al pedernal, al menor encuentro, á la menor disputa se encienden, y

en lugar de chispas despiden injurias y desvergüenzas. El que se porta de este modo no conoce bien su propio interés. Esta conducta daña mas á cualesquier muchacho, que cualquiera otra cosa que pudiese hacerce ó decirse contra él. Con ella desacredita su genio, é induce mas y mas á sus compañeros paraque le inquieten. Ya harbás reparado que por lo regular todo el mundo se divierte en burlarse con mas empeño de aquellos que tienen poco sufrimiento, ó como suele decirse, poca correa, y que basta muchas veces que un niño se resienta de algunos motes ó zumbas, para que los otros le hostiguen continuamente con ellos. Ten pues mucho cuidado, amado Teótimo, en este particular, aguanta las zumbas y chocarrerías de los demas con semblante risueño, que dé á conocer que entiendes de chanzas. Si lo hace así, y en breve pondrás silencio á los burlones, y serás el objeto de de su estimacion y cariño; y por el contrario, si te impacientas y enfadas, les darás pie para que te persigan de muerte.

FABULA XV.

Del perrito y sus compañeros.

Un perrito, de lanas adornado
Blancas y negras, fino, acariciado
De un amo noble y sabio, en quien se unía
El trato amablé á la filosofía,
De tamaña fortuna envanecido,
Turquillo, que así el perro se llamaba,
Segun cuenta el autor de nuestra historia,
Un dia que hizo cierta escapatoria,
Se presentó en la calle tan erguido
Y tan hueco, que toda la ocpaba.
Los otros perros, viendo á aquel usano
Forastero que andaba á lo pruciano,
Se empiesan á burlar de su figura,
Poco á poco la turba le rodea;
Uno de ellos, con grande compostura,
La pata alza, y encima se le mea;
Otro muy grave se le pone al lado.
Le huele y le registra lentamente;
Aquel le empuja y gruñe, este le ladra,
Alguno mas audáz le clava el diente.
A nuestro turco poco acostumbrado
A estas chanzas, ninguna de ellas cuadra,
Y en lugar de soltar la carcajada,
Les pone una carrilla renegada:
Hace en fin el tremendo desatino
De querer resistir; mas al pobrete
Entre todos le ponen en un brete,
Sabe Dios como escapa, y á su casa
A toda prisa vuelve muy mohino:
Refleciona despues lo que le passa
Ve que ha estado imprudente,

Y que entre aquella gente
 Era el mejor remedio acomodarse
 A las burlas, y nunca impacientarse;
 Lo hace así: la primera vez que sale,
 Los insultos aguanta con paciencia,
 Se rie, y no le hace resistencia;
 Esta conducta á los burlones todos
 Los pone de su parte; eso le vale.
 Dice Almanzor, que á todos gobernaba,
 Y en perruna prudencia aventajaba
 Cual digno presidente: « buenos modos
 Son los que aquí le sacarán ileso;
 Pero si nos viniese hacer el tieso,
 De esas ligeras chanzas mal sufrido,
 Saldria bravamente corregido.»

Esta lección confirma la esperiencia,
 Se han de llevar las burlas con paciencia,
 El que hace lo contrario es despreciado,
 Y del racional trato desterrado.

Lo que se acaba de decir es mas importante de lo que te parece, no solamente para ahora, sino para lo sucesivo. Te hallarás en mil ocasiones en que, sea por divertirse, sea por experimentar tu genio, te darán sumba sobre algunos defectos reales ó supuestos: sino correspondes á estas chanzas con aquel tono risueño y aquella política que pide la buena orianza, te mirarán todos como un hombre mal educado, habrás de sufrir mil desaires en la sociedad,

y quizá tu descortesía tendrá consecuencias mas funestas. No serás tu el primer jóven que se ha precipitado en las mayores desgracias por no haber sabido llevar la inocente chanza. Así se perdió un jóven ilustre recién llegado á un regimiento. Envanecido de su nobleza, y satisfecho de su pretendido mérito, no podia sufrir que se riesen de él, y creia que todo el mundo debía respetarle. Esto mismo alborotó, mas y mas á los otros oficiales jóvenes contra él; cuanto mas sensible le veia á las zumbas, tanto mas le apretaban. El recién llegado no pudo contenerse: rompió al fin, sacó la espada, y fué muerto en un desafío, que ciertamente se hubiera ahorrado, si hubiera sabido dominar su genio inflexible, y divertirse con los que se le zumbaban. Este ejemplo te dará á conocer cuanto importa acostumbrarse con tiempo á reprimir los ímpetus de la impaciencia, y á llevar sin resentimiento cualquier chanza inocente.

CAPÍTULO X.

De la ciencia.

Son pocos los niños que conocen la im-

portancia de la ciencia, y son pocos por consiguiente los que se aplican á adquirirla; porque si todos supiesen las grandes ventajas que trae consigo, no podrian menos de anhelarla con el mayor ardor.

La ciencia es para nuestra alma lo que la luz para nuestros ojos. Nos ilumina y dirige en todos nuestros pasos. Nos dá á conocer los atractivos de la verdad, la hermosura de la naturaleza, y la grandeza de su Criador. Cualquier hombre rodeado de oscuridad no distinguirá objeto alguno, no sabrá de donde viene ni adonde vá, y estará continuamente espuesto á dar las mas crueles caidas. Lo mismo sucede á un ignorante. Semejante de algun modo á aquellos ídolos sin alma, de los que dice un profeta, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, ignora las cosas mas sencillas, que para él son oscurísimos enigmas. Su ignorancia, como una espesa nube, ofusca y apaga todas las luces de su entendimiento, dejandole al nivel de los brutos, que se gobiernan por un ciego instinto. Tal es á lo menos la idea que ha tenido de la ignorancia la mayor parte de los filósofos.

Vino cierto dia un padre de familias á verse con Aristipo, que era uno de los

mayores filósofos de la Grecia, y le suplicó que admitiese á un hijo suyo en el número de sus discípulos, y le enseñase la filosofía y las letras humanas. Condescendió el filósofo; pero con la circunstancia de que le diese por su trabajo cien talentos. El buen padre espantado de semejante suma, y demasiado avariento para pagar á tal precio la educacion de su hijo, cuya importancia no conocia como debiera, le respondió: *Menos me costaría el comprar un esclavo. Pues comprarlo*, le respondió Aristipo, *y con esto tendras dos.*

Otro sujeto que se hallaba en igual caso preguntó al mismo filósofo que ventajas conseguiría su hijo del estudio de las ciencias. *El fruto que sacaré*, respondió Aristipo, *será que cuando asista á los juegos públicos, no se verá en el puesto que ocupa una piedra sentada sobre otra piedra.* ¿Y que te parece que pretendió darnos á entender con estas dos respuestas el sábio filósofo? Quiso darnos á conocer que un ignorante debe compararse á un vil esclavo ó á una piedra. Hacia él mismo tanto aprecio de la ciencia, que habiendosele preguntado qué diferencia hallaba entre los sábios y los ignorantes: *La misma,*

*Énfame respondió, que entre los caballos
Comados y los indómitos.*

Del mismo dictámen era el famoso Diógenes. Diciéndole un dia que los habitantes de Megara no ponian cuidado alguno en la instruccion de sus hijos, al paso que se esmeraban en la cria de sus ganados: *Si eso es cierto, respondió sonriéndose, mas quisiera ser carnero de cualquier megarenses que hijo suyo.* Palabras espresivas que dan á conocer que en el sentir de aquel filósofo cualquiera animal bien enseñado merecia preferirse á un hombre ignorante. Esta idea no es de solo Diógenes, sino de todos los hombres instruidos: lo que habrás conocido sin duda, si has reparado que los ignorantes son el objeto del desprecio de las gentes, y que se les señala con los mas indecorosos apodos. Pero al paso que la ignorancia ha sido en todos tiempos vilipendiada, ha merecido siempre, la ciencia, la estimacion y el respeto de los hombres. Cualquiera sugeto culto puede presentarse en todas partes, y en todas ellas es recibido con distincion. Todo el mundo se apresura por verle y gozar su conversacion, colmándole de honras y de elogios. Pudiera citarte aquí el

ejemplo de Platon, al cual Dionisio, Tirano de Siracusa, salió á recibir hasta la orilla del mar, haciéndole sentar á su lado en su carro, le condujo en triunfo á su palacio. Pudiera decirte tambien, que habiéndose apoderado Alejandro de la ciudad de Tebas, y habiendo mandado incendiarla, dió orden de que no se tocase á la casa ni á la decendencia de Píndaro, para dar á entender la estimacion y veneracion que profesaba á este célebre poeta.

Pero para proponerte un ejemplo mas adaptado á tu edad, te contaré los aplausos que consiguió un niño de ocho á nueve años, que poco hace defendió unas conclusiones públicas de gramática, de geografía, de historia y de lengua latina. Me hubiera alegrado infinito de que hubieses presenciado los honores que se le hicieron: ninguna cosa te hubiera dado mejor á conocer el valor de la ciencia y el aprecio que de ella se hace: apenas había satisfecho á una pregunta, cuando por todas partes se oia un palmateo general acompañado de estas exclamaciones: ¡Que admiracion! ¡Que pasmo! ¡Dichoso el padre de tal hijo! ¡Pero cuando todos se escedieron en manifestar su satisfaccion, fué

cuando se acabaron las conclusiones. Todos los concurrentes le rodean; se lo arrancan, digámoslo así, unos á otros para abrazarle: no se cansan de mirarle, y llenarle de agasajos y enhorabuenas: de resultas de este suceso fué el objeto de todas las conversaciones; y sus brillantes progresos, trasladados á los papeles públicos, llenaron á toda la Francia de admiracion.

El célebre pico de la Mirándula habia dado ya igual ejemplo al universo. Fueron tales sus progresos en el estudio desde sus primeros años, que algunas personas, espantadas de su prodigiosa ciencia, quisieron hacerle pasar por mago; pero se descubrió bien pronto que no debia su erudicion sino á la vasta capacidad de su entendimiento y á su extraordinaria viveza. De edad de veinte y cuatro años defendió conclusiones públicas sobre todas las ciencias, sin escepcion; y aunque murió muy jóven dejó varias obras que han admirado á todos los sabios.

El jóven Peirese, natural de Aix en Provenza, no brilló menos por su ciencia desde la niñez. De edad de siete años reconoció en sí mismo la capacidad suficiente para encargarse de dirigir los estudios

de un hermano menor que tenia su padre oyó la proposicion que sobre esto le hizo como una ocurrencia pueril; pero con todo condescendió por algunos dias, mas con deseo de satisfacerle, que con esperanza de que pudiese ejecutarlo; pero viendo con admiracion suya que desempeñaba perfectamente su encargo, le dejó continuar, y se ahorró para siempre el preceptor. En efecto, el dicho Peirese fué el Mentor de su hermano; cultivó sus talentos, y dirigió su conducta como lo hubiera podido hacer el mas hábil maestro.

No pretendo con esto, amado Teótimo, que iguales á estos extraordinarios modelos: quizá la naturaleza no te ha dotado de tan grandes talentos como á ellos; pero su ejemplo cuando menos, debe animarte á que no omitas diligencia alguna para adornar tu alma con todos aquellos conocimientos de que es capaz; pues te dá á conocer que no hay cosa que nos haga mas estimables á los ojos de los hombres que la ciencia.

Pero una de las cosas que debe moverte mar á conseguirla es que no hay estado alguno ni clase en que no sea de la mayor utilidad para los que la poseen. Un hom-

bre instruido, en cualquier estado que se halle, es como un caminante, que conociendo perfectamente la senda que debe seguir, llega con seguridad al término que desea; al paso que el ignorante se asemeja á un ciego que anda al tiento, que tropieza á cada paso, y que se pierde continuamente. En vano se gloria cualquiera de ser rico y poderoso. Las riquezas y las honras sin el mérito no son mas que un vano adorno.

Si un Juez es ignorante, el vulgo atento
Hase solo á su toga acatamiento,

El mismo aprecio se hace de un estúpido Creso que de una hermosa estatua que esteriormente agrada; pero que interiormente está privada de entendimiento y de sensacion. Al contrario, siempre se respeta la ciencia, aunque esté sumergida en la pobreza, y aun muchas veces es un recurso contra este trabajo. La Fontaine demuestra muy bien esta verdad en la siguiente fábula.

FABULA XVI.

Las ventajas de la ciencia.

Armóse en tiempo antiguo una contenta
Entre dos ciudadanos que habitaban
El mismo pueblo; el uno era ignorante,
Pero provisto de copiosa hacienda;
El otro pobre, pero en el brillaban
Las ciencias á porfía:
El rico satisfecho y arrogante
Del pobre se reía,
Y si acaso de oírle se dignada,
Pretendiendo ser siempre preferido,
En tono magistral así le hablaba:
«Buen hombre, no se cause, es muy debido
Que el rico sea del mundo respetado:
Cualquier hombre prudente
Tendrá á usted por un grande majadero:
¿Qué mérito se encierra en ser letrado?
Con leer cuatro sandeses facilmente
Cualquier pelon consigue
La borla. ¿Y que provecho se le sigue
Al pueblo de su ciencia sin dinero?
Un pedante se encuentra en cada esquina;
Pero hombres como yo, cuya cosina
Mantiene medio pueblo, cuyo lujo
Al mercader, al sastre, al zapatero
De trabajo y doblones,
No se hallen, señor mio, á dos tirones:
Me dirá usted ¿ que influjo
En el público logra el que no cuenta
Cuatro cuartos de renta;
No tiene mesa, sale muy ufano
En invierno vestido de verano;

Vive siempre en guardilla;
 Para acallar su estomago quejoso
 Con librotos fastidia al poderoso;
 Y no dá de comer ni á la pollina?
 ¿Que habia de decir el literato?
 Calló, mas presto se encontró vengado.
 Marte (*) destruyó al pueblo en que vivia,
 Quedó el rico en la calle despreciado,
 Al paso que echizado de su trato
 Al sabio todo el mundo le asistia.

Así se descidió la competencia
 Por mas que sus riquezas exageren
 Los tontos, y su dicha nos ponderen,
 Mas solido valor tiene la ciencia.

No te admires pues de que se ponga
 tanto cuidado en instruirte; y de que tan-
 tas veces te se esorte á que estudies.
 En esto no se busca otra cosa que tu pro-
 pio interés. No estás á un en estado de co-
 nocerlo; pero con el tiempo lo compren-
 derás, y darás mil gracias á tus padres
 por haberte dejado en herencia la sabi-
 duria. Es la mas preciosa alhaja que pue-
 les recibir de su mano. No hay otra cosa que
 ricos ignorantes, que darian la mitad de
 sus rentas por tener la ventaja de poseer

(*) *Marte, deidad de la guerra segun la fá-
 bula, que aquí quiere decir metafóricamente la
 guerra misma.*

mil conocimientos, cuya utilidad recono-
 cen, y de que por desgracia suya se ha-
 llan privados. Pero su intento es vano.
 Todo el dinero del mundo no es bastante
 para comprar la ciencia; serán siempre
 inútiles sus deseos; y lloraran toda su vi-
 da la irreparable pérdida que han hecho
 desdeñando instruirse durante su juventud.

Precave, ó amado Teótimo, precave con
 tiempo semejante arrepentimiento. Imita
 la prudente conducta de la abeja, que ha-
 ce sus proviciones durante el buen tiempo;
 para tener con que alimentarse cuando
 los crueles frios del invierno la impi-
 den salir á buscarlos. Ahora estás tu tam-
 bien en el buen tiempo, esto es, en la
 edad mas propia para adquirir los cono-
 cimientos de que has de necesitar en ade-
 lante. Si dejas pasar esta sazon oportuna,
 jamás la verás volver: impedido por otras
 ocupaciones, te serán imposible dirigir los
 primeros elementos de las ciencias, que
 siempre son espinosos, y quedarás toda tu
 vida sepultado en las tinieblas de la igno-
 rancia. Es menester pues esforzarte en la
 feliz primavera de la edad para adquirir
 un bien que mas adelante buscarías inu-
 tilmente.

No puedes concebir ahora cuanto te alegraras algun dia de haber seguido mis consejos sobre este punto tan esencial.

Si, amado Teótimo, solo quiero recordarte por conclusion de este capítulo aquellas divinas palabras contenidas en los Proverbios ó libros sapiensales: *„El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la enseñanza. Si la sabiduría entra en tu corazon, y tu alma gusta de la ciencia, sus consejos te guardarán, y su prudencia te defenderá. Dichoso el que encuentra la sabiduría, y tiene la verdadera prudencia. La sabiduría es el arbol de la vida para aquellos que la abrazan, y binaventurado el que la conserva.”*

CAPÍTULO XI.

De la instruccion que deben adquirir los niños.

La ciencia es un tesoro que no se adquiere sino poco á poco y por grados. Querer aprenderlo todo á un tiempo es esponerse á no saber jamas cosa alguna. Es menester pues observar cierto orden en los

estudios, y aplicarte lo primero á adornar tu entendimiento con aquellos conocimientos mas adecuados á tu edad, y que puedan ser mas ventajosos. Te diré brevemente cuales son, y te haré tocar con las manos su importancia para que puedas gobernarte por este plan.

Es inútil decirte que la religion debe ocupar el primer lugar en tus estudios. Ya sabes que no estás en el mundo sino para conocer y amar á Dios, y tampoco ignoras que no podemos conocerle como corresponde, ni por consiguiente amarle, si no por medio de la religion, que nos instruye de sus perfecciones, de sus misterios, y de su voluntad. Nuestra razon es demasiado limitada para poder dirigirnos en este asunto, y así los que no se han valido de la luz de la religion, han incurrido en los mas monstruosos errores: unos han adorado al Sol, á la Luna y á los demas astros, y otros han prostituido su culto á las plantas y á los animales teniendolos por dioses. Todos ellos en fin han juzgado virtuales los vicios mas vergonzosos, por haberse forjado dioses á quienes atribuian los mismos excesos. Nosotros mismos hubiéramos caido como ellos en

tán lamentables desórdenes si hubiéramos estado entregados á nuestra sola razon. Pero por dicho nuestro Dios mismo se ha dignado bajar á la tierra para alumbrarnos.

La doctrina que nos ha enseñado es al mismo tiempo la luz que ha de guiar nuestros pasos, y el camino que hemos de seguir para lograr la suprema felicidad. Estúdiala pues, ó amado Teótimo, con la mayor aplicacion que te sea posible. Las demás ciencias no te son absolutamente necesarias; pero de ningun modo puedes omitir el estudio de las verdades de la religion, y seria delito el ignorarlas. Oye pues con la mayor atencion las instrucciones que te se den en este punto: procura aprenderlas por tí mismo, estudiando con la mayor aplicacion el catecismo y los demás libros piadosos que te pongan en las manos: y acuérdate que el niño que se descuida en enterarse de las verdades y de las obligaciones de la religion cristiana, precisamente ha de ser con el tiempo un mal cristiano.

Despues del estudio de la religion debes considerar el de la lengua latina como uno de los mas útiles y mas importantes. El latin es la llave de las ciencias.

Las obras mas escelentes que han salido á luz están escritas en este idioma. Y así ¿ como has de leerlas y comprenderlas si lo ignoras? Oirás hablar infinitas veces de Horacio, de Virgilio, de Ciceron, y de otros muchos autores conocido de todo el mundo; ¿ y podrás tu acaso hablar de ellos sin entender siquiera su lengua? ¿ Qué avergonzado te verias si hubieras de confesar tu ignorancia, guardando un forzoso silencio, mientras que los demás que tratas diesen á conocer su erudicion!

Ademas de esto la lengua latina puede ser precisa en mil ocasiones. Supon, v. gr., que quisieres seguir la carrera eclesiástica ó la de la toga. En tal caso ¿ cómo has de conseguir tu deseo sin saberla? Ignorándola, ni puedes cumplir con las obligaciones anejas á estos dos estados, ni aun introducirte en ellos, pues que la mayor parte de las cosas que deben saber los eclesiásticos y togados están escritas en dicho idioma, y por esta razon el no aprenderle seria cerrarte enteramente la puerta de estas dos carreras, para las cuales sucederá quizás que tengas vocacion; ademas de verte privado de otras mil utilidades que puede producirte su posesion.

¿Cuántas veces, pongo por ejemplo, puedes hallarte precisado á viajar á países extranjeros, especialmente si sigues la carrera militar? Ni tu entenderás su lengua, ni ellos la tuya; y por consiguiente? qué comodidad no será para tí el saber el latín, que es la lengua general de todos los pueblos y de todas las naciones? No hay intérprete mejor para todos los países. A mí mismo me sucedió últimamente encontrar un inglés en una posada; se me acercó con un semblante melancólico y distraído, y pronunció algunas voces que no entendí. Viendo que no las comprendía empezó á esplicarse por señas, y no logrando tampoco que le entendiese, le hallé tan embarazado que deseoso de sacarle de su apuro eché mano del latín, y le dije algunas palabras á ver si las entendía. Víle al instante lleno de serenidad y de alegría. Me abrazó tiernamente, celebró infinito haberme encontrado, habló en aquel idioma, y me dió á conocer lo que deseaba. Satisfice á lo que me preguntó, le proporcioné varias cosas que necesitaba, y quedó tan agradecido á este corto favor que si hubiera yo sido hombre de aprovecharme de su liberalidad, me hubiera

llenado de dádivas.

Por aquí conocerás, amado Teótimo, cuán útil, ó por mejor decir, cuán indispensable es muchas veces la lengua latina. Ya ves que si desean que te apliques á ella es por tu propio interés, al que perjudicarias infinito si no te aplicases. Hazlo pues con el mayor conato mientras estás en la edad propia para aprenderla. Cuida sobre todo de saber muy bien sus elementos, sin los cuales jamás la poseerás perfectamente; Los que se descuidaron en estos primeros principios, dice un autor célebre se parecen á aquellos niños que están siempre enfermos por no haber mamado buena leche.

No te fastidies de este estudio, aunque al principio lo halles árido y escabroso. Cuanto mas adelantes lo encontrarás mas fácil. Caminarás ahora entre espinas y abrojos; pero esta senda te llevará á un jardín delicioso, en donde encontrarás hermosas flores y frutas preciosas, que te recompensará abundantemente de los trabajos que hubieres padecido para llegar á él. La siguiente fábula te hará ver palpablemente esto mismo.

Entró un niño en un jardín todo poblado
De las más bellas flores;
Hallábanse de todos los colores;
Rosas, claveles, violas y azucenas;
Flora mismo lo había cultivado:
El niño las ve apenas,
Cuando á un tiempo las quiere coger todas;
Pero la diosa no le da licencia
Sino para elegir una á su antojo:
Corre el muchacho cual si fuera á bodas;
La rosa entre las otras le da enojo,
Decide á su favor la competencia;
Llega á cogerla ufano,
Y al simple se le clavan en la mano
Las punzas de que estaba resguardada;
De la traición llorando se lamenta:
„Queda, dice, en tu zarza, infame rosa;
Para siempre entre abrojos encerrada;
Jamás de tí haré cuenta,
Que otra hallaré sin punzas más hermosa.
Bien registró, mas no encontró otra alguna
Que no estuviese en ellas erizada,
Aunque las fué mirando una por una.
Echa el tonto á llorar amargamente,
De llevarse tal chasco resentido:
Flora se ríe, al ver el inocente
Llanto y le dice: „No estés afligido,
Hijo mío: ¿ves que desatinas
En querer hallar rosas sin espinas?
Si quieres fácilmente

(*) *Flora deidad fabulosa, que suponen los poetas cuidaba de los jardines.*

Coger cualquiera rosa sin punzarte,
Las espinas primero ve con tiento
Quitando. „Ejecútoto, y sin más arto
Se saltó á poco rato con su intento.

Lo mismo digo al niño que estudiando
Desmaya al ver que al paso que camina
En las ciencias encuentra alguna espina,
Algun trabajo. Aplíquese este cuento,
Vénzalo con valor y con paciencia,
Y el fruto cogerá sin resistencia.

Además del estudio de la lengua latina
te es preciso el de tu propia lengua: ámbas
deben, por decirlo así, darse las manos
de modo que al salir del colegio puedas
usar igualmente de ellas, y aun me
atreveré á decir que debe en caso de duda
ser preferida la propia lengua, porque todos
los días te verás precisado á hablar ó
escribir en ella. ¿Y qué vergüenza no sería
para tí el ignorar después de siete ú
ocho años de estudio tu propio idioma,
de manera que no pudieses seguir una
conversación, ó escribir correctamente una
carta? No hace mucho tiempo que cayó
en mis manos una, escrita por un estudiante
á su padre con motivo de año nuevo. No
puede darse cosa más ridícula. Parecía que
el niño se había empeñado en acumular en
ella todas las faltas de gramática.

mática y ortografía. Su padre indignado quiso sacarle del colegio, persuadido de que era incapaz de adelantar, pues con tres años de estudio incurria en solecismos tan garrafales. Opúseme á su resolución, dándole á entender que los disparates de que estaba sembrada la carta de su hijo mas procedian de su descuido en estudiar su propio idioma que de falta de capacidad y que no era menester mas para corregirle que hacerle leer durante algun tiempo la gramática de su idioma patrio, y copiar escactamente algunos renglones de cualquier libro bien escrito para que aprendiese la ortografía. Siguió mi consejo, y aprovechó tanto el muchacho con este método, que en menos de un año se vió en estado de escribir con la mayor escactitud y correccion. Sigue tú este mismo método, amado Teótimo, y no dudes que observándolo con cuidado, antes que acabes tus estudios, sabrás perfectamente tu lengua, sin que te haya costado mucho aprenderla.

No te es menos necesario el estudio de la geografía que el de los idiomas espresados. Como esta ciencia nos enseña la situacion de las varias regiones de la tierra,

que á cada paso salen á la conversacion, si no tuvieses algun conocimiento de ella, te verias continuamente espuesto á decir los mayores disparates. Colocarías en Europa las provincias de la América ó del Asia; cambiarias las situaciones de mar y tierra y darías que reir á todos con tu ignorancia. Jamas olvidaré el apuro y la confusion en que poco hace se halló un jóven en una tertulia, á que yo asistia. Tratóse casualmente de un viagero que habia llegado de Calais á Douvres en dos horas, aunque hay siete leguas de distancia de una ciudad á otra. Oyendo esto nuestro jóven, y no sabiendo que semejante viage no puede hacerse sino por mar, saltó al instante: *Buen caballo habia de tener ese sugeto para hacer tan fuerte jornada. Nada de eso*, le respondió un fisgon, *no tenia mas que un caballo de madera.* Como, replicó el otro, *andar siete leguas en dos horas sobre un caballo de madera?* *Eso es imposible. Es un disparate.* *Pues cómo dude usted que ha sido así*, respondió el otro muy sério, *aunque á la verdad con la circunstancia de que el caballo tenia alas, andaban sobre el agua.* Comprendió entonces el jóven que hablaba de

un navío; se inmutó, se avergonzó, y se fué indignado consigo mismo por haberse hecho con su ignorancia el objeto de la risa de todos los concurrentes. Aprendió pues á costa suya á no descuidarse de saber una ciencia que á cada paso es necesaria. Podrás tomar una tintura suficiente de ella leyendo un libro titulado la Geografía de los niños, y estudiando con cuidado las diferentes mapas que representan las cuatro partes del mundo.

Al estudio de la geografía has de añadir el de la cronología, que nos enseña el orden de los tiempos que han pasado desde la creación del mundo hasta nuestros días. Esta ciencia servirá para que no confundas los sucesos, y para que no incurras en los destinados anacronismos en que acostumbran caer los que la ignoran. Tal fue el de un muchacho que en presencia de muchas gentes preguntó con gran serenidad á su padre si Luis XIV habia conseguido alguna victoria contra Alejandro Magno. *No le faltaba valor para ello, respondió su padre, pero habia que vencer una corta dificultad, esto es, era necesario para verificarse que Alejandro Magno hubiese resucitado, porque habia*

muerto muchos siglos antes que Luis XIV viniese al mundo.

Pero el estudio á que debes aplicarte con mas cuidado es el de la historia, como el mas propio para adornar tu entendimiento y formar tu corazon. Es la historia un espejo que nos pone á la vista los sucesos mas notables que han acaecido sobre el teatro del mundo. En ellas se ven brillar los rasgos de las virtudes mas heroicas, y se aprenden las revoluciones de los imperios, y las costumbres de los diferentes pueblos que han habitado la tierra. El hombre que posee la historia es hombre de todos los tiempos y de todos los paises, al paso que el que la ignora es como un estúpido, que solo conoce los objetos que le rodean y lo que tiene delante de los ojos. Pero como el campo de la historia es inmenso, y necesita mucho tiempo para recorrerse, puedes señarte por ahora á la historia sagrada, á la de tu patria y á la romana, que son las que mas á menudo ocurren en la conversacion, y no debe ignorar un muchacho bien educado. Si no tienes tiempo para leer los numerosos volúmenes que contienen estas historias, conténtate con leer sus compeu-

dios, en donde hallarás recogido todo lo mas importante.

Y no creas, amado Teótimo, que sea este estudio difícil y fastidioso. Antes no hay otro mas divertido ni mas agradable al entendimiento. A cada paso vemos gentes que lo prefieren á cualquiera otro entretenimiento, y que llegan aun á privarse del sueño para gozar del deleite, que trae consigo. Haz tú mismo la esperiencia, y hallarás seguramente el mismo atractivo. ¿Te gusta el oír casos raros? ¿Te deleitas mucho cuando le cuentan sucesos memorables? Pues nada en esta parte podrá satisfacer mejor tus deseos y curiosidad que la lectura de la historia. En ella encontrarás los sucesos mas interesantes y mas curiosos que han pasado entre todas las naciones del universo. Léela pues con atencion. No puedes hacer mejor uso del tiempo que te queda despues de haber satisfecho á las obligaciones del aula, que son primero. Encontrarás juntos en aquella ocupacion el provecho y el deleite, y al paso que illustre tu entendimiento con los conocimientos que te dé, inclinará tu corazon al amor de la virtud con los admirables ejemplos que te presente.

Sí, amado Teótimo, deseo no te olvides de estas importantes instrucciones; y á fin de que las conserves con mas facilidad, te prevengo cuides de hacer la distribucion de tus libros en las cuatro clases siguientes: primera, los libros de moral: segunda, los que sean correspondientes á tu estado: tercera, los que mas convengan para que puedas conocer el mundo físico y moral; y cuarta, los que puedan servir para una honesta diversion.

CAPÍTULO XII.

De la aplicacion al trabajo.

No pongo duda, amado Teótimo, que desearás con ansia adornar tu entendimiento con todos los conocimientos de que acabo de hablar; pero querrás quizá saber cuales son los medios de que te has de valer para adquirirlos. No hay otros que el estudio y el trabajo. Porque así como el campo, por mas fértil que sea, no produce fruto alguno sino á fuerza del cultivo, así el entendimiento mas despejado queda estéril y enteramente inútil, si no se le ayuda por medio de un trabajo

prolijo y constante. La siguiente fábula confirmará esta verdad.

FABULA XVIII.

El diamante y el lapidario.

Cierto diamante, que en bruto

De tierra aún cubierto estaba,

Resistía al pulimento,

Y daba quejas lamargas

Al lapidario, que diestro

Le iba labando la cara:

Y á proporción que sus cortes

Le cercenaban las barbas,

Desazonado y furioso

De este modo le gritaba:

¿Qué haces, hombre desalmado?

¿Acaso de obra ó palabra

Te he ofendido alguna vez?

¿Pues por qué así me maltratas?

Dicen los naturalistas

Que es mi dureza tremada;

Peró tú sin dudas alguna

Mas dura tienes el alma:

Librame, te lo suplico,

De esa rueda condenada,

Que cada vez que da vuelta

El cuerpo me despedaza."

«Amigo, replica el hombre,

Es cierto que con tirana

Violencia te atormento;

Peró si no te se labra

Si el arte en tí no se ocupa.

Serás siempre piedra basta,

Sin valor, llena de polvo,

Y en un rincón olvidada:

Y así solo por tu bien

Te doy esta fuerte carda."

Prudente fue la respuesta,

Mas no le sirvió de nada,

Siguió el tozudo diamante

Sus quejas y su algazara,

Hasta que al fin el artista

Con sus lamentos se ablanda,

Y en un rincón la abandona

Al polvo y las telarañas:

Allí sin luz y sin moscas

Dormió nuestro camarada

Largo tiempo, y aun durmiera

Si su amo no se acordára

Un dia de él; condolido

De ver allí despreciada

Alaja de tal valor,

Me le vuelve á echar la garra,

Diciendo: ¿Piedra tan rica

Ha de estar abandonada?

No señor." La pone al punto,

Á pesar de su mairaca,

Al taller, y sin piedad

Á puros golpes la labra;

Cada vez se ve el diamante

Con figura mas bizarra,

Conforme se va puliendo

Arroja luces mas claras:

Queda al fin abrillantado,

Y deslumbrá con las llamas

Que arroja á los que lo miran.

Todos á una voz lo alaban;

La fama de su hermosura

Llega á oídos del Monarca,

Que ordena que á su presencia
 Se lo traigan sin tardanza;
 Apenas lo ve, le admira,
 Y que se coloque manda
 Sobre la corona real
 Para darla nueva gracia,
 Desde allí con su belleza
 Y con sus fuegos encanta
 El mismo diamante, que antes
 Que su dueño lo labrara,
 Sin dar resplandor alguno,
 Cubierto de tierra y manchas,
 Á la vista parecia
 La piedra mas ordinaria.

En vano naturaleza
 Nos da las prendas mas raras;
 Jamas producirán fruto,
 Si el trabajo no las labra.

Aunque tuvieras el talento mas sublime,
 de nada te serviria, si no tuvieses cuidado
 de labrarlo, y por el contrario, aunque
 la naturaleza se hubiese contentado con
 darte una mediana disposicion para las
 ciencias, podrias hacer en ellas los mayo-
 res progresos, con tal que suplieses lo que
 faltaba por parte de talento con una apli-
 cacion infatigable al estudio. Así vemos
 todos los dias que los campos mas estéri-
 les á fuerza de cultivo producen abun-
 dantísimos frutos; porque el trabajo vence

todas las dificultades, y sobrepuja todos
 los obstáculos.

Cuéntase que Demóstenes halló en su
 natural disposicion tales impedimentos,
 que parecian imposibilitarle de poder ha-
 blar jamas en público. Tenia un defecto
 en la lengua que le estorbaba el pronun-
 ciar muchas palabras seguidas; su voz era
 desagradable, y su pecho sumamente dé-
 bil; pero sabiendo que con el trabajo se
 consigue todo, lejos de ceder á estas difi-
 cultades se animó mas á vencerlas. Ya pa-
 ra corregir la torpeza de su lengua se lle-
 naba la boca de piedrecitas, y recitaba en
 alta voz muchos versos seguidos. Ya para
 fortalecer su pecho declamaba violenta-
 mente, trepando al mismo tiempo á toda
 priesa por lugares escarpados. Aun hay
 quien diga que estuvo metido tres meses
 en un parage subterráneo, sin otra ocupa-
 cion que la de arreglar su tono y sus mo-
 vimientos, teniendo un espejo delante pa-
 ra corregir mejor sus faltas. No fueron inú-
 tiles estas fatigas; pues á fuerza de luchar
 con su naturaleza, triunfó de ella con tal
 felicidad que llegó á ser el mayor orador
 de la Grecia.

No te desanimes pues aunque no ten-

gas uno de aquellos extraordinarios talentos, que tanto suele escasear la naturaleza; antes bien á ejemplo de Demóstenes procura como te he dicho, suplir la esterilidad de tus talentos con mayor aplicacion al estudio. El famoso filósofo Cleato era de entendimiento muy limitado: pero durante su juventud asistió con tal empeño y atencion á las lecciones de Zenon, su maestro, que en breve se adelantó á todos sus discípulos, llegó á ser la lumbrera de su siglo. No son por lo regular los entendimientos mas vivos los que hacen mas progresos en las ciencias, sino los que mas se aplican al trabajo. Pretenden algunos autores que Boileau no tenia mas que un talento regular: pero nadie trabajó sus obras con mas prolijidad que él. Gastaba á veces dias enteros en pulir y limar un solo verso; y así no hay obras mas exactas y mas concluidas que las suyas.

Pero sean los que se fueren tus talentos, tengas mucha ó poca facilidad en comprender, acuérdate siempre que el trabajo es absolutamente preciso para prosperar. Los mayores ingenios han tenido que echar mano de este medio para adquirir la ilustracion y la ciencia que admiramos en sus

obras. Plinio el mayor tenia tanto cuidado en aprovechar el tiempo, que aun cuando salia á la calle salia siempre en litera para poder leer sin que le estorvasen las gentes. Mientras siguió la abogacía, jamas iba al tribunal sin llevar consigo un libro, para poder emplear en leer el corto tiempo que pasaba desde su llegada hasta que comensaba la sesion. Su sobrino, Plinio el menor, habia heredado su aficion al estudio. El mismo cuenta, en una de sus cartas, que aun cuando iba á cazar llevaba consigo su libro de memorias para poder traer á falta de caza alguna especie útil y nueva. Ademas de estos ejemplares pudiera citarte el de un antiguo filósofo llamado Carnéades, tan embebido en sus libros, que muchas veces se olvidaba de que era hora de comer; de modo que su criada tenia que sacarle por fuerza de su estudio, para hacerle tomar algun alimento. De Diógenes se cuenta tambien que desde su niñez fué aficionadísimo al estudio, y que habiendo ido un dia á oír las lecciones de Antistenes, su maestro, este le envió á pasear, diciéndole que no tenia qué enseñarle. No bastó semejante desaire para desanimar á Diógenes; antes bien

servió para que le importunase con ruegos y con instancias. Pero Antístenes, que queria desanbarazarse de él, ó quizá experimentar su constancia, le replicó con mas dureza, y aun le amenazó darle un golpe. Pégueme usted, dijo Diógenes, todo lo que quiera, con tal que deje usted que le oiga.

Pero ve aquí otros dos casos tanto mas extraordinarios, quanto sucedidos con dos niños de tu edad. El primero es el de un muchacho griego llamado Euclides, que á pesar de la prohibicion hecha á sus compatriotas los de Mégara de tratar á los atenienses, iba todas las noches á Atenas, favorecido de la oscuridad, para tener la dicha de oír las lecciones de Sócrates, y volvía todas las mañanas á Mégara; vistiéndose para esto de muger con un manto de diferentes colores como se estilaba, y cubierta la cara con un velo para no ser reconocido. El segundo ejemplo es el del jóven duque de Borgoña, que durante la larga enfermedad que privó de él á la Francia, no echaba menos otra cosa que sus libros. Sintióse un dia algo aliviado hizo las mayores instancias á su hayo para que se los trajese; y preguntandole

este la razon de esta pasion extraordinaria al estudio, respondió el niño: *es que temo olvidar lo que se, y hay ademas mil cosas que deseo aprender.* Con tales disposiciones no hay que estrañar que antes de cumplir los nueve años tuviese el entendimiento adornado de tantas noticias.

Ya te he dicho, amado Teótimo, y no me cansaré de repetirtelo, que el amor al trabajo es la mejor disposicion para adquirir las ciencias, y que ningun jóven que se aplique con empeño, puede dejar de hacer en ellas progresos rápidos. Acostúmbrate pues con tiempo á amar al trabajo. Si no le cobras aficion durante tu juventud, jamas se la tendrás, y serás inútil para todo. Al principio quizá te costará alguna mortificacion; pero luego que te habitúes, se trocará en deleite. Ademas de que los frutos que consigas, recompensarán sobradamente los malos ratos que te hubiere causado. ¿Qué mayor satisfacion puedes lograr que la de verte al frente de una aula, aventajarte á todos tus émulos, ser el objeto de la complacencia de tus padres, y gozar la estimacion y la amistad de tus maestros? Pues todo esto conseguirás si te dedicas con esmero al estudio; pero si le

abandonas, quedarás entregado á la ignorancia y al desprecio, y tendrás que sufrir mil mortificaciones por parte de tus maestros, de tus padres, y aun de tus discípulos. Esto mismo dió á entender un gusano de seda á un jóven estudiante en la siguiente fábula.

FABULA XIX.

El Estudiante y el Gusano de seda.

En un colegio un estudiante habia,
A Nebrija muy poco aficionado,
Y menos aun á estar tan encerrado.
Mirando como hilaba sierto dia
Un gusano de seda, que tenia
Por gusto, dijo: "¿A qué tan afanado
Trabajas por quedar encarcelado?"
Esta respuesta la sablduría
Dictó al gusano; es claro su sentido:
"Si yo de encarcelarme estoy ansioso,
Despues que esté algun tiempo recludo,
Mariposa saldré del tenebroso
Sepulcro, y si no estoy en él medio,
Seré siempre un gusano fastidioso."

No creas, amado Teótimo, que el estudio es siempre agradable; puede compararse á la rosa, que tiene belleza y hermosura; pero al mismo tiempo está por todas partes cercada y rodeada de espinas.

Los principios de las ciencias y artes te molestarán mas tu aplicacion y aprovechamiento convertirán en dulzura todo el trabajo. Pero debes abstenerte de aquellos escesos que pueden comprometer tu vida, ó debelitar gravemente tu salud. El desarreglo é imoderacion en la lectura estenúa el cuerpo y fatiga el espíritu: y ten entendido, que sucede al alma lo mismo que al cuerpo, que el demasiado alimento en vez de nutrirle le entorpece y abruma.

CAPÍTULO XIII.

De la pereza y de la ociosidad.

La pereza ha sido siempre el defecto mas comun en los niños; por mas que se les predique contra este vergonzoso vicio, como no prevenen sus funestas consecuencias, miran todas las advertencias que se les hacen como vanas declamaciones, y se entregan con la mayor facilidad á él, por lo mismo que se les presenta con apariencia agradable, y que parece prometerles la mayor felicidad. Quizá será esta la idea que tú mismo, ó amado Teótimo, tienes de la pereza. ¡No lo quiera Dios! Pero si

lo es, desengañate y aprende á conocerla mejor, Así la retrata uno de nosotros poetas latinos.

Al pie del monte Parnaso, dice, hay una profunda cueva, obra de la naturaleza sin el socorro del arte. Al frente de esta gruta informe hay un campo dilatado y estéril, al cual jamas llegó al arado ni surcó el labrador. En lugar de doradas espigas solo produce espinas y abrojos. Reina al rededor de esta morada una quietud profunda. Jamas en ella se interrumpe el silencio, ni aun por el canto de las aves. Solamente se oye la voz del mas vil de los cuadrúpedos, cuando con sus gruñidos anuncia á los habitantes de aquel lugar, sepultados en un profundo sueño, que ha llegado el sol á la mitad de su carrera. En lo interior de la cueva se descubre un lecho de grama rodeado de adormideras. En él descansa dulcemente una indolente diosa, á la que se ha dado el nombre de pereza, diosa amada de los niños y de la juventud, aun muchas veces de los mas adelantados en edad. Esta diosa desidiosa sale algunas veces de su lóbrega mansion, y se presenta á la luz del día; pero aunque apoyada sobre un come-

do cayado, apenas puede dar un paso. Semejante á la tortuga, en lugar de andar parece que arrastra, titubeando y tropezando á cada paso. Inútilmente se esfuerza en abrir sus ojos á la luz, el sueño cierrainmediatamente sus párpados, y su cabeza cayendo por su propio peso á cada instante se une con su pecho. Apenas anda algunos pasos cuando se tiene para descansar en una silla prevenida por la poltronería. Está siempre á su lado la ignorancia su hija, que se dá á conocer por sus largas orejas, que sobre pujan en altura á su cabeza, y por la benda espesa que cubre sus ojos.

Tal es el fiel retrato de la pereza, ó por mejor decir, la imágen adecuada de un niño perezoso. El mas perspicaz talento se inutiliza en sus manos, y no produce fruto alguno. Ocupado únicamente en satisfacer sus sentidos, pasa los dias entregando á la desidia, y nna especie de letargo. Cualquier libro es para él un peso intolerable. Si alguna vez ó toma, á pesar suyo, inmediatamente se le cae de la mano. Mas quiere fastidiarse que ocuparse, prefiere la ignorancia á todos los conocimientos que necesiten de trabajo para adquirirse; pero

tambien le acompaña por todas partes el desprecio. En cualquiera aula que este, ocupa siempre el último lugar, y no espera otra cosa de sus maestros que reprehensiones y castigos.

Pero lo mas deplorable es que á la pereza se siguen las mas funestas consecuencias, y que de ella recibe mortales golpes la inocencia. Porque dejando á un lado la irreparable pérdida de la juventud, que por sí sola es un mal de la mayor consideracion, la ociosidad, que es madre de todos los vicios, no puede menos de precipitar al infeliz jóven en toda clase de desórdenes. No empleando bien el tiempo, precisamente lo empleará mal, se unirá con otros que se le parezcan, gastará el tiempo del estudio en paseos peligrosos, y en conversaciones sospechosas; y de aquí pasará regularmente, lo que Dios no quiere, á cosas peores. Esta no es una pintura imaginaria. La esperiencia nos enseña que rara vez habita la virtud en el corazon de un niño perezoso; y así puedo asegurarte que en general siempre sigue el vicio á la ociosidad. Por esta razon se ha considerado siempre el trabajo como uno de los mejores preservativos contra el desorden de

las costumbres. Cuéntase en las vidas de los padres del desierto, que el superior de una de aquellas casas solitarias, después de haber tenido toda la mañana á sus súbditos ocupados en hacer cestas de mimbres los obligaba por la tarde á deshacerlas, de modo que nunca salian del principio de su trabajo. Entre dichos solitarios hubo uno que cansado de esta insulsa tarea, que le parecia enteramente inútil, se presentó á dicho superior, y le dijo sencillamente que estaba admirado de que se les hiciese malgastar el tiempo de aquel modo, y que hacer y deshacer, en buenos términos, era no hacer cosa alguna. *Te engañas hermano* replicó el abad: *vi-ve persuadido de que no pierdes el tiempo, acuérdate que no debe tenerse en poco el evitar la ociosidad.*

Esta idea no era privativa de aquel solitario. Todos los sabios igualmente han mirado la pereza y la ociosidad como el mas pernicioso vicio; y no falta quien diga que entre las leyes que dió Dracon á los atenienses, habia una que condenaba á muerte á cualquiera que fuese convencido ha haberse abandonado á dicho vicio. Sin duda te parecerá esta ley dema-

siado severa: pero á lo menos te dará á conocer el concepto que se ha hecho siempre del hombre perezoso.

Huye pues, ó amado Teótimo, de la pereza como de un monstruo que no te halaga sino para sacrificarte á todos los vicios. La fábula nos cuenta que las serenas con el sonido de sus voces melodiosas atraian á su isla los navegantes, y despues de tenerlos en ella, los sumergian en la ociosidad y en el deleite, y los transformaban al cabo en brutos. Ulises enterado de esto, y viéndose obligado á pasar cerca de la isla de estas pérfidas ninfas, se hizo tapar los oidos para no percibir su canto y con esta precaucion evitó el caer en sus manos. Haz cuenta que la pereza es para tí una de estas engañosas serenas, que procura atraerte con sus hechizos para hacerte semejante á los animales, sumergiéndote en la ignorancia y en los vicios. Imita la conducta del prudente Ulises. Huye de sus funestos atractos, y esmérate en consagrar tu juventud al trabajo. La ociosidad te gustaria á los principios, pero causaria tu perdición; y el trabajo, aunque te cueste algun esfuerzo, será para tí el manantial de mil preciosos bienes. El labrador

que cultiva y siembra su campo, tiene que pasar muchas fatigas, que hora el que deja el suyo inculto; pero tambien recoge una abundante mies, y este otro se ve reducido á la mayor pobreza. Tal es la diferencia entre el trabajador y el perezoso. La fabula siguiente contribuirá á que juzgues de ambos como debes.

FABULA XX.

El Padre de familias y sus dos hijos.

Por el ameno campo
 Paseaba, cierto dia
 De fiesta con dos hijos
 Un Padre de familias.
 Ambos eran dotados
 De comprension muy viva,
 Mas sus inclinaciones
 En nada parecidas:
 El uno era estudioso
 Y dócil; preferia
 El otro hermano el juego
 A Vives y Nebrija.
 Comun entre Estudiantes
 Suele ser tal desidia,
 Pero en grado el mas alto
 El nuestro la tenia.
 Bien sus destintos genios
 El Padre conocia,
 Y para el perezoso
 Busca medicina,

Como esto se lo ocupaba
 En la hermosa campiña,
 Vió volar dos insectos
 De prendas muy distintas.
 La infatigable abeja,
 Y la Mariposilla
 Liviana; el padre atento
 A su prole querida,
 El caso aprovechando,
 Esta leccion le dicta,
 Señalando los dichos
 Que al aire discurrían:
 « ¿ Veis estos dos insectos
 Que entre las flores guiran ?
 Pues son de vuestros genios
 Imágenes cumplidas:
 Tu, que con tal cuidado
 Al estudio te aplicas,
 En la prudente abeja
 Tu fiel retrato mira.
 Como á ella su trabajo
 Da mieles esquisitas,
 Así honor, ciencia y bienes
 Te darán tus fatigas;
 Mas, hijo, tú que ocioso
 (Vuelto al otro seguía)
 El estudio abandonas
 Y á jugar te dedicas,
 En esta mariposa
 Ligera y aturdida,
 Hallas bien retratada
 Tu inquietud y desidia.
 De flor en flor volando
 Corre la pradería,
 Sin que del vano juego
 Fruto alguno consiga:

Y despues de mil vueltas
 Inútiles y listas,
 Al fin sin hacer nada
 Viene á acabar su vida.
 ¿ Y esperas otra suerte
 Si como ella deliras ?”
 Lo mismo digo á todos
 Los niños que la imitan.

Sí, amado Teótimo debes estar persuadido, que una de las mayores desgracias que aflige mas á la especie humana, es el vergonzoso vicio de la pereza y ociosidad. La religion cristiana le tiene marcado entre los pecados capitales. Las leyes de todos los pueblos civilizados le han considerado como la escuela donde se aprende la profesion del latrocinio, y de los demas delitos que conducen á los hombres á la miseria y á los patibulos; y no estraño, que la sabia Roma despreciase en tan alto grado á los ociosos y olgezanes, que mejor queria dejarlos morir, que mantenerlos en este vicio. En nuestra España se les ha impuesto algunas penas, y creo que en el dia se estaba en el preciso caso de reagravarlas, ó de adoptarse otras medidas políticas, capaces de contener sus progresos. Atiende además á lo que se halla escrito en el libro de la sabiduría: « Pasé

por el campo del perezoso, y he aqui que las ortigas le habian llenado todo; las espinas habian cubierto toda la tierra; y la cerca de piedra estaba destruida, habiendo visto esto, reflexioné, y escármenté en cabeza agena. El perezoso esconde sus manos debajo de los sobacos, y no las llevará á su boca. Perezoso, ve á la hormiga, reflexiona sus caminos, y aprende sabiduria. Ella sin tener quien la enseñe, ni quien la gobierne, se previene de mantenimiento en el estío; y al tiempo de la siega hace prevision para comer despues. No gustes de dormir mucho para que no te persiga la pobreza; madruga y tendrás abundancia de pan."

CAPÍTULO XIV.

De las diversiones y juegos.

Aunque te he encargado con tanto empeño que huyas de la pereza y ociosidad, no pretendo con esto, amado Teótimo, que se entienda esta prohibición á privarte totalmente de las diversiones y juegos. El entendimiento no puede estar siempre ocupado: necesita descansar de cuando en

cuando y tomar algun alimento. De San Juan evangelista se dice que despues de haber satisfecho á las penosas obligaciones de su apostolado, se divertia en domesticar una perdiz; y que habiéndole manifestado alguno su admiracion de verle con este entretenimiento, le respondió; que del mismo modo que un arco no podia siempre estar tendido, no sufría la flaqueza del hombre que estuviese sin interrupcion entregando al trabajo. En este supuesto no desapruuebo yo que te diviertas, ni que interpoles el trabajo con el descanso; lo que quiero únicamente es dar algunos consejos para que en las diversiones que te tomes, evites todo lo que pueda hacértelas funestas y volvértelas veneno.

Has de saber pues que no todos los entretenimientos son lícitos. Hay algunos peligrosos y culpables; pongo por ejemplo, los espectáculos, las conversaciones libres, las leyendas sospechosas etc.; y por consiguiente debes totalmente privarte de ellos. Es cierto que divierten el corto tiempo que duran; pero á este deleite momentáneo se les siguen los remordimientos, la inquietud y los latidos de la conciencia, que causan mucho mayor dolor que gusto

la diversion precedente. Esaú se deleitó en comer el plato de legumbres que compró á su hermano Jacob; pero quando después de haberlas comido comenzó á reflexionar que habia cedido por ellas su primogenitura, se puso á rugir como un leon, y no podia consolarse de haber sacrificado los mayores bienes á un placer instantáneo. Esto mismo pasa á todos aquellos que por disfrutar una satisfaccion transitoria pierden su inocencia, que es el bien mas precioso que poseemos. Quiera Dios, amado Teótimo, que jamas te suceda otro tanto. Bien te guardarias de haber ponzaña aunque estuviese mezclada con miel; pues haz lo mismo con las diversiones ilícitas. Considéralas como un veneno sutil, que al paso que agrada al paladar da muerte al alma. La sagrada escritura presenta una viva imagen de esta verdad en la persona de Jonatás.

Habiendo ido un dia este jóven principe acompañado de su escudero á cometer á los filisteos, infundió tal temor en su campo y tal confucion, que volvieron las armas unos contra otros y comenzaron á matarse entre sí. La noticia de este desorden llegó en breve al campo de los israe-

litas; y Saul enterado de la ausencia de Jonatás, conjeturando lo que habia sucedido, resolvió marchar inmediatamente á perseguir á los enemigos, para completar la victoria principiada con tanta felicidad por su hijo. Pero antes de ponerse en marcha juró quitar la vida á cualquiera que tomase el menor alimento, mientras no acabase el dia. Observaron escactamente sus órdenes todos los soldados, aunque hallaron muchísima abundancia de miel en el camino; pero Jonatás, que ignoraba el juramento de su padre, viéndose desfallecido con la fatiga que habia sufrido en el combate, cogió un poco miel con la punta de una varita, y se la puso en la boca. En esto, llegada la noche, hizo alto el ejército para descansar un poco, y queriendo volver á marchar para continuar el alcance de los filisteos, consultó Saul al Señor para saber cuál seria el écsito de esta nueva empresa. Pero viendo que Dios no le daba respuesta, sospechó que alguno de los individuos de su ejército le habria irritado, desobediciendo á la prohibicion que habia hecho y juró que, aunque fuese el mismo Jonatás, le haria pagar su desobediencia. Mandó en efecto que se echa-

sen suertes para ver si el Señor descubría el culpado, y cayó la suerte sobre Jonatás. Que has hecho? le dijo entonces Saúl su padre. ¡Ay de mí! respondió el joven príncipe; yo, Señor, me ví muerto de hambre, tomé a l pasar, con la punta de una varita, un poco de miel, y he de perder por eso la vida? Si, replicó Saúl, morirás: iba en efecto á cumplir su juramento; pero el pueblo, movido de compasion, desarmó su cólera, y consiguió á fuerza de ruegos que perdonase á Jonatás.

Ve aquí, amado hijo, un ligero bosquejo de lo que te sucederia, si, á pesar de las órdenes de Dios, verdadero padre y rey tuyo, te atrevieses á probar algunos de esos deleites que te ha prohibido. Llámola un ligero bosquejo, porque Jonatás no murió realmente; y tú, amado Teófilo, padecerias una muerte aun más funesta, que la que se destinaba á este príncipe, y podrias decir con mas razon que él: he probado un poco de miel, esto es, un brevísimo deleite, y ha dado este la muerte á mi alma. Para que comprendas aun mejor cuales son las consecuencias de las diversiones peligrosas é ilícitas, lee la siguiente fábula.

FABULA XXI.

La mosca y la leche.

Una mosca holgasana andando á caza,
Como suelen, de alguna golosina,
Rodando una cocina,
Ve colmada de leche una gran taza;
¡Bueno! dice, encontré lo que buscaba;
Dichosa soy: de esta hecha
Para seis meses quedo satisfecha.
Así la tontarrona se engañaba,
Bien agena de creer que una bebida
Tan dulce habia de acabar su vida:
Se arroja pues, muy lista y muy gozosa
En aquel mar de leche; se recrea,
Y se atraca á su gusto y sin cuidado:
Al fin se cansa ya de andar á nado:
Quiere salir; pero es fatiga ociosa:
Boga por todas partes, y rodea
La taza, mas en vano;
De aquel vasto Océano
Toda la costa está tan escarpada,
Que no puede treparla; al fin cansada
Va á beber de las aguas del Leteo (*).
El joven que engañado del deseo
Se entrega á algun deleite peligroso,
Tiene este paradero lastimoso.

Pero no todas las diversiones son de esta naturaleza. Hay muchas lícitas é ino-

(*). Leteo, rio del infierno según la fábula.
La espresion quiere decir que murió.

centes, como las convesaciones honestas, el paseo y los juegos moderados; pero aunque estas no son culpables, y puedes usar de ellas, debes con todo observar ciertas reglas y condiciones, sin las cuales pudieran causarte perjuicio.

1.^a No debes dedicar al juego mas tiempo que el que te sea permitido, porque si se alarga y nos ocupa demasiado rato, en lugar de servirnos de remedio nos daña, desperdiciamos en él, sin necesidad, un tiempo, cuyos instantes son de infinito precio. Perdemos la aficion al estudio, y nos inclinamos á la ociosidad, de modo que en lugar de renovar las fuerzas de nuestra alma, las relaja y las debilita. San Agustin llora amargamente en sus confesiones la demasiada aficion que tenia al juego durante su niñez, y el tiempo que en él habia malgastado, pudiendo emplearlo en adquirir conocimientos útiles.

2.^a Es menester que el juego sea desinteresado, porque apenas damos entrada al interés y á la códicia de ganar, cuando deja de ser diversion, y se vuelve una ocupacion seria que fatiga el ánimo, agita el corazon, y revuelve las pasiones. De aquí viene que notemos en los jugadores

aquel semblante inflamado, aquellos ojos encendidos, aquellos ímpetus de cólera que les hacen estender muchas veces su insensata venganza, aun á los mismos instrumentos del juego. Este es tambien el origen de aquellas espreciones picantes, y de aquellas violentas disputas que á cada paso se mueven entre ellos, y los precipitan algunas veces en los últimos excesos. Verás una imágen sensible de esta verdad en la fábula que te voy á relatar.

FABULA XXII.

El perro faldero y el gato.

Pichon, perro faldero, retozaba
 Con fray Meloso, gato que habia sido
 Criado de pequeño en un convento,
 Y habiendo apostatado, se encontraba
 En el siglo sirviendo á un caballero,
 Con el perrito estrechamente unido.
 Segun relata el viejo autor del cuento,
 Como hermanos, con juego placentero,
 Ambos á dos se urgaban, se corrian,
 Ya las zarpas, ya el diente
 Manejando, mas siempre blandamente.
 La union reinaba entre ellos: florecia
 La deleitable paz; pero envidiosa
 La discordia, arrojó la perniciosa
 Manzana entre los dos. Sucede un dia
 Que el amo de sus gracias encantado,
 Un sabroso bocado

Lea hecha. Para el juego al momento ;
 Los que antes se querían como hermanos,
 Tocan con sus gruñidos á rebato ;
 Con encono sangriento
 Se muerden, y se arañan inhumanos ;
 En fin, proceden como perro y gato,
 Y por coger la deseada presa,
 Sin duda hubieran á la orilla aciaga
 De Aqueronte bajado hechos pedazos,
 Si el amo, al ver que su furor no cesa,
 No coge un zurriago,
 Y á los guapos separa á latigazos.

Acaece lo mismo en todo juego ;
 Si llega el interés á introducirse ;
 Cesa la diversion, se enciende el fuego
 De la discordia, y viene á convertirse
 En furor, en injurias en quimeras,
 Y á veces en desgracias lastimeras.

Pero aun cuando no tuvieras que temer
 inconveniente alguno de estos, siempre
 deberias huir de todo juego interesado.
 No porque sea malo que se atravesie al-
 guo dinero en el juego, siendo moderado,
 sino porque se hace costumbre de esto, se
 escede de los límites de la moderacion, y
 vienen á atrevesarse tales sumas, que cau-
 san gravísimo daño al que las pierde. ¿ Pe-
 ro en qué desórdenes no precipita esta fu-
 riosa pasion á la juventud ? ¿ Cuántos ve-
 mos sumergidos en la miseria, tristes víc-

timas de este vicio, el mas tirano de to-
 dos ? ¿ Cuántos conocemos que han sacrifi-
 cado en las aras de esta cruel furia sus
 caudales, sus haciendas, sus esperanzas y
 aun el amor y la benevolencia de sus pa-
 dres ? Te causaria horror el juego si estu-
 vieras instruido en todas las desgracias, que
 ha ocasionado aun á las familias mas opu-
 lentas.

Desconfia pues de todo juego interesa-
 do, y jamas pierdas de vista estas juicio-
 sas máximas de madama Deshoulieres.

Amargos son los placeres
 Siempre que se abusa de ellos :
 Es bueno jugar un poco,
 Mas solo por pasatiempo ;
 Que el que por oficio juega,
 De comun consentimiento,
 De hombre no tiene otra cosa
 Que la presencia y el gesto ;
 Ni es fácil, como se piensa,
 Al jugar mucho dinero
 Que conserve la honradez ;
 Pues de ganar el deseo
 Dia y noche le atormenta
 Como un activo veneno ;
 Por ser el bobo comienzo,
 Y acaba por ser fullero.

3.^a Es menester portarse siempre en

el juego con igualdad y cortesía; léjos de tí toda prontitud, toda impaciencia. No imites á aquellos que siguen con el semblante y los modales las mudanzas del juego: que se entregan á una excesiva alegría cuando les favorece, y se llenan de una negra melancolía cuando les es contrario. Evita aun con mas cuidado todo movimiento de ira, y toda obstinacion en sostener tus derechos. Siempre es mejor ceder al contrario, que ofenderle con palabras amargas. Juega, en una palabra, de tal manera que á nadie ofendas, y no dañes á tu conciencia con las faltas que son tan comunes en el juego.

Hay, amado Teótimo, recreaciones que autoriza la misma virtud, y que las encontrarás llenas de atractivos, cuando solo te diviertas por necesidad, un juego por amistad, y por cumplir con la sociedad, una conversacion alegre y chistosa, un paseo, una lectura importante, un partido de pelota, un dia de caza, comidas entre buenos amigos y risas inocentes, estas han de ser tus diversiones; y te parecerán muy deliciosas si conoces la naturaleza del verdadero placer, es decir, *aquel placer que no se compra con afan ni remordimiento,*

y que deja siempre al alma en un mismo grado de felicidad.

CAPÍTULO XV.

De la mentira.

La mentira es uno de los defectos mas comunes de los niños. Cuando cometen alguna falta, y temen la reprehension ó el castigo, procuran ocultarla con el velo de la mentira para librarse de ámbas cosas. No creo, amado Teótimo, que jamas hayas hechado mano de tan indigno estratagemá; pero como puedes hallarte en ocasion en que estés espuesto á usarlo, es menester precaverte contra este vicio, y hacértelo mirar con el debido horror.

No hay otra cosa en efecto mas aborrecible que la mentira. Ultraja á Dios, engaña á los hombres, y nos hace incurrir en la indignacion de aquel, y en el desprecio de estos. Los gentiles mismos han reconocido y condenado su indignidad. Unos la consideraron como una injusticia, y otros como la señal de un hombre ruin. Llegaron algunos de ellos á tal delicadeza en este punto, que jamas quisieron mentir ni

aun en chanza. Cornelio Nepote atribuye á Ático, y elogia en él esta delicadeza. Homero cuenta que Aquiles repetia muchas veces que miraba con mas horror á cualquiera embustero, que á la misma muerte. Los persas consideraban la mentira como el vicio mas vergonzoso, y desde que sus hijos llegaban á la edad de cinco años, nada les recomendaban con mas ahinco que el que siempre dijesen la verdad.

No puedo escedermé, amado Teótimo, por mas que te repita igual encargo, y quisiera grabar en tu corazon la máxima que un sabio Príncipe escribió con el dedo sobre los labios de su hijo: *antes morir que mentir*. Este es el único medio de conseguir la estimacion y la confianza de aquellos, con quienes vivas, porque nadie se fia de un embustero. Como se sabe que habla de un modo, y muchas veces pienso de otro, todo el mundo sospecha de su sinceridad, y no se dá crédito alguno á sus palabras, aun quando diga verdad, por el justo temor de que mienta en aquel caso como en otros, en que se le ha cogido en este fallo. Richer ha aclarado mas y mas esta verdad con la siguiente fábula.

FABULA XXIII.

Los pastores.

Pascualillo el pastor hacia el lobo,
Y el campo por reirse alborotava,
Gritando algunas vez, al lobo, al lobo,
Quando en venir, el lobo no soñaba.
Al oír de su voz el lastimero
Eco los compañeros acudian;
Mas viendo ya la burla, al embustero
Dejaban que gritase, y le decian:
"Llegará el tiempo en que de veras llames,
Y entonces será en vano,
Pues que por mas que clames
No estaremos mano sobre mano."
Se cumplió. Llegó un lobo carnicero,
Se metió en el retil, y en un instante,
A pesar del pastor, del incesante
Ladriño de los perros,
No perdonó ni á oveja ni á carnero:
Huyó Pascual, y por aquellos cerros
Mil voces dió las mas desafaradas;
Sus compañeros todos se reian,
Y de léjos con voces y palmadas
Sin moverse ni un paso respondian:
De manera que el lobo de mal año
Salió acosta del misero rebaño.

Nunca se queje el que á otros ha mentido,
Si aunque verdad les diga no es creído.

Acostúmbrate pues á mirar siempre con
horror la mentira y á considerarla con

mo un vicio indigno de todo hombre honrado, y principalmente de un cristiano; porque no hay cosa en efecto mas opuesta á la honradez y á la religion, que el decir lo contrario de lo que se piensa. No nos ha dado Dios la facultad de hablar sino para manifestar la verdad, y por consiguiente el servirse de ella para mentir y para engañar á los que tratamos, es abusar de los dones del Señor, y oponerse á sus intenciones.

Sin duda me replicarás, ¿por qué no ha de ser lícito el mentir cuando la mentira á nadie daña, y es útil para nosotros mismos, librándonos de algun mal que nos amenaza? Para responder á tu dificultad me contentaré con citarte el ejemplo y las palabras de Telémaco.

Siendo jóven este Príncipe, llegó en compañía de Narbal, su amigo, á Tiro, en donde reinaba Pigmaleon. Habiendo sabido Narbal que el cruel Monarca habia dado orden de prender á Telémaco, y no ignorando que si llegaba á averiguar que era hijo de Ulises, le quitarian la vida, corrió inmediatamente á encontrarle, y le habló en estos términos: *Tengo precision ó Telémaco de presentarte al rey; te*

hará mil preguntas acerca de quien eres, y has de responder que eres de Chipra, natural de la ciudad de Amatonita, é hijo de un estatuario de Venus. Declararé por mí parte que conocí en otro tiempo á tu padre y quizá el Rey sin mas escamen te dejará ir. No hallo otro medio de salvar tu vida y la mia. Abandona, respondió Telémaco; *abandona á este infeliz, contra quien está empeñada la suerte. Yo sé morir, ó Narbal, pero no sé resolverme á mentir. No soy Ciprio, y soy incapaz de decirlo. Los dioses ven mi sinceridad. Poder tienen para conservar mi vida, y ellos dispondrán medio si quieren. Pero yo no me valdré de la mentira para salvarla. Esta mentira, replicó Narbal, es absolutamente inculpable, á nadie daña, salva la vida á dos inocentes, y aun al mismo Rey no le engaña sino para impedir que cometa un atroz delito. Tú eres demasiado nimio en el amor á la virtud, y te escedes hasta el extremo en el temor de ofender la religion. Basta,* replico Telémaco, *que la mentira sea mentira paraque sea indigna de un hombre que habla en presencia de los dioses, y que todo lo debe á la ver-*

dad. El que falta á ella ofende á los dioses, y si ofende á sí mismo, porque habla contra su conciencia. Cesa pues ó Narbal, de proponerme una cosa indigna de tí y de mí. Si los dioses nos miran con piedad; ya sabrán librarnos; y si quieren dejarnos morir, moriremos víctimas de la verdad, y dejaremos á los hombres un ejemplo, que les enseñe que debe preferirse la pureza de la virtud á una larga vida.

Tal era el modo de pensar de este joven Príncipe, que prefería la muerte á la mentira; y tales deben ser también las disposiciones de todo niño, que se precia de religion y de virtud. Jamas te hallarás por lo regular en un lance tan apretado como el Telémaco; pero podrás suceder que te veas en la alternativa de mentir, ó de confesar una falta de la que te resulte alguna reprehension ó castigo; y en tal caso jamas prefieras tu conveniencia á la verdad.

La mentira te dañaria mas que el castigo mas seguro. Ya está medio enmendada la falta cuando hay valor para confesarla, y sería acrecentarla hasta lo sumo el querer negarla. Jamas se gana cosa alguna con mentir, y siempre se pierde

mucho. Además de ofender nuestra conciencia, incurrimos muchas veces en castigo mas riguroso, porque nadie perdona á la mentira. Al contrario siempre es ventajoso decir la verdad. Damos á conocer con esto que si hemos tenido la flaqueza de cometer aquella falta, también tenemos el valor de confesarla, y esta sinceridad basta muchas veces para conseguir el perdón. Me acuerdo de un pasage sobre este propio asunto, que al mismo tiempo que te divierte, confirmará la verdad de cuanto he dicho.

FABULA XXIV.

El Príncipe y los forzados.

Tenemos ciertas casas de madera
En los puertos que son el paradero
Regular donde los bribones,
Con un remo en la mano,
Hacen la penitencia mas severa,
Bajo de un director fuerte y austero,
De todas sus pasadas sinrazones;
De las galeras hablo en castellano
En esta habitacion tan miserable
Llegó á entrar cierto dia
Un Príncipe curioso que corría
El mundo: luego que entra, los forzados
Viendo aquella ocasión tan favorable
De salir del colegio, se presentan

A su Alteza le Imploran humillados,
 Y sus causas le cuentan.
 Cada cual sus razones alegando,
 Y la vida anterior santificando.
 Ninguno entre ellos se halla delincuente;
 El uno echa la culpa al escribano,
 Ó á una calumnia; el otro á la dureza
 De su juez; este culpa su pobreza;
 El que menos, en fin era inocente,
 Y al parecer humano
 Debía alguno ser canonizado.
 Entre ellos llega un hombre, ya avanzado
 En edad, y con rostro pesaroso
 Dice: «Señor, yo he sido muy dichoso,
 De haber salido de las garras fieras
 De la justicia, solo con galeras,
 Pues que el mayor facineroso he sido,
 Asesino, traidor y monedero,
 Y mil veces la sogá he merecido,
 Aunque se han contentado con el susto.”
 El Príncipe le mira muy severo,
 Y vuelto á los demás dice; «No es justo
 Que un sujeto tan vil y tan malvado
 Entre tanto hombre honrado
 Habite; salga el pícaro al instante
 De la galera, porque tal tunante
 Si entre esta buena gente residiese,
 Puede que su inocencia corrompiese.”

El se libró, y los otros embusteros,
 Como estaban, quedaron prisioneros.
 Logra ser perdonado
 Quien sincero confiesa su pecado.

Si el hombre mentiroso y falso supiera
 lo que pierde cuando se conduce sin ver-

dad, rectitud, ni sinceridad, El mismo se
 juzgaría indigno de la sociedad. En ella
 nadie le mira con consideracion ni amor;
 todos temen hablar en su presencia, y
 confiarle un secreto, le tratan con desconfianza,
 y aunque alguna vez diga verdad,
 ninguno le cree. Sí, amado Teótimo, ten
 por cierto, que aunque el mundo envejeciéndose
 se ha corrompido; sin embargo la mentira es odiosa
 en sumo grado, y en el comun concepto se tiene
 por desagradado y despreciado al hombre embustero.
 Así pues no dejaré de reencargarte, y aun de
 suplicarte, con lo íntimo de mi corazón,
 que si se presentase ocasion de adquirir ó
 comprar la fortuna por sola una mentira,
 debes sin vacilar quedarte en la mayor indigencia
 antes de acceder á ella.

CAPÍTULO XVI.

De la cortesía.

Siempre se ha considerado la cortesía como prenda necesaria á todo niño bien educado. Ella es la que da al mérito aquel lustre y aquel agrado que le hace amable. Un hombre de mérito sin cortesía, es se-

mejante á una figura bien delineada, pero que aun no tiene colorido, ó por mejor decir, á un precioso diamante sin abri-llantar. Sus modales eclipsan todas las otras prendas que posee. Su impolítica le hace perder toda la estimacion que Pudiera conseguir con sus talentos, y se le considera como una de aquellas aves nocturnas, criadas precisamente para vivir en la oscuridad, que no pueden presentarse á la luz del día sin ofender la vista de los que las miran.

Del mismo modo á proporcion se moteja la impolítica de un niño, que la de un hombre hecho, si se presenta atado con cierta rusticidad, si es demasiado tímido ó sobrado atrevido, si no saluda, si no responde, si no da gracias cuando viene al caso, aunque en lo demas posea las mas estimables partidas, todo el mundo dice: *¡qué niño tan mal criado! parece que le han sacado de alguna choza ó de algun desierto.* Pero al contrario, si se presenta con gracia, si responde con prudencia y modestia á lo que se le pregunta; si trata con mucho respeto y atencion á sus superiores; si habla ó calla á tiempo en la conversacion, aunque no tenga por otra

parte el mayor mérito, es aplaudido, es estimado, y se le colma de los elogios mas lisongeros.

Esto mismo experimentarás, ó amado Teótimo, á proporcion de la política que tengas. No juzgará el público de tu mérito y de tu educacion sino por tu conducta exterior. Acostumbrate pues á tratar con modo y cortesía á todo el mundo y en todas ocasiones; porque la política debe entenderse á todo, y manifestarse en todas partes. En el modo de presentarse, evitando toda postura dejada y desidiosa, no andando con precipitacion, moderando y midiendo los movimientos del cuerpo: en el semblante, no dejando que se manifieste en él la vanidad, el mal humor, la frialdad y la tristeza; en la conversacion, guardándose de contradecir, disputar con tenacidad, interrumpir á los que hablan, y de usar ciertas palabras indecentes propias del populacho; en las concurrencias; tomando siempre el último asiento, levantándose y saludando como es costumbre á los que llegan, teniendo siempre un semblante decente y risueño, y hablando solo para responder; en el juego, manteniéndose de continuo con humor igual, y per-

diendo con galantería; en el paseo, cediendo la derecha y la acera á los superiores, y saludándolos con respeto antes que ellos saluden; en la mesa y en los convites, portándose con moderacion, sobriedad y limpieza. ¿Pero adonde voy á parar? Seria menester un tomo entero para esplicarte individualmente todos los preceptos de la buena crianza; tus maestros suplirán mi silencio en este punto. No tienes mas que hacer que aprovecharte de sus lecciones, y no mirar como fútiles las reglas y los modales que te dictaren para pulirte; aunque te parezcan poco importantes, son absolutamente necesarios, y ninguno puede presentarse en el mundo con honor y con decencia sin ellas; porque, como antes dije, no hay en el mundo cosa mas despreciable que un hombre sin crianza. Tenga en lo demas todo el mérito que tuviere, desaparecer á vista de su impolítica: es como un hombre rico que no sabe honrarse con sus riquezas.

Quando te echorto á que seas atento, estoy muy léjos de pretender que incurras en cierta afectacion, que se ha llegado á introducir en los modales, en los movimientos, en el modo de presentarse, y en

al adorno de algunos jóvenes conocidos en el mundo con el nombre de *petimetres*. Los tales hacen el papel mas despreciable que puede hacer un joven. Cualquiera que dá en esto, ocupado continuamente en su peinado, sus joyas y sus gestos, funda todo su mérito en esta vana esterioridad, se cree digno de estimacion, porque sabe algunas fórmulas de cumplimientos porque habla en tono decisivo, y borda una cortesía; pero la gente sensata, que no se deja alucinar de esta engañosa esterioridad, le aplica con razon lo que dijo la zorra á un busto.

No es mas un petimetre que un farsante;
 Su disfraz, su magnífica apariencia;
 Pasma al vulgo igaorante;
 El burro siempre á lo exterior se atiene;
 Pero el zorro sagaz siempre previene
 El engaño, y dilata la sentencia,
 Hasta dar dos mil vueltas al objeto,
 Y mirarle bajo uno y otro aspecto;
 Así, cuando en él no halla lo que quiere,
 Repite lo que dijo cierto dia
 Á un busto hermoso y grande: «El que tuviere
 Tal busto, tendrá, dijo, una preciosa
 Alaja, una cabeza primorosa
 Mas de seso totalmente vacía.»

¡Á cuántos pisaverdes vendrá justo
 Lo que el dicho raposo aplicó al busto!

Sé pues político en tus modales; pero jamas afectado, oculta el arte con que los arregle, de modo que parezcan efectos sencillos de la naturaleza. Un hombre de mucho mérito decia un dia de su hijo: *me desesperaria si le viese petimetre*. Lo mismo te repito: mas querria verte falto de crianza que afectado.

El escésivo cuidado en la exterioridad y el demasiado deseo de agradar encaminan casi siempre á los vicios.

Si por la sociedad, amado Teótimo somos destinados á vivir con los demas hombres, por la política y cortesía estamos tambien obligados á observar con exactitud aquellas reglas de urbanidad que nos inspiren amabilidad y agrado; pues no hay cosa mas enfadosa y cansada que tratar con personas impolíticas y groseras. Estas reglas reducidas podrás conservarlas con mas facilidad, y no olvidarte de la importancia de estas máximas: *nunca hablar mal de nadie; contenerse en su propia clase y esfera; no entremeterse en negocios agenos, intrigas ni maquinaciones; no dar motivo á los elogios ni á las sátiras; no usar de altanerías, de soberbias, ni bajezas de adulacion: conservar*

un semblante sereno; no hacer jamas vanidad de ingenio, y conducirse siempre con honradez, verdad, candor y sencillez.

CAPÍTULO XVII.

De la eleccion de estado.

Aunque todavía no estás en edad de elegir estado, ó amado Teótimo, con todo, como dentro de algunos años te verás precisado á determinarte en este punto, me parece preciso darte alguna instruccion acerca de él, paraque desde ahora puedas tomar las precauciones necesarias, á fin de no engañarte cuando llegue el caso en asunto tan importante.

No hay cosa en efecto que influya tanto en nuestra salvacion, como el acierto en la eleccion de estado. Si tenemos la prudencia necesaria para elegir bien, y abrazamos aquel á que el cielo nos llama, podemos esperar con fundamento el mas feliz écsito, porque jamas abandona Dios á los que obedecen á su llamamiento; pero al contrario, el que yerra su vocacion tiene muchos motivos de temer acerca de su salvacion, á causa de que regularmente

tendrá menos auxilios para cumplir con las obligaciones de un estado abrazado contra las órdenes de la Providencia. Los que no yerran en la eleccion de estado son como árboles plantados en el terreno y clima que les conviene, que sin necesidad de mucho esmero en su cultivo crecen con una rapidez increíble, estienden muy léjos sus pobladas ramas, y producen los frutos mas exquisitos y abundantes. Cuando, al contrario, los que infieles á la voz del cielo abrazan distinta profesion de aquella á que los llama, se parecen á los árboles transplantados á paises y terrenos para los cuales no los hizo la naturaleza. Por mas que los rieguen y cultiven, por mas que se cuide en hacerlos crecer, siempre se mantienen endebles y estériles; y si alguna vez dan algunos frutos, son por lo regular muy pequeños, y jamas llegan á madurarse. En una palabra, el estado á que Dios nos llama, es el camino por donde quiere conducirnos al puerto de la salvacion. Errar este camino, y seguir otro, es esponerse á parar en un término enteramente opuesto al que debemos esperar. No abulto esto para inspirarte un vano error; esta es una verdad generalmente

reconocida. Dios enseñó un dia á santa Teresa el puesto que tenia destinado en el infierno, si no hubiera seguido con fidelidad su vocacion.

Aplicate pues, ó amado Teótimo, á discernir el estado á que Dios te llama. No hagas lo que la mayor parte de los jóvenes que, sin tomarse el trabajo de examinar la voluntad de Dios, forman un plan de vida acomodado á su capricho, y no miran á otra cosa en el estado que abrazan, que á lisonjear sus viciosas inclinaciones. Di antes lo que un santo joven dijo, cuando para inclinarle á que se quedase en el mundo contra su voluntad, hacian brillar á su vista los honores y los grandes bienes que en él se le destinaban: *¿De qué le sirve al hombre, exclamó, ser dueño del universo, si al cabo pierde su alma?* Aunque estuvieses colocado sobre el primer trono del mundo, si estabas en él contra la voluntad de Dios, debieras lamentarte de tu suerte, y mirarla como el estado mas deplorable. Es menester pues ante todas cosas, que consultes al Señor, y no busques en el estado que abraces otro interés, que el de tu salvacion; porque el abrazar cualquier estado

sin haber consultado á Dios, sería embarcarte en un navío sin piloto, y esponerte por consiguiente á un naufragio inevitable.

Pero para que puedas conocer con mas seguridad la voluntad de Dios, y para que no te engañes en un paso tan importante, has de tomar los siguientes medios y precauciones, que nos sagieren la religion y la prudencia. I. Es necesario hacer una vida pura y arreglada, porque Dios regularmente no comunica sino con las almas santas é inocentes. II. Es menester recurrir á Dios por medio de la oracion, y decirle á menudo como samuel: habla Señor, descúbreme Vos mismo vuestras intenciones acerca de mi persona, ó repetir con David: *Enseñadme, Señor, el camino que debo seguir, pues he levantado mi alma hácia Vos.* No dejará Dios de oír tus oraciones, principalmente si á ellas añades algunas particulares devociones y el uso de la sagrada Eucaristía. III. Es preciso consultar á los ministros del Señor, esto es, al director de tu conciencia y á tus padres, pues ellos son los que Dios te ha dado por guías y conductores. No des pues paso alguno sin haber tomado su dictámen, y sin esponerles tus

razones. No hay cosa mas justa que esta docilidad y este respeto. Con todo, hay ocasiones en que no debemos acomodarnos á los deseos de nuestros padres, en lo tocante á la vocacion. Porque si Dios, por ejemplo, te diese claramente á entender que te llama por el estado eclesiástico ó religioso, y tus padres por un amor demasiado natural, ó cualquiera otro motivo, humano, quisiesen con peligro de tu salvacion detenerte en el mundo, debieres entonces oponerte á su voluntad, y sin faltar á la obediencia filial y al debido respeto, responderles como en otro tiempo los apóstoles: ¿es acaso justo que os obedezcamos antes que á Dios?

Esto fue lo que practicó san Francisco de Sales cuando conoció el estado á que Dios le llamaba. Por mas que sus padres le representaron que era el primogénito, y por consiguiente que estaba destinado á ser el báculo y apoyo de su familia; por más que quisieron persuadirle que su deseo de abrazar el estado eclesiástico, procedía únicamente de una devocion indiscreta, y que podria salvarse en el mundo, también como en la iglesia; por mas que le propusieron los establecimientos mas

honoríficos y ventajosos, no pudieron hacerle titubear. Prefirió siempre la voluntad de Dios á la de sus padres; y mas quiso renunciar á todas las ventajas temporales que se le prometian, que á la gracia de su vocacion, que le elevó despues á tan alto grado de santidad.

Tal es, amado Teótimo, la conducta que han de tener los niños cuando Dios los llama á un estado contrario á la voluntad de sus padres. Obrar de otro modo seria hacer á Dios la mayor injuria, y ser acreedor á los castigos que padecen regularmente aquellos que resisten á su voluntad, y que abrazan un estado á que no han sido llamados. Me contentaré con citar un solo pasage que nos refiere san Gregorio, y que dá á conocer claramente el rigor, con que Dios castiga á los que tienen la temeridad de forjarse á su antojo, una vocacion contraria á los desigños de su providencia.

En tiempo que san Benito admiraba al mundo con la fama de sus milagros y de su santidad, acudió á él un jóven iniciado en el estado eclesiástico, suplicando que le libertase del demonio que le atormentaba. Empleó el santo el favor que tenia

con Dios en beneficio de aquel mancebo. Tubo la felicidad de ser atendido, y logró libertarle de la esclavitud del espíritu maligno; pero despues de haberle curado, le encargó espresamente de parte de Dios, que jamas recibiese los sagrados órdenes; añadiéndole que si tenia tal atrevimiento, volveria el Señor á permitir que el demonio tomase otra vez posesion de su cuerpo en pena de su temeridad. El mancebo, espantado de esta amenaza, se resolvió desde luego á conformarse con el prudente consejo del Santo solitario; pero con el tiempo, ó por culpable olvido, ó por la solicitud de sus padres ó por el atractivo del interés, se aventuró á pedir á su Obispo que le ordenase. El prelado, que ignoraba lo que habia pasado, no puso reparo en concedérselo; pero apenas acabó de ordenarse, cuando cayó á los pies del Obispo, haciendo las contorsiones mas espantosas, y exclamado con una voz lamentable, que estaba poseido del demonio, y que lo tenia bien merecido, por haber incurrido en la temeridad de recibir los sagrados órdenes, á pesar de habersele prohibido el Señor por boca de san Benito.

No castiga Dios por lo regular de un

modo tan visible á los que han sido infieles á su vocacion; pero no es por esto menos real ni menos terrible su castigo. ¿Á cuantos vemos que en lugar de la dulce vida que esperaban pasar en el estado que abrazaron contra la voluntad del Señor, se ven continuamente rodeados de amarguras, y lloran y se lamentan sin cesar de haberlo tomado? pero aun cuando gozasen la vana felicidad de que se lisonjearon, siempre serian muy dignos de compasion, porque es muy dificil que se salven, siguiendo un camino opuesto al que Dios les habia señalado. El infierno está lleno de réprobos, que solo han parado en él porque han faltado á su vocacion, y que si hubieran sido dóciles, infaliblemente hubieran conseguido el cielo. Aprende con su ejemplo á no omitir diligencia alguna para conocer el camino por donde Dios te llama á sí; y luego que valiéndote de los medios que te he explicado, lo hubieres conocido, no dejes por motivo alguno de seguirlo. De este paso depende principalmente tu felicidad en esta vida y en la otra. Si abrazas el estado á que Dios te llama, estás, por decirlo así seguro de tener una vida feliz, y de salvarte; en lugar que

si te apartas del camino que el cielo te ha destinado, te espones á ser desgraciado en el tiempo y en la eternidad.

Si la eleccion de estado es, amado Teótimo, un negocio de la importancia que se ha demostrado en este capítulo, debe por lo mismo ser el que llame mas la atención para que no se aventure nuestra felicidad. Sin embargo, esta eleccion no ha de colocarse en la clase de las cosas imposibles, ni tampoco ni debe aterrarse el hombre, ni precipitarse en el caos de la desconfianza; pues aunque sea mucha su flaqueza, es incomparablemente mayor el anhelo y cuidado que emplea nuestro amoroso Padre celestial para sostenerle y ayudarle. Considera, amado Teótimo, que este Señor de escelsa omnipotencia y de bondad infinita, que se dignó formarle á su imágen y semejanza, no te crió para que se condenase, sino para que se salvase; no para dejarle al abandono, sin providencia ni cuidado, sino para socorrerle, dirigirle, protegerle, enjugar su llanto, fortificar su alma, comunicarle auxilios, inspiraciones y todas aquellas mociones interiores, que tantas veces experimentamos. Le dotó de una alma espiritual, é inmortal,

y le concedió la distinguida prerogativa de la libertad para obrar." porque pudiese merecer y obtener una parte en la inmensidad de su gloria. Quiso por consiguiente la sabiduría infinita de nuestro Dios, que el hombre tuviese parte en su salvacion, que la obtuviese porque la deseara y pidiese, que de este modo cooperase á su propia felicidad; y para ello no solo le franquea los ausilios de su divina gracia, sino que cuando por flaqueza, ignorancia ó abuso de su libertad se acerca al peligro, no hay medio de que no se sirva este amorosísimo. Padre para hacerle entender su situacion, porque retrocede de ella y no se precipite: bien se vale de las inspiraciones remordimientos, sermones, ejemplos, advertencias y buenos libros: ó bien de las enfermedades, infortunios, adversidades, contratiempos, tristezas y disgustos; de tal manera que si llega á precipitarse, debe culparse á sí mismo, y acusar solo á la iuducilidad y obstinacion de su corazon.

Esta es, amado Teótimo, la amorosa conducta que usa con el hombre el Padre de las misericordias, y la que presenta á un tiempo el cuadro mas tierno, patético,

sublime y consolador pues seria necesario no tener idea alguna de lo que es noble, interesante y magestuoso para no sentirse conmovidos, aun los mas obstinados, á vista de los medios tan grandiosos, expresivos y afectuosos que emplea para expresar el ardor, la fatiga y el deseo con que anhela por la salvacion de los hombres. No quiere, no forzar su albedrío; pero sí que no nos obstinemos, que seamos dóciles, que cooperemos á nuestra propia felicidad, y que no resistamos á los llamamientos y ausilios de su divina gracia. Obrando de este modo conseguiremos infaliblemente el acierto en la eleccion de estado, en el que, cumpliendo con los deberes de cristiano, gozaremos en la otra vida de los premios preparados para las almas virtuosas.

CAPÍTULO XVIII.

De la virtud.

Hasta ahora, amado Teótimo, me he esforzado en delinearte el camino que debes seguir para vivir estimado de los hombres, y amado de Dios; pero serian vanas

mis fatigas para aficionarte á la virtud, si no tuviese por tu parte el mayor cuidado en evitar los dos escollos en que regularmente zozobran las buenas máximas que se procuran inspirar á los jóvenes. Estos dos escollos son las conversaciones y los ejemplos de los malvados. Hallarás quizá algunos de ellos, que tiren á inspirarte modos de pensar enteramente opuestos á los que he procurado impedir en tu ánimo. Unos te dirán que la juventud es el tiempo de los placeres, y que es tontería emplearla en estudios y trabajos. Otros te querrán persuadir que debes evitar la singularidad, y vivir como todos aquellos con quienes tratas; y no faltará quien llegue hasta ridiculizar tu modestia y tu piedad. Ten por seguro que encontrarás estas contradicciones por parte de muchos jóvenes viciosos, que parece que el infierno esparce sobre la tierra para tentar y seducir á los que quieren tener una vida pura y arreglada. Pero no hagas cuenta alguna de sus impías proposiciones. Murmurarán de tí esteriormente, porque tu conducta condena sus desórdenes; pero en lo íntimo de su corazón te estimarán, y envidiarán tu felicidad. Mas llegará á suce-

derte. Si observan en tí una virtud sólida que no se desmienta, vendrán al cabo á respetarte de tal modo, que no se atreverán á proferir indecencias en tu presencia. Esto sucedió en su juventud á san Bernardino de Sena. En su vida se cuenta que le tenían en tanta veneracion sus condiscipulos, que si se presentaban delante de ellos, cuando tenían alguna mala conversacion, callaban inmediatamente, dando con su silencio un testimonio de respeto á su virtud. Pero aunque los jóvenes licenciosos te tratasen con el mayor desprecio, quedarias sobradamente recompensado con el testimonio de tu conciencia, y con la estimacion de los buenos. Mas nos honra el voto de un solo hombre virtuoso, que puede perjudicarnos la censura de todos los vicios.

El ejemplo de los malos es el segundo escollo de que debes guardarte, porque has de estar asegurado de que no todos los jóvenes viven conforme á las prudentes reglas que te he enseñado. Verás muchos que siguen sendas enteramente opuestas; pero su ejemplo no debe hacerte apartar del buen camino. Si vieses una multitud de insensatos que por capricho se ar-

rojasen en un precipicio, léjos de imitarlos y seguirlos ¿no lamentarias su ceguedad? Pues del mismo modo debes portarte cuando veas los desórdenes, en que se precipitan los jóvenes viciosos. Piérdanse, hagan disparates, al fin son locos. Pero tú, en lugar de imitar su locura escarmienta con su ejemplo, y hazte mas prudente.

FABULA XXV.

El zorro y el burro.

Á la luz de la luna, cierta noche,
Un zorro viejo andaba
Á pata, porque no tenia coche,
Buscando alguna suerte favorable
Para llevar su panza venerable.
Ansioso, campo y bosque registraba,
Cuando halló en su camino
Un barranco, un fatal desfiladero,
De la inocente caza esperadero,
Puesto propio para un asesinato.
El tuno, cuyo olfato era muy fino,
Y que marchaba siempre con recato,
De léjos olió el queso.
« ¡ Oh qué paso! exclamó: seguramente
Aquí hay trampa. Quizá algun penitente
Que me escucha, me guarda aquí escondido;
Mas el chasco es que soy algo travieso,
Y no me precio mucho de inocente;
Y así si acaso espera el desayuno

Á espensas del que pase, persuadido
Puede vivir que su hambre, de esta hecha,
No quedará á mi costa satisfecha.”
Decirlo y volver grupa fué todo uno.
Al ver esto un borrico, que pacia
En un prado cercano, le decia:
« ¿ Como es eso, Señor doctor zorruno?
Usted, que siempre ha sido tan valiente,
¿ Por qué tiene á ese estrecho tanto miedo?
Á cada instante con gentil denuedo
Lo pasa ya la liebre, ya el conejo:
No tiene usted honra verdaderamente.
¡ Admiro su valor! dice el raposo;
Mas yo no soy de gloria codicioso,
Y como ya estoy viejo,
Huyo á mil leguas de cualquier tramoya,
Guardo como reliquia mi pellejo,
No quiero que se diga: aquí fué Troya:
Eso de hacer el guapo es muy ageno
De un zorro como yo de canas lleno.”
Habló como prudente,
Y paso atras volvió inmediatamente.

Con efecto, nos debemos guardar de seguir sin discrecion el ejemplo de los demas. Debemos imitarlos cuando obran bien; pero guardarnos con el mayor cuidado de seguirlos cuando van por el camino del vicio. Tal fue la conducta de los dos santos jóvenes Gregorio y Basilio, de quienes ya te hablado. Se hallaban rodeados de una multitud de mancebos sumergidos en los vicios y en los desórdenes;

pero teníamos, dice san Gregorio, la fortuna de experimentar, en medio de la corrupción general de costumbres, una cosa semejante á la que cuentan los poetas de un rio, que conserva la dulzura de sus aguas en medio de la amargura de las del mar; y de un animal que subsiste en medio del fuego sin padecer el menor daño. No teníamos trato alguno con aquellos cuyo ejemplo podía perjudicarnos. No conocíamos en Atenas mas que dos caminos; es á saber, el que iba á la iglesia, y el que nos conducía á la escuela y á las casas de nuestros maestros de literatura. En quanto á los que guiaban á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las concurrencias y á los festines, los ignorábamos totalmente.

Solo con este esmero y cuidado en huir y resistir el ejemplo de los malos, podrás conservar la inocencia y el amor á la virtud. Jamás imites á aquellos jóvenes que cuando se les reprehende de alguna cosa mal hecha, piensan justificarse diciendo: los demás lo hacen. Las faltas ajenas no excusan las nuestras. Nunca es licito obrar mal, por muchos que sean los que lo hagan. Lo malo siempre es malo, y por

consiguiente siempre debemos aborrecerlo. Bien veia el jóven Tobías que todo el pueblo acudia á ofrecer incienso á los ídolos: con todo no creyó que este ejemplo le autorizase á hacer lo mismo; y mientras los demas corrian á las alturas destinadas al culto del becerro de oro para adorarle, este fervoroso israelita iba solo á presentar sus adoraciones al Señor en el templo de Jerusalem. Imita, amado hijo, este excelente modelo. Resiste vigorosamente al impetuoso torrente que procura arrebatarte; y aunque veas á todos sus compañeros sepultados en el desorden, observa siempre con inviolable fidelidad las sabias máximas que he procurado inspirarte.

Y no creas que los consejos que te he dado sean impracticables. El pan de vida que te he delineado no es tan difícil como parece, y no hay en él cosa que no hayan ejecutado muchos niños de tu misma edad y circunstancias. Ya puedes haberte hecho cargo de esto, por los diferentes ejemplos que te he citado, ademas de los cuales están llenos los libros de otros infinitos, que podrán servirte de antídoto, cuando los leas, contra los ejemplos escandalosos de que seas testigo. Quiera Dios que á

imitación de aquellos escelentes modelos vivos de manera, que pueda algun día decirse de tí lo que ahora se dice de ellos.

CAPÍTULO XIX.

De la urbanidad y cortesía.

Como mi ánimo, amado Teótimo, es que adquieras tambien alguna instruccion de aquellas ocurrencias mas frecuentes de la sociedad, donde estamos destinados á vivir y tratar con los demas hombres, me ha parecido oportuno hablarte en este lugar de la urbanidad y cortesía, compendiando aquellas reglas mas eseuaciales que debes observar siempre que te presentes en las iglesias, paseos, visitas etc., portándote con aquella compostura, delicadeza y política que inspiran agrado, y demuestran la buena educacion de las personas que las ejercitan.

Así pues, amado Teótimo, siendo preciso no ofender con la persona ó con la ropa la vista de los demas, ni incomodarles con malos olores, procurarás al salir de casa, llevar limpias la cara la dentadura, la cabeza y las manos, cortadas las

uñas, peinando el cabello, y el vestido sin mancha, rotura ni descosido.

Si te diriges á la iglesia, debes considerar que caminas á la casa de Dios, destinada á tributarle los cultos públicos que le son debidos, están prescritos por nuestra sagrada Religion: por tanto debes al entrar descubrirte totalmente la cabeza, al tomar agua bendita santiguarte, hacer una genufleccion, y dirigirte al puesto que has de ocupar; en él estarás de rodillas con humildad, recogimiento, devocion y atencion á los sagrados misterios; si por algun grave motivo te precisa levantarte ó sentarte alguna vez, no debes poner una pierna sobre otra, raclinarte ó echarte sobre el respaldo del asiento, volver la cara, escupir con estrépito, ni tomar postura alguna indecente: si dejas aquel primer puesto y ocupas otro debes al pasar por el altar mayor, por el en que se alle reservado el Santísimo Sacramento ó se esté celebrando misa, poner en tierra la rodilla derecha, y hacer una profunda inclinacion: pero si el Santísimo estuviese patente te arrodillarás enteramente, y en este caso lo mismo ejecutarás al entrar y salir de la iglesia.

Si fueses á visitar á alguna persona debes al entrar en su casa dar aviso, por medio de algún criado, si lo hubiese, y sino, tocar á la puerta sin estrépito, presentándote en seguida descubierta la cabeza con moderación, y haciendo una cortesía, sentándote en el sitio inferior cuando te lo insinuen sin pasar al sofá, ni á otro puesto principal, como no te obligue á ello el dueño de la casa, y á que dejes el sombrero y lo coloques en un sitio cómodo: y sentado debes saludarle, en general á las demas personas que existen allí, y si tuvieses algun conocido, podrás tambien saludarle en particular, y á todos con aquella dulzura y agrado que tanto reclama la urbanidad; pero sin afectar en los cumplimientos con demasiada ceremonia, ni usar de adulacion, zelamería, falsa humildad, ni de otras bajezas que tanto degradan y ridiculizan al hombre: debes conservar el cuerpo derecho y natural sin encogerte, ni recostarte, hacer contorciones ni apoyarte sobre los codos ó las manos, teniendo las piernas decentemente unidas, no estendidas ni cruzadas, ni una sobre otra, procurando no escupir al frente de las personas, no distraerte con papel escrito que

esté por allí, ni tocarle, no registrar ó reconocer los libros ni cosa alguna de la que exista en la sala ú aposento; manifestarle motivo de la visita sin interrumpir la conversacion pendiente; y cuando llegue el caso de despedirte, debes repetir los cumplimientos, observando por regla general no dilatarte demasiado en las visitas, principalmente cuando se hacen á personas muy ocupadas: si al tiempo de marchar te acompañase al dueño de la casa, debes suplicarle no se tomé tal incomodidad, repitiendo tú mismo en cada una de las puertas si se empeña en seguirte.

Si te suplicase le acompañes á la mesa, precedidas aquellas escusas agradables y políticas, que hacen tanto honor á las personas bien educadas, aceptarás con gusto y con aspecto que denote tu agradecimiento. En ello no deberás entrar el primero, desdoblar la servilleta, ni poner las manos en los platos hasta que el dueño de la casa y personas superiores que concurren lo ejecuten, en seguida colocarás el plato á una distancia moderada, el Pan á la izquierda, el cuchillo y cubierto á la derecha, cuidando de no coger con los dedos cosa alguna sino con la cuchara si es líquida.

da, ó con el tenedor si es crasa; solo las cosas secas son las que pueden tomarse con los dedos, siendo muy indecente el lamerlos, limpiarlos con el pan, y despues comerlo ó fregar con él los platos de lo líquido que en ellos haya quedado: has de evitar de comer con demasiada lentitud ó con demasiada precipitacion; de tomar un bocado antes de tragar el otro, ni ha de ser tan grande que llenes enteramente la boca, ni con ella, los lábios ó la lengua has de hacer ruido. Los huesos, las espinas las cortezas y otras cosas de esta clase las tomarás con los dedos, y colocarás á un lado del plato; y te advierto que es impolítico oler las viandas, poner las narices sobre lo que han de comer los demas, dar á otro lo que está sobre nuestro plato y que ya hemos probado, el vaso que hemos llevado á la boca, el pan que hemos tocado, ó el cubierto que hemos usado. No debes hacerte plato sin la insinuacion del dueño de la casa, y entonces no usarás del cubierto que te haya servido para sacar la comida de la fuente que está para todos, sino de una cuchara ó tenedor limpio, procurando no escogerlo sino echar con arreglo; y si el mismo dueño ú

otra persona hiciesen el obsequio de servirte, deberás manifestar igual moderacion, Sabido es que el dueño no debe alabar plato alguno, por bueno que sea ni forzar ó importunar á los convidados para que coman ó beban; pero estos tampoco deben manifestar repugnancia ó disgusto de manjar alguno, por malo que sea, sin abstenerse de él. No debes pedir de beber antes que las personas de mas autoridad que esten en la mesa, ni llenar demasiado el vaso, beber con el bocado de modo que te atragantes ó derrames el licor, antes y despues de beber te has de limpiar los labios con la servilleta; y en la mesa debes abstenerte de rascarte en la cabeza, roer las uñas con los dientes, hacer gestos, estar con la boca abierta, sacar la lengua, morderte los labios, recostarte contra el respaldo de la silla, estirar los brazos, dar castañetazos con los dedos, y cuando te sea preciso estornudar ó toser, debes volver la cabeza á un lado, y poniendote el pañuelo en la boca ó narices para que no rocies á los demas: la servilleta debe servir para enjugarte los labios ó los dedos: pero no para otro uso ni para limpiarte los ojos ó la cara, y procura no mancharla con

caldo, salsa ó vino. No debes promover conversaciones melancolicas, ni hablar de cosas que causen náusea, sino de asuntos agradables sin mover disputas, y acabar de comer al tiempo de los demas, y aun será muy conveniente que no seas de los últimos.

Si concluida la comida quisiese le acompañases á pasear, has de procurar darle siempre el lado derecho, marchar con moderacion no codear ó empujarle; por las calles le darás acera que es el sitio mas principal; y si se uniese otro sugeto, debes colocarte en el lugar mas inferior, si se parase á hablar con alguno, te has de apartar un poco para no oír la conversacion, y solo te unirás cuando te manifieste ó insinue que no te retires: si al paso te saludasen, debes corresponder con cortesía, y si es persona superior, adelantarte á saludarle antes que lo haga: si alguno se para á hablarte, debes hacer lo mismo, quitándote el sombrero, y si es persona de respeto, no te cubrirás hasta que se cubra ó te lo insinue.

Si concluido el paseo te convidase á refrescar, debes portarte en los términos esplicados con relacion á la mesa, guardan-

do la debida proporcion, y teniendo cuidado de no soplar las bebidas calientes que sirvan, porque este es un modo de enfriarlas muy grosero. Si de allí te condujese á alguna tertulia, al presentarte en la concurréncia debes obrar en la forma dicha con relacion á las visitas; y si al llegar se interrumpe la conversacion, debes suplicar se sirvan continuarla; pero sin manifestar curiosidad ni empeño en saber de lo que se trataba: si tomas parte en la conversacion, has de procurar no hablar demasiado, ni usar de un tono de voz que ofenda los oidos, cuidando de hacerte agradable, y de no proferir espresiones contrarias á la decencia y buenas costumbres, ni usar de dicheos ó bofunadas, mucho menos de la sátira y murmuracion. Si alguno de los concurrentes dice alguna proposicion opuesta á tu dictámen, no has de empeñarte en contradecirle, pues cuando sea preciso, debes hacerlo con agrado y buen modo; y sobre todo, no has de desmentir á persona alguna, porque en el caso que se proponga algun hecho no cierto ó de diversas circunstancias, debes pedir la venia, y decir modestamente, *me parece ó tengo entendido que es esto de este*

modo ó del otro: si te contradijesen, no te has de agravar, responderás cortés y agradablemente, manifestando sin calor los motivos y razones que te asisten, cediendo cuando veas que se insiste en lo contrario, particularmente si adviertes que tus razones no hacen fuerza á los demas concurrentes: si refieres algun suceso debes arreglarlo y esponerlo con claridad y órden, haciendo aquellas reflexiones que puedan darle mas hermosura sin usar de digresiones y repeticiones inútiles, de cuentos insulsos y tontos que tanto incomodan, de narraciones funestas ó melancolicas, pues has de escoger con preferencia asuntos alegres y agradables: si otro alguno de los concurrentes habla de cualquier materia, no debes interrumpirle, llamar la atención de los demas, introducir otro discurso, ni decir que *es cosa ya sabida* quitarle la palabra para continuarla, sugerirle con conceptos ó palabras, si adviertes que titubea, y en fin debes no incomodarle de modo alguno con motes y chanzas, principalmente si conoces que se resiente, y si por el contrario sufrirlas con agrado, y corresponder con buen humor sin resentimiento ni enfado. Tampoco debes en la

concurrencia desnudarte, vestirte, estirarte las medias, limpiar los zapatos, cortarte las uñas ó roerlas con los dientes, tocar la trompeta al tiempo de sonarte las narices, ni recrearte despues con el pañuelo, bostezar con estrépito, y seguir hablando en el acto de tener la boca abierta, alentar la cara de la persona con quien se habla, rociarla con la saliva, gargagear, ó escupir en el suelo frente de los concurrentes, rechinar los dientes, morder alguna cosa áspera ó fuerte, como hierro etc., hablar ó reirte en tí mismo, cantar ó tocar el tambor con los dedos, des- perezarte silvar, enredar con los pies ó manos, volver la espalda, apoyarte en los hombros de alguno dar con la mano ó con el codo á las personas con quienes hablas, decir al oido y en secreto cosa alguna sin pedir antes la venia de los demas, alargar la mano por delante para recibir ó dar algo á otro, pues debe hacerse siempre por detras de la persona intermedia, no pasar tampoco por delante; ponerte en pie si se acerca alguno ablarte y no sentarte hasta que él se siente, no responder *si ó no* á secas si te hiciese alguna pregunta, sino contestarle, *si señor, ó no señor*; no usar de tono imperativo, cuando tú preguntes, sino de

las expresiones, *suplico, ruego á usted, tenga usted la bondad, dispénseme el favor, ó sírvase usted de decir ó hacer tal cosa*; dándole el título ó tratamiento que la corresponde: en fin, debes portarte en todo con aquella cortesía y delicadeza que hace á los hombres tan amables y agradables, que todos desean concurrir, tertuliar y formar con ellos sociedad: y ten entendido, amado Teótimo, que es tan esencial la observancia de todas estas reglas, que solo las que sean de etiqueta ó seremonia podrán dispensarse en las concurrencias de aquellas personas que trates con mucha satisfacción, familiaridad y confianza.

FIN.

P rólogo.	Pag. 5
Introduccion. <i>De cuanta importancia es el acostumbrarse desde los primeros años á la virtud.</i>	15
Fábula I. <i>Los dos barqueros.</i>	18
Fábula II. <i>El roble viejo y el arbolito.</i>	23
Cap. I. <i>De la piedad y del culto de Dios.</i>	26
Cap. II. <i>de los varios ejercicios de piedad.</i>	34
Cap. III. <i>De la inocencia.</i>	46
Cap. IV. <i>De las malas compañías.</i>	58
Fábula III. <i>Las naranjas.</i>	62
Fábula IV. <i>El raton y el gato.</i>	66
Cap. V. <i>De los malos libros.</i>	71
Fábula V. <i>El labrador y el niño.</i>	76
Cap. VI. <i>De las obligaciones de los niños para con sus padres.</i>	79
Cap. VII. <i>De las obligaciones de los niños para con aquellos que están encargados de su educacion.</i>	90
Fábula VI. <i>la viña y el labrador.</i>	95
Fábula VII. <i>El enfermo y el cirujano.</i>	97
Fábula VIII. <i>El niño enfermo.</i>	100
Cap. VIII. <i>De la docilidad.</i>	105
Fábula IX. <i>La mariposa jóven y la vieja.</i>	108
Fábula X. <i>El maestro y discípulo.</i>	112
Fábula XI. <i>El canario.</i>	115

Cap. IX. De las obligaciones de los niños para con sus iguales.	118
Fábula XII. La ovejita y la mariposa.	122
Fábula XIII. El niño soberbio.	123
Fábula XIV. Los dos hombres feos.	126
Fábula XV. Del perrito y sus compañeros.	129
Cap. X. De la ciencia.	131
Fábula XVI. Las ventajas de la ciencia.	139
Cap. XI. De la instruccion que deben adquirir los niños.	142
Fábula XVII. Flora y el niño.	143
Cap. XII. De la aplicacion al trabajo.	155
Fábula XVIII. El diamante y el lapidario.	156
Fábula XIX. El estudiante y el gusano de seda.	164
Cap. XIII. De la pureza y ociosidad.	165
Fábula XX. El padre de familias y sus dos hijos.	171
Cap. XIV. De las diversiones y juegos.	174
Fábula XXI. La mosca y la leche.	179
Fábula XXII. El perro faldero y el gato.	181
Cap. XV. De la mentira.	185
Fábula XXIII. Los pastores.	187
Fábula XXIV. El principe y los forzados.	191
Cap. XVI. De la cortesía.	193
Cap. XVII. De la eleccion de estado.	199
Cap. XVIII. De la virtud.	209
Fábula XXV. El zorro y el burro.	212
Cap. XIX. De la urruñidad y cortesía.	216